

seguir siendo al mismo tiempo el@ adult@ indulgente. Al ser responsable, dejas al@ niñ@ en libertad de jugar. Actúa de lleno como adult@ cariños@, sin juzgar ni criticar nunca su conducta, y se formará un fuerte lazo. L@s niñ@s viej@s pueden ser divertid@s un rato, pero, como tod@s l@s niñ@s, suelen ser muy narcisistas. Esto limita el placer que es posible tener con ell@s. Vel@s como una diversión de corto plazo, o una salida temporal para tus frustrados instintos parentales.

**El@ salvador@.** A menudo nos atraen personas que parecen vulnerables o débiles; su tristeza o depresión puede ser en efecto muy seductora. Sin embargo, hay personas que llevan esto mucho más lejos, pues aparentemente solo les atrae la gente con problemas. Esto podría parecer noble, pero l@s salvador@s suelen tener motivos complicados: con frecuencia poseen una naturaleza sensible y realmente desean ayudar. Al mismo tiempo, resolver los problemas de la gente les da una especie de poder, que disfrutan; l@s hace sentir superiores y al mando. Esta es también la manera perfecta de distraerse de sus propios problemas. Reconocerás a este tipo por su empatía: sabe escuchar e intenta lograr que te abras y hables. Notarás asimismo que tiene un largo historial de relaciones con personas dependientes y conflictivas.

L@s salvador@s pueden ser víctimas excelentes, en particular si te agrada la atención cortés o maternal. Si eres mujer, haz de damita en apuros, y darás a un hombre la oportunidad que muchos ansían: actuar como caballero. Si eres hombre, haz de muchacho incapaz de enfrentar este mundo cruel; una salvadora te colmará de atenciones maternas, obteniendo la satisfacción adicional de sentirse más poderosa y al mando que los hombres. Un aire de tristeza atraerá a uno u otro género. Exagera tus debilidades, pero no con palabras o gestos explícitos; que sientan que has recibido muy poco amor, que has tenido una sarta de malas relaciones, que la vida te ha tratado mal. Habiendo atraído a tu salvador@ con la oportunidad de ayudarte, podrás atizar el fuego de la relación con un suministro permanente de necesidades y vulnerabilidades. También puedes invitar la salvación moral: eres mal@. Has hecho cosas malas. Necesitas una mano dura pero bondadosa. En este caso, el@ salvador@ sentirá superioridad moral, pero también la emoción vicaria de relacionarse con un@ sinvergüenza.

**El@ disolut@.** Este tipo se ha dado la gran vida y experimentado muchos placeres. Probablemente tiene, o tuvo, mucho dinero para financiar su vida hedonista. Por fuera tiende a parecer cínico y hastiado, pero su sofisticación suele ocultar un sentimentalismo que él se ha empeñado en reprimir. L@s disolut@s son seductor@s consumad@s, pero hay un tipo que puede seducirl@s con facilidad: el@ joven e inocente. De grandes, añoran su juventud perdida; al extrañar su inocencia malograda mucho tiempo atrás, empiezan a codiciarla en otr@s.

Si quieres seducirl@s, es probable que debas ser joven aún y hayas conservado al menos la impresión de inocencia. Es fácil acentuarla: haz alarde de tu escasa

experiencia del mundo, de que sigues viendo las cosas como un@ niñ@. También es bueno hacer creer que te resistes a las insinuaciones de l@s disolut@s: considerarán vivificador y apasionante perseguirte. Incluso podrías fingir que repugnas o desconfías de ell@s; esto en verdad l@s espoleará. Al ser quien se resiste, eres tú el@ que controla la dinámica. Y como tienes la juventud que a ell@s les falta, puedes mantener la delantera y hacer que se enamoren perdidamente. A menudo serán susceptibles a enamorarse así, porque han aplastado sus tendencias románticas tanto tiempo que cuando revientan, pierden el control. Nunca cedas demasiado pronto, y jamás bajes la guardia; este tipo puede ser peligroso.

**El@ idólatra.** Tod@s sentimos una carencia interior, pero l@s idólatras tienen un vacío más grande que la mayoría. Como no pueden sentirse satisfech@s consigo mism@s, van por el mundo en busca de algo que adorar, con lo que llenar su vacío interno. Esto suele asumir la forma de un gran interés en cuestiones espirituales, o en una causa que valga la pena; al concentrarse en algo supuestamente elevado, se distraen de su vacío, de lo que les desagrada en sí mism@s. L@s idólatras son fáciles de identificar: dirigen toda su energía a una causa o religión. Con frecuencia deambulan durante años, pasando de un culto a otro.

La manera de seducir a este tipo es volverse simplemente su objeto de adoración, ocupar el lugar de la causa o religión a la que está tan consagrado. Quizá al principio tendrás que dar la impresión de compartir su interés espiritual, sumándote a su culto, o tal vez exponiéndolo a una nueva causa; pero más tarde la sustituirás. Ante este tipo debes ocultar tus defectos, o al menos darles lustre de piedad. Sé banal y l@s idólatras pasarán de largo. Refleja en cambio las cualidades que ell@s aspiran tener, y poco a poco transferirán a ti su veneración. Mantén todo en un plano elevado: que romance y religión se fundan.

Toma en cuenta dos cosas al seducir a este tipo. Primero, tiende a poseer una mente hiperactiva, lo que puede volverlo muy desconfiado. Como suele carecer de estimulación física, y como esta lo distraerá, dale un poco: una excursión a las montañas, un viaje en lancha o sexo funcionará. Pero eso implicará mucho trabajo, porque su mente siempre está en operación. Segundo, a menudo padece de baja autoestima. No intentes aumentarla; él adivinará tus intenciones, y tu esfuerzo por elogiarlo chocará con su concepto de sí. Es él quien debe adorarte, no tú a él. L@s idólatras son víctimas muy adecuadas a corto plazo, pero su incesante necesidad de indagación l@s llevará a buscar finalmente algo nuevo que reverenciar.

**El@ sensualista.** Lo que caracteriza a este tipo no es su amor al placer, sino la febrilidad de sus sentidos. A veces muestra esta cualidad en su aspecto: su interés en la moda, el color, el estilo. Pero a veces eso es más sutil: como él es tan sensible, suele ser muy tímido, y no se atreverá a destacar o ser extravagante. Lo reconocerás por lo receptivo que es a su medio, por no poder estar en una habitación sin luz solar, porque lo deprimen ciertos colores o se agita con ciertos aromas. Pero ocurre

que este tipo vive en una cultura que desestima la experiencia sensual (con excepción quizá del sentido de la vista). Así que lo que al@ sensualista le falta son justo suficientes experiencias sensoriales por apreciar y disfrutar.

La clave para seducirl@ es apuntar a sus sentidos, llevarl@ a lugares bellos, prestar atención a los detalles, envolverl@ en espectáculos y usar por supuesto muchos señuelos físicos. L@s sensualistas son animales, pueden ser incitad@s con colores y fragancias. Apela a tantos de sus sentidos como sea posible, para mantener distraídos y débiles a tus objetivos. La seducción de un@ sensualista suele ser fácil y rápida, y puedes usar una y otra vez la misma táctica para mantenerl@ interesad@, aunque convendrá que varíes un poco tus atracciones sensoriales, de especie, si no es que de calidad. Así fue como Cleopatra influyó en Marco Antonio, un inveterado sensualista. Este tipo puede ser una espléndida víctima, porque es relativamente dócil si le das lo que desea.

**El@ líder solitari@.** L@s poderos@s no necesariamente son diferentes a los demás, pero se les trata diferente, y esto tiene un fuerte efecto en su personalidad. Los individuos que l@s rodean tienden a ser adulador@s y cortesán@s, a tener un interés, a querer algo de ell@s. Esto l@s vuelve suspicaces y desconfiad@s, y un poco dur@s a primera vista, pero no confundas la apariencia con la realidad: l@s líderes solitari@s ansían ser seducid@s, que alguien rompa su aislamiento y l@s avasalle. El problema es que la mayoría de la gente se amilana demasiado ante ell@s para intentarlo, o usa la índole de táctica —halagos, encanto— que ell@s prefiguran y desprecian. Para seducir a este tipo, lo mejor es actuar como su igual, o incluso su superior, y con la clase de trato que nunca recibe. Si eres franc@ con él, parecerás auténtic@, y eso le agradará: te interesa tanto que eres honest@, quizá aun con cierto riesgo. (Ser franc@ con l@s poderos@s puede ser peligroso). L@s líderes solitari@s se pondrán emotiv@s si se les inflige cierto dolor, seguido de ternura.

Este es uno de los tipos más difíciles de seducir, no solo por su suspicacia, sino también porque su mente está llena de preocupaciones y responsabilidades. Tiene menos espacio mental para la seducción. Deberás ser paciente y astut@, llenando lentamente su cabeza de ti. Sin embargo, triunfa y obtendrás inmenso poder, porque en su soledad él terminará por depender de ti.

**El género flotante.** Tod@s tenemos una combinación de masculinidad y feminidad en nuestro carácter, pero la mayoría aprendemos a desarrollar y exhibir el lado socialmente aceptable, mientras reprimimos el otro. Los individuos del tipo género flotante sienten que la separación de los sexos en esos distintos géneros es una carga. A veces se cree que son homosexuales reprimidos o latentes, pero es un malentendido: bien pueden ser heterosexuales, pero sus lados masculino y femenino fluctúan continuamente; y como esto puede desconcertar a otr@s si lo muestran, aprenden a reprimirlo, llegando quizá a uno de los extremos. En realidad les gustaría

poder jugar con su género, dar plena expresión a ambos lados. Muchas personas pertenecen a este tipo sin que sea evidente: una mujer puede tener energía masculina, un hombre un desarrollado lado estético. No busques señales obvias, porque este tipo suele encubrirse y mantenerse en secreto. Esto lo vuelve vulnerable a una seducción intensa.

Lo que el tipo del género flotante realmente busca es otra persona de género incierto, su equivalente del sexo opuesto. Muéstrale eso en tu presencia y podrá relajarse, expresar el lado reprimido de su carácter. Si tú tienes la misma afición, este es el único caso en que lo mejor sería seducir a una persona de tu mismo tipo del sexo opuesto. Cada cual agitará deseos reprimidos en el@ otr@, y tendrá de repente la libertad de explorar toda clase de combinaciones de género, sin temor a ser juzgad@. Si no eres de género flotante, deja en paz a este tipo. Solo lo inhibirás y le causarás más molestias.

## PARTE II

### EL PROCESO DE LA SEDUCCIÓN

La mayoría de nosotr@s comprendemos que ciertos actos de nuestra parte tendrán un efecto grato y seductor en la persona a la que deseamos seducir. El problema es que, por lo general, estamos demasiado absort@s en nosotr@s mism@s: pensamos más en lo que queremos de otras personas que en lo que ellas podrían querer de nosotr@s. Quizá a veces hacemos algo seductor, pero a menudo proseguimos con un acto egoísta o agresivo (tenemos prisa por lograr lo que deseamos); o, sin saberlo, mostramos un lado mezquino y banal, desvaneciendo así las ilusiones o fantasías que una persona podría tener de nosotr@s. Nuestros intentos de seducción no suelen durar lo suficiente para surtir efecto.

No seducirás a nadie dependiendo solo de tu cautivadora personalidad, o haciendo ocasionalmente algo noble o atractivo. La seducción es un proceso que ocurre en el tiempo: cuanto más tardes y más lento avances en él, más hondo llegarás en la mente de tu víctima. Este es un arte que requiere paciencia, concentración y pensamiento estratégico. Siempre debes estar un paso adelante de tu víctima, encandilándola, hechizándola, descontrolándola.

Los veinticuatro capítulos de esta sección te armarán con un serie de tácticas que te ayudarán a salir de ti y a entrar en la mente de tu víctima, para que puedas tocarla como si fuera un instrumento. Estos capítulos siguen un orden flexible, que va del contacto inicial con tu víctima a la exitosa conclusión de la seducción. Tal orden se basa en ciertas leyes eternas de la psicología humana. Dado que las ideas de la gente tienden a girar en torno a sus preocupaciones e inseguridades diarias, no podrás proceder a seducirla hasta adormecer poco a poco sus ansiedades y llenar su distraída mente con ideas de ti. Los primeros capítulos te ayudarán a conseguir eso. En las relaciones es natural que las personas se familiaricen tanto entre sí que la aburrición y el estancamiento aparezcan. El misterio es el alma de la seducción, y para mantenerlo debes sorprender constantemente a tus víctimas, agitar las cosas, sacudirlas incluso. La seducción no debe acostumbrarse nunca a la cómoda rutina. Los capítulos intermedios y finales te instruirán en el arte de alternar esperanza y desesperación, placer y dolor, hasta que tus víctimas se debiliten y sucumban. En

cada caso, una táctica sirve de base a la siguiente, lo que te permitirá continuar con algo más fuerte y audaz. Un@ seductor@ no puede ser tímido@ ni compasivo@.

Para ayudarte a avanzar en la seducción, estos capítulos se han dispuesto en cuatro fases, cada una de las cuales tiene una meta particular: lograr que la víctima piense en ti; tener acceso a sus emociones, creando momentos de placer y confusión; llegar más hondo, actuando sobre su inconsciente y estimulando deseos reprimidos, y por último inducir la rendición física. (Estas fases se indican claramente y se explican con una breve introducción). Si sigues dichas fases, operarás con mayor efectividad en la mente de tu víctima, y crearás el ritmo lento e hipnótico de un ritual. De hecho, el proceso de la seducción puede concebirse como una suerte de ritual iniciático, en el que haces que la gente se desprenda de sus hábitos, le brindas experiencias novedosas y la pones a prueba antes de introducirla a una nueva vida.

Lo mejor es leer la totalidad de los capítulos y obtener el mayor conocimiento posible. Llegado el momento de aplicar estas tácticas, deberás elegir las apropiadas para tu víctima específica; a veces bastarán unas cuantas, dependiendo del grado de resistencia que halles y de la complejidad de los problemas de tu víctima. Estas tácticas se aplican por igual a la seducción social que a la política, salvo en el caso del componente sexual de la fase cuatro.

Vence a toda costa la tentación de apresurar el clímax de la seducción, o de improvisar. En esa circunstancia, no serías seductor@, sino egoísta. En la vida diaria todo es prisa e improvisación, y tú debes ofrecer algo diferente. Si te tomas tu tiempo y respetas el proceso de la seducción, no solo quebrarás la resistencia de tu víctima, sino que también la enamorarás.

## FASE UNO

### Separación: Incitación del interés y del deseo

*Tus víctimas viven en su propio mundo, y su mente está ocupada por ansiedades e inquietudes diarias. Tu meta en esta fase inicial es separarlas poco a poco de ese mundo cerrado y llenar su mente con ideas de ti. Una vez que hayas decidido a quién seducir (1: Elige la víctima correcta), tu primera tarea será llamar la atención de tu víctima, despertar en ella interés por ti. Si se resiste o se pone difícil, tendrás que seguir un método más pausado y velado, y conquistar primero su amistad (2: Crea una falsa sensación de seguridad: Acércate indirectamente); si está aburrida y es menos difícil de abordar, un método dramático te será útil, para fascinarla con una presencia misteriosa (3: Emite señales contradictorias); o para dar la impresión de que eres alguien a quien los demás codician y por quien pelean (4: Aparenta ser un objeto de deseo: Forma triángulos).*

*Una vez intrigada tu víctima, transforma su interés en algo más intenso: deseo. Al deseo suelen precederlo sensaciones de vacío, de que dentro falta algo que debe aportarse. Infunde deliberadamente esas sensaciones, haz que tu víctima se percate de que en su vida faltan romance y aventura (5: Engendra una necesidad: Provoca ansiedad y descontento). Si ella te ve como quien llenará su vacío, el interés florecerá y se convertirá en deseo. Este se avivará sembrando sutilmente ideas en la cabeza de tu víctima, indicios de los seductores placeres que le esperan (6: Domina el arte de la insinuación). Reflejar los valores de tu víctima, ceder a sus deseos y estados de ánimo le encantará y deleitará (7: Penetra su espíritu). Sin darse cuenta, sus ideas girarán cada vez más en torno a ti. Entonces habrá llegado el momento de algo más intenso. Atráela con un placer o una aventura irresistible (8: Crea tentación) y te seguirá.*

## **1. Elige la víctima correcta**

*Todo depende del objetivo de tu seducción. Estudia detalladamente a tu presa, y elige solo las que serán susceptibles a tus encantos. Las víctimas correctas son aquellas en las que puedes llenar un vacío, las que ven en ti algo exótico. A menudo están aisladas o son al menos un tanto infelices (a causa tal vez de recientes circunstancias adversas), o se les puede llevar con facilidad a ese punto, porque la persona totalmente satisfecha es casi imposible de seducir. La víctima perfecta posee alguna cualidad innata que te atrae. Las intensas emociones que esta cualidad inspira contribuirán a hacer que tus maniobras de seducción parezcan más naturales y dinámicas. La víctima perfecta da lugar a la caza perfecta.*



## PREPARACIÓN PARA LA CAZA

El joven vizconde de Valmont era un conocido libertino en el París de la década de 1770, ruina de más de una muchacha e ingenioso seductor de las esposas de ilustres aristócratas. Pero pasado un tiempo, la rutina de todo esto empezó a aburrirle; sus éxitos se volvieron demasiado fáciles. Cierta año, durante el bochornoso y lento mes de agosto, decidió descansar de París y visitar a su tía en su château de la provincia. La vida ahí no era la que él acostumbraba: había paseos en el campo, charlas con el vicario local, juegos de cartas. Sus amigos de la ciudad, en particular la también libertina marquesa de Merteuil, su confidente, supusieron que regresaría pronto.

Había otros huéspedes en el château, sin embargo, entre los que estaba la regidora de Tourvel, mujer de veintidós años de edad cuyo esposo estaba temporalmente ausente, por motivos de trabajo. La regidora languidecía en el château, a la espera de su marido. Valmont ya la conocía; era hermosa, sin duda, pero tenía fama de mojigata, y de estar totalmente consagrada a su esposo. No era una dama de la corte; tenía un gusto atroz para vestir (siempre se cubría el cuello con adornos espantosos), y su conversación carecía de ingenio. Por alguna razón, no obstante, lejos de París, Valmont comenzó a ver esas peculiaridades bajo una nueva luz. Seguía a la regidora a la capilla, adonde iba todas las mañanas a rezar. Lograba verla apenas en la cena, o jugando cartas. A diferencia de las damas de París, ella parecía ignorar sus encantos propios; esto excitaba a Valmont. A causa del calor, *Madame de Tourvel* se ponía un sencillo vestido de lino, que exhibía su figura. Una gasa le cubría los pechos, lo que permitía a Valmont más que imaginarlos. Su cabello, fuera de moda en razón de su leve desorden, evocaba la alcoba. Y su rostro... él nunca había advertido qué expresivo era. Sus facciones se iluminaban cuando daba limosna a un mendigo; ella se ruborizaba al menor cumplido. Era natural y desinhibida. Y cuando hablaba de su esposo, o de cosas religiosas, Valmont podía sentir la hondura de sus sentimientos. ¡Si fuera posible desviar alguna vez esa apasionada naturaleza a una aventura amorosa...!

**9 de abril • ¿Es que estoy ciego? ¿Es que he perdido la energía visual de mi mirada íntima del alma? La vi un solo instante, cual una aparición celestial, y ahora su imagen se ha desvanecido por**

completo en mi memoria. Trato, sin conseguirlo, de recordarla. Pero la reconocería entre miles de muchachas. Está lejos de mí, y en vano la busca mi ilimitado deseo, con los ojos del espíritu. Me estaba paseando por la Langelinie, sin prestar aparentemente atención al mundo que me rodeaba; pero, por el contrario, nada escapaba a mis encantados ojos... La vi. La mirada, negándose a obedecer por más tiempo la voluntad de su dueño, se quedó fija en ella. No pude realizar el menor movimiento. No veía, pero sí miraba con ojos abiertos de par en par, que se clavaban en ella. El ojo, cual el esgrimista que se queda irreductible en su sitio, permanecía firme, petrificado en la dirección tomada. No pude bajarlos, me resultó imposible ocultar mi mirada, no conseguí ver nada, pues estaba viendo demasiado. Lo único que me quedó grabado en la mente fue una capa verde que ella lucía. Y nada más. Lo mismo que aquel que vio las nubes en lugar de la diosa Juno. [...] Se me escapó, [...] y no me quedó más que la capa... La muchacha me había causado profunda impresión. • 16 de mayo • No soy impaciente: ella vive en la ciudad y esto me basta. Su verdadera imagen deberá mostrármeme. Todo debe gozarse a largos intervalos. [...] • 19 de mayo • ¡Se llama Cordelia, Cordelia! Es un lindo nombre, lo que también tiene mucha importancia, pues a menudo representa una desagradable discordancia tener que pronunciar una fea denominación tras haber dicho las palabras más tiernas.

**SØREN KIERKEGAARD, *DIARIO DE UN SEDUCTOR***

Valmont prolongó su estancia en el château, para enorme deleite de su tía, quien no habría podido adivinar el motivo. Y le escribió a la marquesa de Merteuil, explicándole su nueva ambición: seducir a *Madame de Tourvel*. La marquesa no podía creerlo. ¿Valmont quería seducir a esa gazmoña? Si lo conseguía, ella le daría muy poco placer; si fracasaba, ¡oh, desgracia! ¡Que el gran libertino fuera incapaz de seducir a una mujer cuyo marido estaba lejos! Le contestó con una carta sarcástica, que solo enardecía más a Valmont. La conquista de esa dama notoriamente virtuosa, se propuso él, constituiría el culmen de sus poderes de seducción. Su fama no haría otra cosa que aumentar.

Pero había un obstáculo que parecía volver casi imposible el éxito: todos conocían la reputación de Valmont, incluida la regidora. Ella sabía lo peligroso que era estar a solas con él, que la gente hablaba de la menor asociación con Valmont. Él hizo todo por desmentir su fama, al grado de asistir a ceremonias religiosas y mostrarse arrepentido de sus costumbres. La regidora lo notó, pero aun así guardó distancia. El reto que ella representaba para Valmont era irresistible, pero ¿él podría

vencerlo?

Valmont decidió calar las aguas. Un día organizó un breve paseo con la regidora y su tía. Eligió un sendero encantador que nunca habían seguido, pero en cierto lugar llegaron a una pequeña zanja que una dama no podía cruzar sola. Valmont dijo que el resto del paseo era demasiado agradable para regresar, así que cargó galantemente en brazos a su tía y la condujo al otro lado de la zanja, provocando sonoras carcajadas en la regidora. Pero llegó entonces el turno de ella, y Valmont la cargó a propósito con relativa torpeza, lo cual la obligó a prenderse de sus brazos; y mientras él la estrechaba contra su pecho, sintió que el corazón de ella latía más rápido, y la vio sonrojarse. Su tía también la vio, y exclamó: «¡La niña está asustada!». Pero Valmont pensó otra cosa. Supo entonces que era posible vencer el reto, conquistar a la regidora. La seducción podía proceder.

**Interpretación.** Valmont, la regidora de Tourvel y la marquesa de Merteuil son personajes de la novela francesa del siglo XVIII *Las amistades peligrosas*, de Choderlos de Laclos. (El personaje de Valmont se inspiró en varios libertinos reales de la época, el más destacado de los cuales era el duque de Richelieu). En la ficción, a Valmont le preocupa que sus seducciones se hayan vuelto mecánicas; él da un paso, y la mujer reacciona casi siempre de la misma manera. Pero cada seducción debe ser distinta; un objetivo diferente ha de alterar la dinámica entera. El problema de Valmont es que siempre seduce al mismo tipo de víctima, el tipo equivocado. Se da cuenta de esto cuando conoce a *Madame de Tourvel*.

**El amor tal como lo entiende Don Juan es un sentimiento similar al gusto por la caza. Es un ansia de actividad que precisa de una diversidad incesante de estímulos para desafiar la habilidad.**

**STENDHAL, *DEL AMOR***

Él no decide seducirla porque su marido sea conde, se vista con elegancia u otros hombres la deseen: las razones usuales. La elige porque, a su manera, ella ya lo ha seducido a él. Un brazo desnudo, una risa espontánea, una actitud juguetona: todo esto ha atrapado la atención de Valmont, porque nada es artificial. Una vez que él cae bajo su hechizo, la fuerza de su deseo hará que sus maniobras posteriores parezcan menos calculadas; él es aparentemente incapaz de evitarlas. Y sus intensas emociones la contagiarán poco a poco a ella.

**No es la calidad del objeto deseado lo que nos da placer, sino la energía de nuestros apetitos.**

Más allá del efecto que la regidora ejerce sobre Valmont, ella posee otros rasgos que la convierten en la víctima perfecta. Está aburrida, lo que la empuja a la aventura. Es ingenua, e incapaz de entrever las intenciones de los trucos de él. Por último, el talón de Aquiles: se cree inmune a la seducción. Casi todos somos vulnerables a los atractivos de otras personas, y tomamos precauciones contra indeseables deslices. *Madame de Tourvel* no toma ninguna. Una vez que Valmont la ha puesto a prueba en la zanja, y ha comprobado que es físicamente vulnerable, sabe que a la larga caerá.

**La hija del deseo debe empeñarse en tener los siguientes amantes por turnos, por ser mutuamente apacibles para ella: un muchacho soltado demasiado pronto de la autoridad y consejo de su padre, un autor que goce de un puesto con un príncipe más bien ingenuo, el hijo de un comerciante cuyo orgullo esté en rivalizar con otros amantes, un asceta que sea esclavo del amor en secreto, el hijo de un rey cuyas locuras sean ilimitadas y con gusto por los truhanes, el rústico hijo de un brahmán de pueblo, el amante de una mujer casada, un cantor que acabe de embolsarse una enorme suma de dinero, el amo de una caravana de reciente arribo. [...] Estas breves instrucciones admiten una interpretación sumamente variada, querida niña, de acuerdo con las circunstancias; y hace falta inteligencia, perspicacia y reflexión para sacar el mayor provecho de cada caso particular.**

***AMOR EN ORIENTE, VOLUMEN II: EL BREVIARIO DE LA  
SURIPANTA DE KSHEMENDRA***

La vida es corta, y no debería desaprovecharse persiguiendo y seduciendo a las personas equivocadas. La selección del objetivo es crucial; es el fundamento de la seducción, y determinará todo lo que siga. La víctima perfecta no tiene facciones específicas o el mismo gusto musical que tú, o metas similares en la vida. Estos son los criterios del seductor banal para elegir a sus objetivos. La víctima perfecta es la persona que te incita en una forma que no puede explicarse con palabras, cuyo efecto en ti no tiene nada que ver con superficialidades. Esa persona tendrá por lo general una cualidad de la que tú careces, y que tal vez envidias en secreto; la regidora, por ejemplo, posee una inocencia que Valmont perdió hace mucho tiempo o nunca tuvo. Debe haber algo de tensión; la víctima podría temerte un poco, o incluso

rechazarte levemente. Esta tensión está llena de potencial erótico, y hará mucho más vivaz la seducción. Sé más creativ@ al elegir a tu presa, y se te recompensará con una seducción más emocionante. Por supuesto que esto no significa nada si la posible víctima no está abierta a tu influencia. Prueba primero a la persona. Una vez que sientas que también ella es vulnerable a ti, la caza puede comenzar.

***Es un golpe de suerte encontrar a alguien a quien valga la pena seducir. [...] La mayoría de la gente se precipita, se compromete o hace otras tonterías, y en un instante todo ha terminado y no sabe qué ganó ni qué perdió.***

**—Søren Kierkegaard**

## **CLAVES PARA LA SEDUCCIÓN**

Nos pasamos la vida teniendo que convencer a personas, teniendo que seducirlas. Algunas de ellas estarán relativamente abiertas a nuestra influencia, así sea solo en formas sutiles, mientras que otras parecerán impermeables a nuestros encantos. Tal vez creamos que esto es un misterio fuera de nuestro control, pero ese es un modo ineficaz de enfrentar la vida. L@s seductor@s, sean sexuales o sociales, prefieren seleccionar sus probabilidades. Tanto como sea posible, persiguen a gente que delata alguna vulnerabilidad a ell@s, y evitan a la que no pueden emocionar. Dejar en paz a quienes son inaccesibles a ti es una senda sensata; no puedes seducir a tod@s. Por otra parte, busca activamente a la presa que reaccione de la manera correcta. Esto volverá mucho más placenteras y satisfactorias tus seducciones.

**Mujeres fáciles de conquistar para el ayuntamiento: [...] una mujer que te mira de soslayo; [...] una mujer que odia a su marido, o que es odiada por él; [...] una mujer que no ha tenido hijos; [...] una mujer aficionada a la compañía; una mujer aparentemente muy afectuosa con su esposo; la esposa de un actor; una viuda; [...] una mujer amante de placeres; [...] una mujer vanidosa; una mujer cuyo esposo es inferior a ella en rango o habilidad; una mujer orgullosa de su aptitud para las artes; [...] una mujer**

**desairada por su marido sin causa; [...] una mujer cuyo esposo se dedica a viajar; la esposa de un joyero; una mujer celosa; una mujer codiciosa.**

***EL ARTE HINDÚ DE AMAR, EDICIÓN DE EDWARD WINDSOR***

¿Cómo puedes reconocer a tus víctimas? Por la forma en que reaccionan a ti. No prestes mucha atención a sus reacciones conscientes; es probable que una persona que trata obviamente de agradarte o encantarte juegue con tu vanidad, y quiera algo de ti. En cambio, pon mayor atención a las reacciones fuera del control consciente: un sonrojo, un reflejo involuntario de algún gesto tuyo, un recato inusual, tal vez un destello de ira o rencor. Todo esto indica que ejerces efecto en una persona que está abierta a tu influencia.

Como Valmont, también puedes reconocer a tus objetivos correctos por el efecto que ellos tienen en ti. Quizá te ponen intranquilo; tal vez corresponden a un arraigado ideal de tu infancia, o representan algún tipo de tabú personal que te excita, o sugieren a la persona que crees que serías si fueras del sexo opuesto. El hecho de que una persona ejerza tan profundo efecto en ti transforma todas tus maniobras posteriores. Tu rostro y tus gestos cobran animación. Tienes más energía; si la víctima se te resiste (como toda buena víctima debe hacerlo), tú serás a tu vez más creativ@, te sentirás más motivad@ a vencer esa resistencia. La seducción avanzará como un juego. Tu intenso deseo contagiará a tu objetivo, y le brindará la peligrosa sensación de tener poder sobre ti. Tú eres, desde luego, quien en última instancia está al mando, ya que vuelves emotiva a tu víctima en los momentos indicados, llevándola de un lado a otro. L@s buen@s seductor@s escogen objetivos que l@s inspiran, pero saben cómo y cuándo contenerse.

Jamás te arrojes a los ansiosos brazos de la primera persona a la que parezcas agradarle. Esto no es seducción, sino inseguridad. La necesidad que tira de ti producirá una relación de baja calidad, y el interés en ambos lados decaerá. Fíjate en los tipos de víctimas que no has considerado hasta ahora; ahí es donde encontrarás desafío y aventura. L@s cazador@s experimentad@s no eligen a su presa porque sea fácil atraparla; desean el estremecimiento de la persecución, una lucha a vida o muerte, y entre más feroz, mejor.

**Rehuye la ociosidad que favorece al amor, lo sustenta \ una vez nacido y es la causa y el alimento de mal \ tan delicioso. Si vences la ociosidad romperás el arco \ de Cupido, y blanco de tu desprecio, caerán \ por el suelo sus antorchas apagadas. \ Como el plátano ama las vides, el álamo las aguas \ y las cañas del pantano las tierras cenagosas, \ así Venus se complace en la ociosidad. [...] \**

**¿Por qué Egisto incurrió en el adulterio? La razón se adivina \ pronto: estaba ocioso, mientras los demás príncipes peleaban \ en guerra interminable, frente a las murallas de Ilión, \ adonde la Grecia había transportado todas sus fuerzas. Si hubiese querido \ lanzarse a los peligros de la guerra, no tenía con quién \ sostenerla; si dedicarse al foro, en Argos se desconocían \ los procesos. Hizo lo que pudo a fin de entretener \ el tiempo y se dedicó al amor. Así se apodera \ de nosotros Cupido y así reina en los corazones.**

**OVIDIO, *REMEDIOS DE AMOR***

Aunque la víctima perfecta para ti depende de ti mism@, ciertos tipos se prestan a una seducción más satisfactoria. A Casanova le gustaban las jóvenes desdichadas, o que habían sufrido una desgracia reciente. Estas mujeres apelaban a su deseo de pasar por salvador, pero tal preferencia también respondía a la necesidad: las personas felices son mucho más difíciles de seducir. Su dicha las vuelve inaccesibles. Siempre es más fácil pescar en aguas turbulentas. De igual modo, un aire de tristeza es en sí mismo sumamente seductor; Genji, el protagonista de la novela japonesa *La historia de Genji*, no podía resistirse a una mujer de aire melancólico. En el *Diario de un seductor*, de Kierkegaard, el narrador, Johannes, fija un importante requisito a su víctima: debe tener imaginación. Por eso escoge a una mujer que vive en un mundo de fantasía, que envolverá en poesía cada uno de sus gestos, imaginando mucho más de lo que está ahí. Lo mismo que a una persona feliz, también es difícil seducir a una persona que no tiene imaginación.

Para las mujeres, el hombre caballeroso suele ser la víctima perfecta. Marco Antonio era de este tipo: adoraba el placer, era muy emotivo y, en lo tocante a las mujeres, le costaba trabajo pensar con claridad. A Cleopatra le fue fácil manipularlo. Una vez que ella se apoderó del control de sus emociones, lo mantuvo permanentemente en sus manos. Una mujer no debe desanimarse nunca de que un hombre parezca demasiado agresivo. Es con frecuencia la víctima perfecta. Con algunos trucos de coquetería, a ella le será fácil trastornar tal agresión y convertir a ese hombre en su esclavo. A hombres así en realidad les gusta verse obligados a perseguir a una mujer.

**Los chinos tienen un proverbio: «Cuando el Yang está en su fase ascendente, el Yin nace», lo que traducido a nuestro lenguaje quiere decir que cuando un hombre ha dedicado lo mejor de su vida a los asuntos ordinarios de la sobrevivencia, el Yin o lado emocional de su naturaleza sale a la superficie y reclama sus derechos. Cuando ocurre este periodo, todo lo que antes parecía importante**

**pierde su significación. La quimera de la ilusión lleva al hombre aquí y allá, conduciéndolo por extrañas y complicadas desviaciones de su antiguo sendero en la vida. Ming Huang, el Emperador Brillante de la dinastía T'ang, fue un ejemplo de la profunda verdad de esta teoría. Desde el momento en que vio a Yang Kueifei bañarse en el lago cerca de su palacio en las montañas Li, fue destinado a sentarse a sus pies, para aprender de ella los misterios emocionales de lo que los chinos llaman el Yin.**

**ELOISE TALCOTT HIBBERT, *GASA BORDADA: RETRATOS DE DAMAS CHINAS FAMOSAS***

Cuídate de las apariencias. Una persona que parece volcánicamente apasionada suele esconder inseguridad y ensimismamiento. Esto fue lo que la mayoría de los hombres que la trataron no percibieron en Lola Montez, cortesana del siglo XIX. Ella parecía sumamente dramática y excitante. Lo cierto es que era una mujer atribulada, obsesionada consigo misma, pero para el momento en que los hombres lo descubrían ya era demasiado tarde: se habían enredado con ella, y no podían desprenderse sin meses de drama y tortura. La gente exteriormente distante o tímida suele ser un objetivo mejor que la extrovertida. Se muere por ser comunicativa, y una tormenta aún se agita en su interior.

Los individuos con mucho tiempo en sus manos son extremadamente susceptibles a la seducción. Tienen abundante espacio mental por ser llenado por ti. Tullia d'Aragona, la infausta cortesana italiana del siglo XVI, prefería a jóvenes como víctimas; aparte de la razón física de eso, ellos eran más ociosos que los hombres trabajadores con trayectoria y, por tanto, más indefensos ante una seductora ingeniosa. Por otro lado, evita generalmente a personas preocupadas por sus negocios o su trabajo; la seducción requiere atención, y las personas muy ocupadas te ofrecen poco espacio mental por llenar.

De acuerdo con Freud, la seducción comienza pronto en la vida, en nuestra relación con nuestros padres. Ellos nos seducen físicamente, lo mismo con contacto corporal que satisfaciendo deseos como el hambre, y nosotr@s a nuestra vez tratamos de seducirlos para que nos presten atención. Somos por naturaleza criaturas vulnerables a la seducción a lo largo de la vida. Tod@s queremos que nos seduzcan; anhelamos que se nos obligue a salir de nosotr@s, de nuestra rutina, y a entrar al drama del eros. Y nada nos atrae más que la sensación de que alguien tiene algo de lo que nosotr@s carecemos, una cualidad que deseamos. Tus víctimas perfectas suelen ser las personas que creen que posees algo que ellas no, y que se mostrarán encantadas de que se lo brindes. Quizá esas víctimas tengan un temperamento completamente opuesto al tuyo, y esta diferencia creará una emocionante tensión.

Cuando Jiang Qing, más tarde llamada *Madame Mao*, conoció a Mao Tse-Tung



en 1937, en el refugio montañoso de este en el occidente de China, sintió lo desesperado que estaba por un poco de color y sabor en su vida; todas las mujeres del campamento se vestían como los hombres, y habían renunciado a cualquier gala femenina. Jiang había sido actriz en Shanghai, y era todo menos austera. Proporcionó a Mao lo que a este le faltaba, y le concedió la emoción adicional de poder educarla en el comunismo, apelando a su complejo de Pigmalión: el deseo de dominar, controlar y reformar a una persona. Pero en realidad, era Jiang Qing quien controlaba a su futuro esposo.

La mayor carencia de todas es la de emoción y aventura, precisamente lo que la seducción ofrece. En 1964, el actor chino Shi Pei Pu, quien había cobrado fama como intérprete de papeles femeninos, conoció a Bernard Bouriscout, joven diplomático asignado a la embajada de Francia en China. Bouriscout había ido a China en busca de aventura, y le desilusionaba tener poco contacto con chinos. Fingiendo ser una mujer que de niña había sido obligada a vivir como niño —supuestamente la familia ya tenía demasiadas hijas—. Shi Pei Pu se valió del hastío e insatisfacción del joven francés para manipularlo. Tras inventar una historia de los engaños por los que había tenido que atravesar, atrajo lentamente a Bouriscout a un romance que duraría años. (El diplomático había tenido previos encuentros homosexuales, pero se consideraba heterosexual). Tiempo después, Bouriscout fue inducido a realizar espionaje para los chinos. Durante todo ese tiempo creyó que Shi Pei Pu era mujer; su vivo deseo de aventura lo había vuelto así de vulnerable. Los tipos reprimidos son víctimas perfectas para una intensa seducción.

La gente que reprime el apetito de placer es una víctima ideal, en particular a una edad avanzada. Ming Huang, emperador chino del siglo VIII, pasó gran parte de su reinado tratando de despojar a su corte de su costosa adicción al lujo, y era un modelo de austeridad y virtud. Pero en cuanto vio a la concubina Yang Kuei-fei bañarse en un lago del palacio, todo cambió. Yang era la mujer más encantadora del reino, pero también la amante del hijo del emperador. Ejerciendo su poder, este se la arrebató, solo para convertirse en su más rendido esclavo.

La selección de la víctima correcta es igualmente importante en la política. Seductores de masas como Napoleón y John F. Kennedy ofrecen a la gente justo lo que le falta. Cuando Napoleón llegó al poder, el orgullo del pueblo francés estaba por los suelos, abatido por las sangrientas repercusiones de la Revolución francesa. Él ofreció gloria y conquista. Kennedy percibió que los estadounidenses estaban hartos de la sofocante comodidad de los años de Eisenhower; les dio aventura y riesgo. Más aún, ajustó su convocatoria al grupo más vulnerable a ella: la generación joven. L@s polític@s de éxito saben que no tod@s serán susceptibles a su encanto; pero si hallan un grupo de posibles partidari@s con una necesidad por satisfacer, tendrán seguidor@s que l@s apoyarán sin condiciones.

**Símbolo: La caza mayor. Los**

**leones son peligrosos; atraparlos es conocer  
el escalofrío del riesgo. Los leopardos son listos y  
rápidos, y brindan la emoción de una caza ardua. Jamás  
te precipites a la caza. Conoce a tu presa, y elígela con cuidado.  
No pierdas tiempo en la caza menor: los conejos que caen en  
la trampa, el visón preso en el cepo perfumado. Desafío es placer.**

## **REVERSO**

No hay reverso posible en este caso. Nada ganarás tratando de seducir a una persona cerrada a ti, o que no puede brindarte el placer y la caza que necesitas.

## **2. Crea una falsa sensación de seguridad: Acércate indirectamente**

*Si al principio eres demasiado direct@, corres el riesgo de causar una resistencia que nunca cederá. Al comenzar, no debe haber nada seductor en tu actitud. La seducción ha de iniciarse desde un ángulo, indirectamente, para que el objetivo se percate de ti en forma gradual. Ron-da la periferia de la vida de tu blanco: aproxímate a través de un tercero, o finge cultivar una relación en cierto modo neutral, pasando poco a poco de amig@ a amante. Trama un encuentro «casual», como si tu blanco y tú estuvieran destinados a conocerse; nada es más seductor que una sensación de destino. Haz que el objetivo se sienta seguro, y luego ataca.*

## DE AMIGO A AMANTE

Anne-Marie-Louise de Orleans, duquesa de Montpensier, conocida en la Francia del siglo XVII como *La Grande Mademoiselle*, no había conocido nunca el amor. Su madre había muerto cuando ella era joven; su padre volvió a casarse y la ignoraba. La duquesa procedía de una de las familias más ilustres de Europa: el rey Enrique IV había sido su abuelo; el futuro rey Luis XIV era su primo. Cuando ella era joven, había habido propuestas de casamiento con el viudo rey de España, el hijo del monarca del Sacro Imperio Romano, e incluso su propio primo Luis, entre muchas otras. Pero todas esas bodas perseguían fines políticos, o la enorme riqueza de su familia. Nadie se molestaba en cortejarla; incluso era raro que ella conociera a sus pretendientes. Peor aún, la Grande *Mademoiselle* era una idealista que creía en los anticuados valores de la caballería: valentía, honestidad, rectitud. Aborrecía a los intrigantes cuyos motivos al cortejarla eran, en el mejor de los casos, sospechosos. ¿En quién podía confiar? Uno por uno, hallaba una razón para rechazarlos. La soltería parecía ser su destino.

**Muchas suspiran por el placer que huye \ y aborrecen al que se les brinda; \ insta con menos fervor \ y dejarás de parecerle importuno. \ No siempre han de delatar tus agasajos la esperanza \ del triunfo; en ocasiones conviene que el amor \ se insinúe disfrazado con el nombre de amistad. \ He visto más de una mujer intratable sucumbir \ a esta prueba, y al que antes era \ su amigo convertirse por fin en su amante.**

**OVIDIO, *EL ARTE DE AMAR***

En abril de 1669, la Grande *Mademoiselle*, entonces de cuarenta y dos años de edad, conoció a uno de los hombres más extraños de la corte: el marqués Antonin Péguilin, después conocido como duque de Lauzun. Favorito de Luis XIV, el marqués, de treinta y seis años, era un soldado valiente con un ingenio ácido. También era un incurable donjuán. Aunque bajo de estatura e indudablemente poco agraciado, sus insolentes modales y hazañas militares lo volvían irresistible para las

mujeres. *La Grande Mademoiselle* había reparado en él años antes, y admirado su elegancia y osadía. Pero apenas entonces, en 1669, tuvo una conversación auténtica con él, si bien breve; y aunque conocía su fama de tenorio, le pareció encantador. Días más tarde se encontraron de nuevo; esta vez la conversación fue más larga, y Lauzun resultó ser más inteligente de lo que ella había imaginado: hablaron del dramaturgo Corneille (el preferido de la duquesa), heroísmo y otros temas elevados. Luego, sus encuentros se volvieron más frecuentes. Se habían hecho amigos. Anne-Marie escribió en su diario que sus conversaciones con Lauzun, cuando ocurrían, eran el mejor momento de su día; cuando él no estaba en la corte, ella sentía su ausencia. Sus encuentros eran demasiado frecuentes para ser casuales por parte de Lauzun, pero él siempre parecía sorprendido de verla. Al mismo tiempo, ella dejó asentado que se sentía intranquila: la acometían emociones extrañas, y no sabía por qué.

**Por la calle, jamás le dirijo la palabra: cambio un saludo con ella y nada más. Con seguridad, nuestros frecuentes encuentros le habrán llamado la atención; quizá ahora comienza a advertir la nueva estrella que ha aparecido en su horizonte y que gravita en la órbita de su vida con fuerza subversiva, pero no tiene la menor idea de las leyes del movimiento. [...] Antes de iniciar o de preparar mi ataque, es preciso que tenga un perfecto conocimiento de su carácter.**

**SØREN KIERKEGAARD, *DIARIO DE UN SEDUCTOR***

El tiempo pasó, y un buen día la Grande *Mademoiselle* debió marcharse de París una o dos semanas. Lauzun la abordó entonces, sin previo aviso, y le rogó emocionado que lo considerara su confidente, el gran amigo que ejecutaría cualquier encomienda en su ausencia. Él se mostró poético y caballeroso, pero ¿qué se proponía en realidad? En su diario, Anne-Marie enfrentó finalmente las emociones que se agitaban en ella desde su primera conversación con él: «Me dije: estas no son meditaciones vagas; debe haber un objeto en todos estos sentimientos, y no podía imaginar quién era. [...] Por fin, tras atormentarme durante varios días, me di cuenta de que era M. de Lauzun a quien amaba, que era él quien de algún modo se había deslizado hasta mi corazón y lo había atrapado».

Sabedora de la fuente de sus sentimientos, la Grande *Mademoiselle* se volvió más directa. Si Lauzun iba a ser su confidente, ella podría hablarle del matrimonio, de las bodas que aún se le ofrecían. Este tema podría darle a él la oportunidad de expresar sus sentimientos; tal vez hasta se mostraría celoso. Desafortunadamente, Lauzun no pareció captar la indirecta. En cambio, preguntó a la duquesa por qué,

para comenzar, pensaba en casarse; parecía muy feliz tal como estaba. Además, ¿quién podía ser digno de ella? Esto duró varias semanas. La duquesa no pudo arrancarle nada personal. En cierto sentido, ella lo comprendió: estaban presentes las diferencias de rango (ella era muy superior a él) y de edad (ella era seis años mayor). Meses después murió la esposa del hermano del rey, y Luis sugirió a la Grande *Mademoiselle* que remplazara a su difunta cuñada; es decir, que se casara con su hermano. Anne-Marie se indignó; era evidente que el hermano del rey quería poner las manos sobre su fortuna. Pidió opinión a Lauzun. Como leales servidores del rey, contestó él, debían obedecer el deseo real. Esta respuesta no agradó a la duquesa y, para rematar, él dejó de visitarla, como si fuese impropio que siguieran siendo amigos. Esta fue la gota que derramó el vaso. La Grande *Mademoiselle* dijo al rey que no se casaría con su hermano, y punto.

**Dijo, y de inmediato los novillos del monte expulsados \ buscan las costas mandadas, donde del rey magno la hija [Europa] \ jugar, acompañada de las vírgenes tirias, solía. • [...] La gravedad del cetro dejada, \ aquel padre y rector de los dioses que con fuegos trisulcos \ tiene armada la diestra; que con el ceño el orbe sacude, \ la faz de un toro se viste y, a los novillos mezclado, \ muge, y en las tiernas hierbas hermoso pasea. \ Su color es de nieve a la cual ni los vestigios del duro \ pie pisaron, ni ha disuelto el Austro lluvioso. \ Músculos yerguen sus cuellos; la papada cuelga a sus hombros; \ cuernos, en verdad, parvos; mas pudieras jurar que están hechos \ a mano, y más que una pura gema, son transparentes. \ Amenazas, en su frente, ningunas, ni luz formidable; \ la paz, su rostro tiene. • La de Agenor nacida [Europa] se admira \ de que tan hermoso, de que combates ningunos amague; \ mas aunque suave, temió tocarlo primero. \ Pronto se acercó, y alargó flores a las cándidas bocas. \ Goza el amante y, mientras viene el placer esperado, \ besos da a las manos; apenas ya, apenas lo restante difiere. • Y ahora juega y en la verde hierba da saltos, \ ahora el flanco níveo en las rojizas arenas recuesta; \ quitado el miedo paulatinamente, ora ofrece los pechos \ al pulsar de la mano virgínea; ora a que con nuevas guirnaldas \ se los ciñan, los cuernos. Osó la virgen regia, asimismo, \ sin saber a quién oprimía, sentarse en la espalda del toro, \ cuando, desde la tierra y la seca costa, el dios, lentamente, \ los falsos vestigios de sus pies pone primero en las ondas; \ de allí, más allá parte, y del medio ponto en los llanos \ lleva su presa.**

**OVIDIO, *METAMORFOSIS***

Anne Marie se reunió entonces con Lauzun, y le dijo que escribiría en una hoja el nombre del caballero con quien siempre había querido casarse. Él debía poner esa hoja bajo su almohada y leerla a la mañana siguiente. Cuando lo hizo, se topó con las palabras *C'est vous (Es usted)*. Al ver a la Grande *Mademoiselle* la noche siguiente, Lauzun le dijo que debía estar bromeando: sería el hazmerreír de la corte. Pero ella insistió en que hablaba en serio. Él pareció conmocionado y sorprendido, aunque no tanto como el resto de la corte cuando, semanas después, se anunció el compromiso entre este donjuán de rango relativamente bajo y la dama del segundo rango más alto de Francia, conocida lo mismo por su virtud que por su habilidad para defenderla.

**Interpretación.** El duque de Lauzun es uno de los seductores más grandes de la historia, y su lenta y sostenida seducción de la Grande *Mademoiselle* fue su obra maestra. Su método fue simple: indirecto. Al percibir en esa primera conversación que ella se interesaba en él, decidió cautivarla con su amistad. Sería su amigo más leal. Al principio esto resultó encantador: un hombre se daba tiempo para hablar con ella, sobre poesía, historia, proezas de guerra sus temas favoritos. Poco a poco, ella empezó a confiar en él. Luego, casi sin que la duquesa se diera cuenta, sus sentimientos cambiaron: ¿a ese consumado mujeriego solo le interesaba la amistad? ¿No le atraía ella como mujer? Estas ideas le hicieron reparar en que se había enamorado de él. Esto fue en parte lo que después hizo que rechazara la boda con el hermano del rey, una decisión hábil e indirectamente inducida por el propio Lauzun, al dejar de visitarla. Y, ¿cómo podía él buscar dinero y posición, o sexo, cuando jamás había dado paso alguno en ese sentido? No, lo brillante de la seducción de Lauzun fue que la Grande *Mademoiselle* creyó ser ella quien daba todos los pasos.

Una vez que has elegido a la víctima correcta, debes llamar su atención y despertar su deseo. Pasar de la amistad al amor puede surtir efecto sin delatar la maniobra. Primero, tus conversaciones amistosas con tu objetivo te darán valiosa información sobre su carácter, gustos, debilidades, los anhelos infantiles que rigen su comportamiento adulto. (Lauzun, por ejemplo, pudo adaptarse inteligentemente a los gustos de Anne-Marie una vez que la estudió de cerca). Segundo, al pasar tiempo con tu blanco, puedes hacer que se sienta a gusto contigo. Creyendo que solo te interesan sus ideas, su compañía, moderará su resistencia, disipando la usual tensión entre los sexos. Entonces será vulnerable, porque tu amistad con él habrá abierto la puerta dorada a su cuerpo: su mente. Llegado ese punto, todo comentario casual, todo leve contacto físico incitará una idea distinta, que lo tomará por sorpresa: quizá podría haber algo entre ustedes. Una vez motivada esa sensación, tu objetivo se preguntará por qué no has dado el paso, y tomará la iniciativa, disfrutando de la ilusión de que es él quien está al mando. No hay nada más efectivo en la seducción que hacer creer seductor@ al@ seducid@.

*No me acerco a ella, solo bordeo la periferia de su existencia*

*[...] Esta es la primera telaraña en la que debe caer.*

—Søren Kierkegaard

## CLAVES PARA LA SEDUCCIÓN

Lo que buscas como seductor@ es la capacidad de dirigir a los demás adonde tú quieres. Pero este juego es peligroso; en cuanto ellos sospechen que actúan bajo tu influencia, te guardarán rencor. Somos criaturas que no soportan sentir que obedecen a una voluntad ajena. Si tus objetivos lo descubrieran, tarde o temprano se volverán contra ti. Pero ¿y si pudieras lograr que hagan lo que quieres sin darse cuenta? ¿Si creyeran estar al mando? Este es el poder del método indirecto, y ningún@ seductor@ puede obrar su magia sin él.

**Estas pocas reflexiones nos permiten comprender que, puesto que al intentar una seducción corresponde al hombre dar los primeros pasos, para el seductor seducir no es más que acortar la distancia, en este caso la de la diferencia entre los sexos; y que, para lograr esto, es necesario que se feminice, o al menos se identifique con el objeto de su seducción. [...] Como escribe Alain Roger: «Si hay seducción, el seductor es el primero en perderse, en el sentido de abdicar de su sexo. [...] La seducción apunta indudablemente a la consumación sexual, pero solo llega allá creando una especie de simulacro de Gomorra. El seductor no es más que una lesbiana».**

**FRÉDÉRIC MONNEYRON, *SEDUCIR: EL IMAGINARIO DE LA SEDUCCIÓN DE DON JUAN A MICK JAGGER***

El primer paso por dominar es simple: una vez que hayas elegido a la persona correcta, debes hacer que el objetivo venga a ti. Si en las etapas iniciales logras hacerle creer que es él quien realiza el primer acercamiento, has ganado el juego. No habrá rencor, contrarreacción perversa ni paranoia.

Conseguir que tu objetivo venga a ti implica concederle espacio. Esto puede alcanzarse de varias maneras. Puedes rondar la periferia de su existencia, para que



te vea en diferentes lugares sin que te acerques nunca a él. De esta forma llamarás su atención; y si él quiere atravesar el puente, tendrá que llegar hasta ti. Puedes hacerte su amig@, como lo fue Lauzun de la Grande *Mademoiselle*, y aproximarte cada vez más, aunque manteniendo siempre la distancia apropiada entre amigos del sexo opuesto. También puedes jugar al gato y al ratón con él, primero pareciendo interesad@ y retrocediendo después, para incitarlo activamente a que te siga a tu telaraña. Hagas lo que hagas y cualquiera que sea el tipo de seducción que practiques, evita a toda costa la tendencia natural a hostigar a tu blanco. No cometas el error de creer que perderá interés a menos que lo presiones, o que un torrente de atención le agradará. Demasiada atención prematura en realidad solo sugerirá inseguridad, y causará dudas sobre tus motivos. Peor todavía, no dará a tu objetivo margen para imaginar. Da un paso atrás; permite que las ideas que suscitas lleguen a él como si fueran propias. Esto es doblemente importante si tratas con alguien que ejerce un profundo efecto en ti.

En realidad, nunca podremos entender al sexo opuesto. Siempre será un misterio para nosotr@s, y este misterio aporta la deliciosa tensión de la seducción, pero también es fuente de inquietud. Freud se hizo la célebre pregunta de qué es lo que en verdad quieren las mujeres; aun para el pensador más perspicaz de la psicología, el sexo opuesto era un territorio desconocido. Tanto en los hombres como en las mujeres existen arraigadas sensaciones de temor y ansiedad en relación con el sexo opuesto. En las etapas iniciales de la seducción, entonces, debes hallar la manera de aplacar toda sensación de desconfianza que la otra persona pueda experimentar. (Sentir temor y peligro puede agudizar más tarde la seducción; pero si provocas esas emociones en las primeras etapas, lo más probable es que ahuyentes a tu víctima). Establece una distancia neutral, aparenta ser inofensiv@, y te darás margen de maniobra. Casanova cultivó una leve feminidad en su carácter —interés en la ropa, el teatro, los asuntos domésticos—, que las jóvenes consideraban reconfortante. La cortesana del Renacimiento Tullia d’Aragona, quien hizo amistad con los grandes pensadores y poetas de su época, hablaba de literatura y filosofía, de todo menos del tocador (y de todo menos de dinero, que también era su meta). Johannes, el narrador del *Diario de un seductor*, de Søren Kierkegaard, sigue a su objetivo, Cordelia, a la distancia; cuando sus caminos se cruzan, es cortés, y aparentemente tímido. Cuando Cordelia llega a conocerlo, no la asusta. De hecho, él es tan inofensivo que ella empieza a desear que lo sea menos.

**Mientras [Júpiter] vuelve y va frecuente, en una virgen  
nonacrina \ se fijó, y los tomados fuegos bajo sus huesos ardieron. \  
No era el trabajo de esta ablandar, hilando, la lana, \ ni variar de  
sitio las trenzas; cuando la veste una fíbula, \ reunido había una  
cinta blanca sus descuidados cabellos, \ y ora había en su mano el  
jáculo liso, ora el arco tomado. [...] • Más allá de la mitad, alto el**

sol el espacio tenía, \ cuando ella entró en el bosque que no había edad alguna talado. \ Se quitó aquí del hombro la aljaba, y aflojó los flexibles \ arcos, y en el suelo, que la hierba había cubierto, yacía, \ y con la apoyada cerviz la pintada aljaba oprimía. \ Júpiter, cuando la vio cansada y de custodio vacante: \ «Este hurto, por cierto, no conocerá mi cónyuge —dijo—; \ o, si lo supiere, son, ¡oh, son de tanta monta las riñas!». • Al punto se viste la faz y el porte de Diana, \ y dice: «Parte sola de mis compañeras, oh virgen: \ ¿En cuáles cimas cazaste?». Desde el césped, la virgen \ se levanta, y dijo: «Salve, numen, siendo yo el juez, \ mayor, aunque lo oiga él mismo, que Jove». Ríe y oye, \ y de ser a sí preferido se goza, y une sus besos, \ ni asaz moderados ni, así, por una virgen donables. \ A la que se disponía a narrar en qué selva cazara, \ impide con un abrazo, y no se manifiesta sin crimen. \ Ella, por cierto, en contra, cuanto una mujer puede solo; [...] ¿mas a quién superar una niña \ podría, o cuál de los dioses a Jove? Vencedor buscar el éter.

**OVIDIO, *METAMORFOSIS***

Duke Ellington, el gran jazzista y consumado seductor, deslumbraba inicialmente a las damas con su buena apariencia, ropa elegante y carisma. Pero una vez a solas con una mujer, retrocedía un poco y se volvía excesivamente cortés, ocupándose solo de cosas insignificantes. La conversación banal puede ser una táctica brillante: hipnotiza al objetivo. La monotonía de tu fachada confiere mayor poder a la sugerencia más sutil, la más leve mirada. Si nunca hablas de amor, volverás expresiva su ausencia: tu víctima se preguntará por qué no aludes jamás a tus emociones; y al pensar en eso, llegará más lejos aún, e imaginará qué más ocurre en tu mente. Ella será quien saque a colación el tema del amor o el afecto. La monotonía deliberada tiene muchas aplicaciones. En psicoterapia, el médico responde con monosílabos para atraer al paciente, haciéndolo relajarse y abrirse. En negociaciones internacionales, Henry Kissinger abrumaba a los diplomáticos con detalles fastidiosos, y luego hacía audaces demandas. Al inicio de la seducción, las palabras monocromas suelen ser más eficaces que las vívidas: el objetivo se desconecta, te mira a la cara, empieza a imaginar, fantasea y cae bajo tu hechizo.

**Prefiero oír a mi perro ladrar a un grajo que a un hombre jurar que me adora.**

**BEATRIZ, EN WILLIAM SHAKESPEARE, *MUCHO RUIDO Y POCAS NUECES***

Llegar a tus objetivos a través de otras personas es muy eficaz: infíltrate en su círculo y dejarás de ser un@ extrañ@. Antes de dar un solo paso, el conde de Grammont, seductor del siglo XVII, entablaba amistad con la recamarera, ayuda de cámara, un amigo e incluso un amante de su blanco. De este modo podía reunir información, y buscar la manera de acercarse a él en forma inofensiva. También podía sembrar ideas, diciendo cosas que era probable que el tercero repitiera, cosas que intrigarían a la dama, en particular si procedían de alguien a quien ella conocía.

**Yo sé de personas que tienen intimidad y trato frecuente con la persona a quien aman; pero que, si le dejaran atisbar el menor barrunto de que lo aman, lo verían más lejos que los altísimos luceros de las Cabrillas. El ocultamiento es aquí una suerte de diplomacia. El amante que se halla en tal situación llega, en ocasiones, a gozar del trato del ser que ama en el más alto grado y hasta el último límite; y, en cambio, si le declarara sus sentimientos, no lograría ni la más mínima cosa; sufriría asperezas y desabrimientos; perdería toda confianza de dominar su corazón; vería desaparecer aquella familiaridad y nacer los artificios y los reproches; en suma, pasaría de amigo a siervo, y de par igual a cautivo.**

**IBN HAZM DE CÓRDOBA, *EL COLLAR DE LA PALOMA*.  
*TRATADO SOBRE EL AMOR Y LOS AMANTES***

Ninon de L'Enclos, la cortesana y estratega de la seducción del siglo XVII, creía que disfrazar las intenciones propias no solo era necesario: aumentaba el placer del juego. Un hombre jamás debía declarar sus sentimientos, pensaba ella, en particular al principio. Esto es irritante y provoca desconfianza. «Lo que ella adivina persuade mucho más a una mujer de estar enamorada que lo que oye», comentó una vez. Con frecuencia, la prisa de una persona en declarar sus sentimientos resulta de un falso deseo de complacer, pensando que esto halagará a la otra. Pero el deseo de complacer puede ofender y molestar. Los niños, los gatos y las coquetas nos atraen por no intentarlo en apariencia, e incluso mostrarse indiferentes. Aprende a encubrir tus sentimientos, y que la gente descubra por sí sola lo que pasa.

En todas las esferas de la vida, nunca des la impresión de que buscas algo; esto producirá una resistencia que nunca someterás. Aprende a acercarte a la gente de lado. Apaga tus colores, pasa inadvertid@, finge ser inocu@ y tendrás más margen de maniobra. Lo mismo sucede en política, donde la ambición manifiesta suele asustar a la gente. A primera vista, Vladimir Ilich Lenin parecía un ruso común: vestía como obrero, hablaba con acento campesino, no se daba aires de grandeza.

Esto hacía sentir a gusto a la gente, e identificarse con él. Pero bajo ese aspecto aparentemente insulso había por supuesto un hombre muy hábil, que no cesaba de maniobrar. Cuando la gente se percató de esto, ya era demasiado tarde.

### **Símbolo:**

**La telaraña. La araña busca  
un inocuo rincón donde tejer su tela. Cuanto  
más tarda, más fabulosa es su construcción, pero pocos lo  
notan: sus tenues hilos son casi invisibles. La araña no tiene que  
cazar para comer; ni siquiera moverse. Se posa en silencio en una  
esquina, esperando a que sus víctimas lleguen solas y caigan en su  
red.**

## **REVERSO**

En la guerra necesitas espacio para alinear tus tropas, margen de maniobra. Cuanto más espacio tengas, más intrincada puede ser tu estrategia. Pero a veces es mejor arrollar al enemigo, no darle tiempo de pensar o reaccionar. Aunque Casanova adaptaba sus estrategias a la mujer en cuestión, a menudo trataba de causar una impresión inmediata, para incitar deseo desde el primer encuentro. Actuaba con galantería y salvaba a una mujer en peligro; se vestía de cierto modo para que su objetivo lo distinguiera entre la multitud. En cualquier caso, una vez que conseguía la atención de una mujer, avanzaba con la velocidad del rayo. Una sirena como Cleopatra intenta ejercer un efecto físico inmediato en los hombres, para no dar a sus víctimas tiempo ni espacio para retirarse. Ella usa el factor sorpresa. El primer periodo de tu contacto con alguien podría implicar un grado de deseo que nunca se repetirá; prevalecerá la audacia.

Sin embargo, estas seducciones son cortas. Las sirenas y los Casanovas solo obtienen placer del número de sus víctimas, pasando rápidamente de una conquista a otra, y esto puede resultar fatigoso. Casanova acabó extenuado; las sirenas, insaciables, nunca están satisfechas. La seducción indirecta, cuidadosamente ejecutada, puede reducir el número de tus conquistas, pero te compensará con creces con su calidad.

### **3. Emite señales contradictorias**

*Una vez que la gente percibe tu presencia, y que, incluso, se siente vagamente intrigada por ella, debes fomentar su interés antes de que lo dirija a otro. Lo obvio y llamativo puede atraer su atención al principio, pero esa atención suele ser efímera; a la larga, la ambigüedades mucho más potente. La mayoría somos demasiado obvios; tú sé difícil de entender. Emite señales contradictorias: duras y suaves, espirituales y terrenales, astutas e inocentes. Una mezcla de cualidades sugiere profundidad, lo que fascina tanto como confunde. Un aura elusiva y enigmática hará que la gente quiera saber más, y esto la atraerá a tu círculo. Crea esa fuerza sugiriendo que hay algo contradictorio en ti.*

## BUENO Y MALO

En 1806, cuando Prusia y Francia estaban en guerra, Augusto, el apuesto príncipe de Prusia y sobrino de Federico el Grande, de veinticuatro años de edad, fue capturado por Napoleón. En vez de encarcelarlo, Napoleón le permitió vagar por territorio francés, vigilándolo muy de cerca con espías. El príncipe era devoto del placer, y pasó su tiempo yendo de una ciudad a otra y seduciendo a jóvenes mujeres. En 1807 decidió visitar el Château de Coppet, en Suiza, donde vivía la gran escritora francesa *Madame de Staël*.

Augusto fue recibido por su anfitriona con toda la ceremonia de que esta era capaz. Tras presentarlo a sus demás huéspedes, todos se retiraron a un salón, donde hablaron de la guerra de Napoleón en España, la moda en París y cosas por el estilo. De pronto se abrió la puerta y entró otro huésped, una mujer que por algún motivo había permanecido en su habitación durante el alboroto del arribo del príncipe. Era *Madame Récamier*, de treinta años, la mejor amiga de *Madame de Staël*. Ella misma se presentó con el príncipe, y se retiró de inmediato a su recámara.

**Reichardt había visto a Juliette en otro baile, declarando con coqueta timidez que no bailarían, y quitándose un rato después su pesado traje de fiesta, para revelar un vestido ligero. En todas partes hubo murmullos y susurros sobre su coquetería y afectación. Como siempre, vestía de satén blanco, con un amplio corte en la espalda que dejaba ver sus hombros encantadores. Los hombres imploraron que bailara para ellos. [...] Al compás de suave música, ella se introdujo flotando en la sala enfundada en su diáfana túnica griega. Llevaba la cabeza cubierta con un fichú de muselina. Se inclinó tímidamente ante el público y luego, girando un tanto, sacudió con los dedos una pañoleta transparente, para que produjese por turnos la impresión de una cortina, un velo, una nube. Todo esto, con una extraña mezcla de precisión y languidez. Movía los ojos en forma sutil y fascinante: «bailaba con los ojos». Las mujeres juzgaban sensual toda esa serpentina ondulación del cuerpo, esa despreocupada inclinación rítmica de la cabeza; los hombres se sentían transportados al reino de la dicha celestial.**

**Juliette era un *ange fatal*, ¡y mucho más peligrosa por parecer un ángel! La música se atenuó. De pronto, gracias a un hábil truco, Juliette soltó su cabello castaño, que se derramó en nubes a su alrededor. Casi sin aliento, desapareció en su tocador, iluminado apenas. Y hasta allá la siguió la gente, que la contempló recostándose en su diván cubierta por una bata suelta, con una apariencia elegantemente pálida, como la Psique de Gérard, mientras su doncellas le refrescaban la frente con agua de colonia.**

**MARGARET TROUNCER, *Madame Récamier***

Augusto sabía que *Madame Récamier* estaba en el château. De hecho, había oído muchas historias sobre esa infausta mujer, a quien, en los años posteriores a la Revolución francesa, se consideraba la más bella de Francia. Los hombres enloquecían por ella, en particular en los bailes, cuando se quitaba el chal y revelaba los diáfanos vestidos blancos que había vuelto famosos, y bailaba con desenfreno. Los pintores Gérard y David habían inmortalizado su rostro y forma de vestir, y aun sus pies, juzgados los más hermosos que nadie hubiera visto jamás; además, ella había roto el corazón de Lucien Bonaparte, hermano del emperador Napoleón. A Augusto le agradaban mujeres más jóvenes que *Madame Récamier*, y había ido al château a descansar. Pero esos breves momentos en los que ella había acaparado la atención con su entrada repentina lo tomaron por sorpresa: era tan bella como la gente decía; pero más impresionante aún que su hermosura era su mirada, que parecía muy dulce, verdaderamente celestial, con un dejo de tristeza. Los demás invitados siguieron conversando, pero Augusto ya solo podía pensar en *Madame Récamier*.

Durante la cena esa noche, la observó. Ella no habló mucho, y mantuvo la vista abajo, pero volteó una o dos veces, directo al príncipe. Terminada la cena, los huéspedes se reunieron en la galería, y alguien llevó un arpa. Para deleite del príncipe, *Madame Récamier* empezó a tocar, entonando una canción de amor. Entonces, ella cambió de repente: había picardía en sus ojos cuando lo veía. La voz angelical, las miradas, la energía que animaba su faz hicieron sentir al príncipe que la cabeza le daba vueltas. Estaba confundido. Cuando lo mismo sucedió la noche siguiente, Augusto decidió prolongar su estancia en el château.

En los días posteriores, el príncipe y *Madame Récamier* pasearon juntos, remaron en el lago y asistieron a bailes, en los que él la tuvo por fin entre sus brazos. Charlaban hasta bien entrada la noche. Pero nada se aclaraba para él: ella parecía muy espiritual, muy noble, pero luego estaba un roce de la mano, un súbito comentario insinuante. Tras dos semanas en el château, el soltero más codiciado de Europa olvidó sus hábitos de libertinaje y propuso matrimonio a *Madame Récamier*. Se convertiría al catolicismo, la religión de ella, y *Madame* se separaría de su

vetusto esposo. (Ella le había dicho que su matrimonio no se había consumado nunca, y que por tanto la iglesia católica podía anularlo). *Madame Récamier* se iría a vivir con él a Prusia. Ella prometió hacer lo que él quisiera. El príncipe salió corriendo a Prusia, en busca de la aprobación de su familia, y *Madame* regresó a París para obtener la anulación requerida. Augusto la abrumó con cartas de amor, y esperó. Pasó el tiempo; creyó enloquecer. Entonces, por fin, una carta: ella había cambiado de opinión.

Meses después, *Madame Récamier* envió a Augusto un regalo: el famoso cuadro de Gérard en el que ella aparecía recostada en un sofá. El príncipe pasó horas frente a él, tratando de penetrar el misterio detrás de esa mirada. Se había sumado a la compañía de las conquistas de *Madame Récamier*; a hombres como el escritor Benjamin Constant, quien dijo de ella: «Fue mi último amor. El resto de mi vida, fui como un árbol fulminado por un rayo».

**La idea de que dos elementos distintos se combinan en la sonrisa de Mona Lisa se les ha ocurrido a varios críticos. En consecuencia, hallan en la expresión de la bella florentina la representación más perfecta de los contrastes que dominan la vida erótica de las mujeres: el contraste entre reserva y seducción, y entre la ternura más fervorosa y una sensualidad implacablemente demandante, que consume a los hombres como si fueran seres extraños.**

**SIGMUND FREUD, *UN RECUERDO INFANTIL DE LEONARDO DA VINCI***

**Interpretación.** La lista de las conquistas de *Madame Récamier* no hizo sino volverse cada vez más impresionante conforme su edad avanzaba: en ella estuvieron el príncipe Metternich, el duque de Wellington, los escritores Constant y Chateaubriand. Para todos estos hombres, *Madame Récamier* era una obsesión, que no hacía más que intensificarse cuando se alejaban de ella. La fuente del poder de *Madame* era doble. Primero, poseía un rostro angelical, que atraía a los hombres. Esa cara apelaba a su instinto paternal, encantando con su inocencia. Pero luego asomaba una segunda cualidad, en las miradas insinuantes, el baile desenfrenado, la súbita alegría: todo esto tomaba por sorpresa a los hombres. Era evidente que en ella había más de lo que ellos creían, una enigmática complejidad. Cuando estaban solos, ellos se descubrían ponderando estas contradicciones, como si un veneno corriera por su sangre. *Madame Récamier* era un acertijo, un problema por resolver. Ya fuese que se quisiera una diablesa coqueta o una diosa inalcanzable, ella podía serlo, al parecer. Sin duda, *Madame* alentaba esta ilusión al mantener a los hombres a cierta



distancia, para que nunca pudieran descifrarla. Y era la reina del efecto calculado, como lo muestra su sorpresiva entrada al Château de Coppet, que la volvió el centro de la atención, así fuera solo unos segundos.

El proceso de la seducción implica llenar la mente de alguien con tu imagen. Tu inocencia, belleza o coquetería pueden atraer la atención de esa persona, pero no su obsesión; ella pasará pronto a la siguiente imagen impactante. Para ahondar su interés, debes sugerir una complejidad imposible de comprender en una o dos semanas. Eres un misterio elusivo, un señuelo irresistible, que augura enorme placer a quien pueda poseerlo. Una vez que los demás empiezan a fantasear contigo, están al borde de la escurridiza pendiente de la seducción, y no podrán evitar resbalar.

**Las manos [de Oscar Wilde] eran fofas y regordetas; su apretón carecía de fuerza, y en un primer encuentro se rehuía su afelpada flaccidez. Pero esta aversión se vencía tan pronto como él empezaba a hablar: porque su genuina bondad y deseo de complacer hacían olvidar lo desagradable en su apariencia y contacto físicos, y daban encanto a su actitud, y gracia a su precisión verbal. La primera impresión de él afectaba a la gente de varias maneras. Algunos apenas si podían evitar la risa, otros sentían hostilidad, unos cuantos sufrían escalofríos y muchos tenían la certeza de sentirse incómodos; pero salvo por la reducida minoría que nunca se recuperaba de la primera sensación de disgusto, y que por lo tanto guardaba distancia, a los dos sexos él les parecía irresistible; y para los jóvenes de su tiempo, dice W. B. Yeats, era como una figura triunfante y audaz de otra época.**

**HESKETH PEARSON, *OSCAR WILDE: SU VIDA Y SU GENIO***

## **ARTIFICIAL Y NATURAL**

El mayor éxito en Broadway en 1881 fue la opereta *Patience* (Paciencia), de Gilbert y Sullivan, una sátira del mundo bohemio de los *dandys* y estetas entonces en boga en Londres. Para aprovechar esa moda, los promotores de la opereta decidieron invitar a una gira de conferencias en Estados Unidos a uno de los estetas más notorios de Inglaterra: Oscar Wilde. De solo veintisiete años en aquellos días, Wilde era más famoso como personalidad pública que por el pequeño conjunto de

sus obras. Los promotores estadounidenses estaban seguros de que su público quedaría fascinado con ese hombre, a quien imaginaban paseando siempre con una flor en la mano, pero no esperaban que ese efecto fuera perdurable; él dictaría un par de conferencias, la novedad pasaría y ellos lo embarcarían de regreso a su país. La suma ofrecida era cuantiosa, y Wilde aceptó. A su llegada a Nueva York, un empleado aduanal le preguntó si tenía algo que declarar: «No tengo nada que declarar», contestó él, «salvo mi genio».

Llovieron invitaciones: la sociedad de Nueva York tenía curiosidad por conocer a esa rareza. Las mujeres hallaron encantador a Wilde, pero los periódicos fueron menos amables; *The New York Times* lo llamó una «farsa estética». Una semana después de su arribo, Wilde dio su primera conferencia. La sala estaba a reventar; habían asistido más de mil personas, muchas de ellas solo para ver cómo era él. Y no se decepcionaron. Wilde no portaba una flor, y era más alto de lo que suponían, pero tenía una larga y suelta cabellera y llevaba puesto un traje verde de terciopelo con corbatín, así como pantalones de montar y medias de seda. Muchos en el público se desconcertaron; al mirarlo desde sus asientos, la combinación de su gran estatura y lindo atavío era un tanto repulsiva. Algunas personas rieron francamente, y otras no pudieron ocultar su malestar. Supusieron que ese hombre les sería odioso. Pero entonces él comenzó a hablar.

El tema era el «Renacimiento inglés», el movimiento del «arte por el arte» de la Inglaterra de fines del siglo XIX. La voz de Wilde resultó hipnótica; hablaba acompasadamente, en forma afectada y artificial, y pocos comprendían en verdad lo que decía, pero su discurso era muy ingenioso, y fluía. Su apariencia era extraña, sin duda, pero ningún neoyorquino había visto ni oído nunca a un hombre tan enigmático, y la conferencia fue un gran éxito. Aun los periódicos la aclamaron. Semanas después, en Boston, unos sesenta muchachos de Harvard prepararon una emboscada: se burlarían de ese poeta afeminado vistiendo pantalones de montar, llevando flores y aplaudiendo ruidosamente su entrada. Wilde no se alteró en lo más mínimo. El público rio histéricamente de sus improvisados comentarios; y cuando los jóvenes lo interrumpían, él conservaba la dignidad, sin delatar enojo alguno. Una vez más, el contraste entre su actitud y su apariencia hizo que pareciera ser más bien extraordinario. Muchos quedaron profundamente impresionados, y Wilde iba en camino de convertirse en una sensación.

La corta gira de conferencias se volvió un acontecimiento nacional. En San Francisco, el conferencista visitante de arte y estética resultó capaz de vencer a todos bebiendo, y de jugar póquer, lo que hizo de él el éxito de la temporada. En su marcha de regreso de la costa oeste, Wilde haría escalas en Colorado; pero el señorito poeta fue advertido de que si se atrevía a presentarse en la ciudad minera de Leadville, se le colgaría del árbol más alto. Esa era una invitación que Wilde no podía rechazar. Al llegar a Leadville, ignoró a los impertinentes y las miradas desagradables; recorrió las minas, bebió y jugó cartas, y luego conferenció sobre Botticelli y Cellini en las tabernas. Como todos los demás, también los mineros

cayeron bajo su hechizo, al grado de bautizar una mina con su nombre. Aun vaquero se le oyó decir: «Este amigo será muy artista, pero nos puede vencer bebiendo a todos, y llevarnos cargando a casa de dos en dos».

**Había una vez un imán que tenía por vecinas a unas limaduras de acero. Un día, dos o tres pequeñas limaduras sintieron el repentino deseo de ir a visitar al imán, y se pusieron a platicar de lo agradable que sería hacerlo. Otras las oyeron conversar, y se contagiaron del mismo deseo. Otras más se les unieron, hasta que al final todas las limaduras hablaban ya del asunto, con lo que su vago deseo se convertía cada vez más en impulso. «¿Por qué no vamos hoy?», preguntó una de ellas; pero otras eran de la opinión de esperar al día siguiente. Entre tanto, sin que se dieran cuenta, se habían ido acercando involuntariamente al imán, que estaba ahí muy quieto, al parecer sin hacerles caso. Así, siguieron discutiendo, aproximándose en todo momento, sin sentirlo, a su vecino; y cuanto más hablaban, más fuerte era el impulso que sentían, hasta que las más impacientes declararon que irían ese día, hicieran lo que hiciesen las demás. Se oyó decir a algunas que era su obligación visitar al imán, y que debían haberlo hecho mucho antes. Y mientras hablaban, no dejaban de acercarse cada vez más a él, sin percatarse de lo que ocurría. Por fin se impusieron las impacientes, y, con un impulso irresistible, todas exclamaron a una voz: «¡No tiene caso esperar! ¡Iremos hoy! ¡Ahora mismo! ¡En este instante!». Así, partieron en unánime masa, y en un momento colgaban de los costados del imán. Este sonrió entonces: porque las limaduras de acero no tenían la menor duda de que lo visitaban por propia voluntad.**

**OSCAR WILDE, CITADO POR RICHARD LE GALLIENNE EN  
HESKETH PEARSON, *OSCAR WILDE: SU VIDA Y SU GENIO***

**Interpretación.** En una fábula que improvisó en una cena, Oscar Wilde contó que unas limaduras de acero tuvieron el súbito deseo de visitar a un imán cercano. Mientras hablaban de eso, descubrieron que cada vez se acercaban más al imán, sin saber cómo ni por qué. Finalmente, fueron jaladas en montón a uno de los costados del imán. Entonces el imán sonrió, porque las limaduras estaban absolutamente ciertas de que hacían esa visita por voluntad propia. Ese mismo era el efecto que el propio Wilde ejercía en todos los que lo rodeaban.

El atractivo de Wilde era más que un mero subproducto de su carácter: era

totalmente calculado. Adorador de la paradoja, él exageraba a conciencia su rareza y ambigüedad, el contraste entre su apariencia amanerada y su ingeniosa y fluida actuación. Naturalmente cordial y espontáneo, creó una imagen que iba contra su naturaleza. La gente se sentía repelida, confundida, intrigada y finalmente atraída por ese hombre, que parecía imposible de entender.

La paradoja es seductora porque juega con el significado. Nos oprime en secreto la racionalidad de nuestra vida, en la que todo está destinado a significar algo; la seducción, en contraste, prospera en la ambigüedad, en las señales contradictorias, en todo lo que elude la interpretación. La mayoría de las personas son exasperantemente obvias. Si su carácter es extravagante, podría atraernos de momento, pero la atracción pasará; no hay profundidad, ningún movimiento en contra, que tire de nosotros. La clave tanto para atraer como para mantener la atención es irradiar misterio. Y nadie es misterioso@ por naturaleza, al menos no por mucho tiempo; el misterio es algo en lo que tienes que trabajar, una estratagema de tu parte, y algo que debe usarse pronto en la seducción. Muestra una parte de tu carácter, para que todos la noten. (En el caso de Wilde, esa era la afectación amanerada que transmitían su ropa y sus poses). Pero emite también una señal distinta: algún signo de que no eres lo que pareces, una paradoja. No te preocupes si esta cualidad oculta es negativa, como peligro, crueldad o amoralidad; la gente se sentirá atraída por el enigma de todas maneras, y es raro que la bondad pura sea seductora.

***La paradoja era en su caso solo la verdad puesta de cabeza para llamar la atención.***

**—Richard Le Gallienne, sobre su amigo Oscar Wilde**

## **CLAVES PARA LA SEDUCCIÓN**

La seducción no avanzará nunca a menos que puedas atraer y mantener la atención de tu víctima, convirtiendo tu presencia física en una obsesiva presencia mental. En realidad es muy fácil crear esa primera incitación: una tentadora forma de vestir, una mirada sugestiva, algo extremoso en ti. ¿Pero qué pasa después? Nuestra mente recibe un bombardeo de imágenes, no solo de los medios de información, sino también del desorden de la vida diaria. Y muchas de esas imágenes son muy llamativas. Tú pasas a ser entonces apenas una cosa más que clama atención; tu

atractivo se acabará a menos que actives una clase de hechizo más duradero que haga que la gente piense en ti en ausencia tuya. Esto significa cautivar su imaginación, haciéndola creer que en ti hay más de lo que ve. Una vez que la gente empiece a adornar tu imagen con sus fantasías, estará atrapada.

Esto debe hacerse pronto, antes de que tus objetivos sepan demasiado y se fijen las impresiones sobre ti. Debería ocurrir en cuanto ellos te ponen los ojos encima. Al emitir señales contradictorias en ese primer encuentro, creas cierta sorpresa, una ligera tensión: pareces ser algo (inocente, desenvuelto@, intelectual, ingenioso@), pero lanzas también un destello de algo más (diabólico@, tímido@, espontáneo@, triste). Mantén la sutileza: si la segunda cualidad es demasiado fuerte, parecerás esquizofrénico@. Pero haz que la gente se pregunte por qué eres tímido@ o triste bajo tu desenvuelto ingenio intelectual, y conseguirás su atención. Dale una ambigüedad que le haga ver lo que quiere, atrapa su imaginación con algunos atisbos voyeuristas de tu alma oscura.

El filósofo griego Sócrates fue uno de los más grandes seductores de la historia; los jóvenes que lo seguían como estudiantes no solo se fascinaban con sus ideas: se enamoraban de él. Uno de ellos fue Alcibíades, el conocido *playboy* que se convertiría en una poderosa figura política hacia fines del siglo V a. C. En el *Simposio* de Platón, Alcibíades describe los poderes seductores de Sócrates comparándolo con las figurillas de Sileno que se hacían entonces. En el mito griego, Sileno era muy feo, pero también un profeta sabio. En consecuencia, sus estatuas eran huecas; y cuando se les desmontaba, se encontraban figurillas de dioses dentro: la verdad y belleza interiores bajo el poco atractivo exterior. Para Alcibíades, lo mismo ocurría con Sócrates, quien era tan feo que resultaba repelente, pero cuyo rostro irradiaba belleza y satisfacción internas. El efecto era confuso y atractivo. Otra gran seductora de la antigüedad, Cleopatra, también emitía señales contradictorias: físicamente tentadora a decir de todos —en voz, rostro, cuerpo y actitud—, también tenía una mente que bullía de actividad, lo que para muchos autores de la época la hacía parecer de espíritu un tanto masculino. Estas cualidades contrarias le daban complejidad, y la complejidad le concedía poder.

Para captar y mantener la atención de los demás, debes mostrar atributos que vayan contra tu apariencia, lo que producirá profundidad y misterio. Si tienes una cara dulce y un aire inocente, emite indicios de algo oscuro, e incluso vagamente cruel, en tu carácter. Esto no debe anunciarse en tus palabras, sino en tu actitud. El actor Errol Flynn poseía un angelical rostro de niño, y un leve aire de tristeza. Pero bajo esa apariencia las mujeres percibían una honda crueldad, una vena criminal, una excitante clase de peligro. Esta interacción de cualidades opuestas atraía un interés obsesivo. El equivalente femenino es el tipo personificado por Marilyn Monroe: tenía cara y voz de niña, pero de ella también emanaba algo poderosamente atrevido y sexual. *Madame Récamier* lo hacía todo con los ojos: una mirada de ángel, repentinamente perturbada por algo sensual e insinuante.

Jugar con los roles de género es una suerte de paradoja enigmática con una larga

historia en la seducción. Los mayores donjuanes han tenido siempre un toque de lindura y feminidad, y las cortesanas más atractivas una veta masculina. Sin embargo, esta estrategia solo es eficaz cuando la cualidad oculta se sugiere apenas; si la mezcla es demasiado obvia o llamativa, parecerá extraña, y aun amenazadora. Ninon de l'Enclos, la gran cortesana francesa del siglo XVII, era de apariencia decididamente femenina; pero a todos los que la conocían les impresionaba un dejo de agresividad e independencia en ella, aunque solo un dejo. Gabriele d'Annunzio, el novelista italiano de fines del siglo XIX, era ciertamente masculino en su trato; pero en él había una delicadeza, una consideración, adicional, y un interés en las galas femeninas. Las combinaciones pueden hacerse en cualquier sentido: Oscar Wilde era de apariencia y actitud muy femeninas, pero la sugerencia de fondo de que en realidad era muy masculino atraía tanto a hombres como a mujeres.

**Una vez terminado el bohort [justa improvisada] y dispersados los caballeros, y en dirección cada cual adonde sus pensamientos le inclinasen, sucedió que Rivalín se dirigió donde se hallaba la adorable Blancaflor. Tras avistarla, galopó hasta ella, y mirándola a los ojos le saludó de buen grado. • «¡Os salve Dios, adorable mujer!» • «Gracias», dijo ella, y continuó con timidez suma: «¡Que Dios omnipotente, que alegra todos los corazones, alegre vuestro corazón y vuestra mente! ¡Y lo agradezco mucho!, mas no olvido que he de ajustar cuentas con vos». • «¡Ah, dulce mujer!, ¿qué he hecho?», fue la respuesta del cortés Rivalín. • «Me habéis irritado por medio de un amigo mío, el mejor que he tenido.» • «¡Santo cielo!», pensó él, «¿qué significa esto? ¿Qué he hecho para disgustarla? ¿Qué dice ella que hice?», e imaginó que, inadvertidamente, había lastimado a un pariente suyo en sus prácticas caballerescas, y que por eso ella estaba molesta con él. Pero no, el amigo al que ella se refería era su corazón, al que él había hecho sufrir: ese era el amigo del que hablaba. Mas él no lo sabía. • «Mujer adorable», dijo, con su acostumbrado encanto: «No deseo que os enojéis conmigo ni me guardéis mala voluntad. Así, si lo que decís es cierto, dictad vos misma sentencia contra mí: haré lo que ordenéis». • «No os odio en demasía por lo sucedido», fue la respuesta de la dulce muchacha, «ni os amo por eso. Pero para ver los remedios que pondréis al mal que me habéis hecho, os probaré en otra ocasión.» • Entonces, él se inclinó como para marcharse, y ella, la adorable muchacha, suspiró por él en secreto y dijo con tierno sentimiento: «¡Ah, querido amigo, Dios os bendiga!». A partir de ese instante, los pensamientos de cada cual volaron en**

loca carrera hacia el otro. • Rivalín se volvió, ponderando muchas cosas. Ponderó desde muchos costados por qué Blancaflor estaba molesta, y qué había detrás de todo eso. Consideró su saludo, sus palabras; examinó minuciosamente su suspiro, su despedida, su conducta toda. [...] Pero como desconocía su motivo —si ella había actuado por animadversión o amor—, vacilaba en medio de la perplejidad. Sus pensamientos oscilaban de uno a otro extremo. Un momento seguía una dirección, y luego, de súbito, otra, hasta embrollarse tanto en las redes de su propio deseo que no podía escapar. [...] • Su enredo lo había puesto en un dilema, pues no sabía si ella le deseaba bien o mal; no distinguía si ella lo amaba o lo odiaba. Ninguna esperanza o desesperación consideró que no le impidiera avanzar o retroceder; esperanza y desesperación lo traían de un lado a otro, en irresuelta disensión. La esperanza le hablaba de amor, la desesperación de odio. A causa de esta discordia, no podía rendir su firme creencia ni al odio ni al amor. Así, sus sentimientos vagaban en puerto inseguro: lo atraía la esperanza, la desesperación lo alejaba. Tampoco hallaba constancia en ellos; no concordaban en un camino u otro. Cuando la desesperación llegó y le dijo que Blancaflor era su enemiga, él titubeó y quiso huir; pero al momento llegó la esperanza, llevándole su amor, y una dulce aspiración, y así por fuerza persistió. De cara a tal discordia, no sabía adónde volverse: no podía ir a parte alguna. Cuanto más se empeñaba en huir, más firmemente el amor lo forzaba a volver. Cuanto más se esmeraba en escapar, con más tenacidad le atraía el amor.

**GOTTFRIED VON STRASSBURG, *TRISTÁN E ISOLDA***

Una potente variación sobre este tema es la mezcla de vehemencia física y frialdad emocional. *Dandys* como Beau Brummel y Andy Warhol combinan una imponente apariencia física con una especie de frialdad en la actitud, una distancia de todo y de todos. Son al mismo tiempo incitantes y elusivos, y la gente se pasa la vida persiguiendo a hombres como esos, tratando de destruir su inasibilidad. (El poder de las personas aparentemente inasibles es sumamente seductor; queremos ser quien las derribe). Individuos así se envuelven asimismo en la ambigüedad y el misterio, ya sea por hablar muy poco o por hacerlo solo de temas superficiales, lo que deja ver una hondura de carácter imposible de alcanzar. Cuando Marlene Dietrich entraba a una sala o llegaba a una fiesta, todos los ojos se volvían inevitablemente hacia ella. Estaba primero su asombroso atuendo, elegido para llamar la atención. Luego, su aire de despreocupada indiferencia. Los hombres, y también las mujeres, se obsesionaban con ella, y la recordaban mucho después de

desvanecidas otras remembranzas de esa noche. Recuerda: la primera impresión, esa entrada, es crucial. Exhibir excesivo deseo de atención indica inseguridad, y a menudo alejará a la gente; muéstrate demasiado frío y desinteresado, por otra parte, y nadie se molestará en acercarse a ti. El truco es combinar las dos actitudes al mismo tiempo. Esa es la esencia de la coquetería.

Quizá seas célebre por una cualidad particular, que viene de inmediato a la mente cuando los demás te ven. Mantendrás mejor su atención si sugieres que detrás de esa fama acecha otra cualidad. Nadie ha tenido fama más mala y pecaminosa que Lord Byron. Lo que enloquecía a las mujeres era que detrás de su aspecto un tanto frío y desdeñoso, intuían que en realidad era muy romántico, e incluso espiritual. Byron exageraba esto con su aire melancólico y sus ocasionales buenas obras. Paralizadas y confundidas, muchas mujeres creían poder ser quien lo recuperara para la bondad, lo convirtiera en amante fiel. Una vez que una mujer abrigaba esa idea, estaba totalmente bajo su hechizo. No es difícil crear ese efecto seductor. Si se te conoce como eminentemente racional, por decir algo, insinúa algo irracional. Johannes, el narrador del *Diario de un seductor*, de Kierkegaard, trata primero a la joven Cordelia con formal cortesía, como ella lo espera por su fama. Pero Cordelia pronto, lo oye por casualidad, haciendo comentarios que sugieren una vena desenfrenada, poética, en su carácter, y eso le intriga y emociona.

Estos principios tienen aplicaciones más allá de la seducción sexual. Para mantener la atención de un grupo amplio, para seducirlo y que solo piense en ti, debes diversificar tus señales. Exhibe demasiado una cualidad —aun si es noble, como conocimiento o eficiencia— y la gente sentirá que no eres bastante humano. Todos somos complejos y ambiguos, estamos llenos de impulsos contradictorios; si tú muestras solo uno de tus lados, aun si es tu lado bueno, irritarás a la gente. Sospechará que eres hipócrita. Mahatma Gandhi, una figura sagrada, confesaba abiertamente sensaciones de enojo y venganza. John F. Kennedy, la figura pública estadounidense más seductora de los tiempos modernos, era una paradoja ambulante: un aristócrata de la costa este con aprecio por la gente común, un hombre obviamente masculino —héroe de guerra— con una vulnerabilidad que se adivinaba bajo su piel, un intelectual que adoraba la cultura popular. La gente se sentía atraída por él como las limaduras de acero de la fábula de Wilde. Una superficie brillante puede tener encanto decorativo, pero lo que te hace voltear a ver un cuadro es la profundidad de campo, una ambigüedad inexpresable, una complejidad surreal.

**Símbolo: El telón. En el escenario,  
sus pesados pliegues rojo subido atraen  
tu mirada con su hipnótica superficie. Pero lo que en  
verdad te atrae y fascina es lo que crees que ocurre detrás:  
la luz que asoma, la sugestión de un secreto, algo por suceder.  
Sientes el estremecimiento de un voyeur a punto de ver una**



**función.**

## **REVERSO**

La complejidad que proyectas sobre otras personas solo las afectará de modo apropiado si son capaces de disfrutar del misterio. A algunas personas les gustan las cosas simples, y carecen de paciencia para perseguir a alguien que las confunde. Prefieren que se les deslumbre y desborde. La gran cortesana de la Belle Époque conocida como La Bella Otero ejercía una compleja magia sobre los artistas y figuras políticas que se prendaban de ella, pero a hombres menos complicados y más sensuales los dejaba estupefactos con su espectáculo y belleza. Cuando conocía a una mujer, Casanova podía vestir el más fantástico conjunto, con joyas y brillantes colores para deslumbrar al ojo; se servía de la reacción de la víctima para saber si exigía una seducción más compleja. Algunas de sus víctimas, en particular las jóvenes, no necesitaban más que la apariencia rutilante y hechizadora, que era realmente lo que deseaban, y la seducción se mantenía en ese plano.

Todo depende de tu blanco: no te molestes en crear profundidad para personas insensibles a ella, o a quienes incluso podría desconcertar o perturbar. Reconoce a estos tipos por su inclinación a los placeres más simples de la vida, su falta de paciencia para circunstancias más matizadas. Con ellos, sé simple.

## 4. Aparenta ser un objeto de deseo: Forma triángulos

*Poc@s se sienten atraíd@s por una persona que otr@s evitan o relegan; la gente se congrega en torno a l@s que despiertan interés. Queremos lo que otr@s quieren. Para atraer más a tus víctimas y provocarles el ansia de poseerte, debes crear un aura de deseabilidad: de ser requerid@ y cortejad@por much@s. Será para ell@s cuestión de vanidad volverse el objeto preferido de tu atención, conquistarte sobre una multitud de admirador@s. Crea la ilusión de popularidad rodeándote de personas del sexo opuesto: amig@s, ex-amantes, pretendientes. Forma triángulos que estimulen la rivalidad y aumenten tu valor. Hazte de una fama que te preceda: si much@s han sucumbido a tus encantos, debe haber una razón.*

## FORMACIÓN DE TRIÁNGULOS

Una noche de 1882, Paul Rée, filósofo prusiano de treinta y dos años de edad, quien vivía entonces en Roma, visitó la casa de una mujer entrada en años que tenía un salón de escritores y artistas. Rée se fijó ahí en una recién llegada, una rusa de veintiún años llamada Lou von Salomé, quien había ido a Roma de vacaciones con su madre. Rée se presentó y comenzaron una conversación que se prolongó hasta altas horas de la noche. Las ideas de ella acerca de Dios y la moral eran parecidas a las suyas; hablaba con mucha pasión, pero al mismo tiempo sus ojos parecían coquetearle. Los días siguientes, Rée y Salomé dieron largos paseos por la ciudad. Intrigado por su mente pero confundido por las emociones que provocaba, él quería pasar más tiempo con ella. Un día, ella lo sorprendió con una propuesta: sabía que él era buen amigo del filósofo Friedrich Nietzsche, entonces también de visita en Italia. Los tres, dijo ella, debían viajar juntos; no, en realidad debían vivir juntos, en una especie de *ménage à trois* de filósofos. Feroz crítico de la moral cristiana, a Rée esa idea le pareció excelente. Escribió a su amigo sobre Salomé, describiendo lo ansiosa que estaba de conocerlo. Tras varias cartas, Nietzsche se precipitó a Roma.

Rée había hecho esa invitación para complacer a Salomé, y para impresionarla; también quería ver si Nietzsche compartía su entusiasmo por las ideas de la joven. Pero tan pronto como Nietzsche llegó, sucedió algo desagradable: el gran filósofo, quien siempre había sido un solitario, quedó obviamente prendado de Salomé. En lugar de que los tres compartieran conversaciones intelectuales, Nietzsche pareció conspirar para estar a solas con la muchacha. Cuando Rée se dio cuenta de que Nietzsche y Salomé hablaban sin incluirlo, sintió escalofríos de celos. Al diablo con el *ménage à trois* entre filósofos: Salomé era suya, él la había descubierto, y no la compartiría, ni siquiera con su buen amigo. De alguna manera, él tenía que quedarse a solas con ella. Solo entonces podría cortejarla y conquistarla.

**Yo en mis días he conocido un caballero, el cual, aunque era hartamente gentil hombre y razonablemente avisado y bueno en las armas, no era tan señalado en ninguna destas cosas que no hubiese muchos que pudiesen llevarle en todas ellas gran ventaja; pero ya como quiera que esto fuese, su buena dicha fue tal, que una señora bien gentil dama y hartamente principal se enamoró dél, y creciendo cada**

día este amor por las demostraciones que el caballero hacía de amalla también a ella, como se sentía della ser amado, y no habiendo ningún lugar ni forma de hablarse, fatigada esta señora y apretada de su dolor, fue forzada de descubrirse a una su grande amiga, de la cual esperaba algún remedio para su deseo; esta no era menos hermosa, ni menos estimada que estotra, y así viéndola estar tan enamorada y decir tanto bien de este caballero, al cual ella nunca había visto, teniéndola por mujer de precio y de buen juicio, pensó que hombre a quien una tan gentil dama se había aficionado y tenía en tanto, no podía dexar de ser muy avisado y de gran punto; y con esto tan fieramente se enamoró dél, que comenzó luego por términos a descabullirse della, y a tomar la negociación para sí y a mostrarle a él cuánto le quería, haciendo todas las diligencias posibles para ganalle la voluntad, lo cual no fue muy malo de acabar, porque a la verdad era ella mujer harto más para ser rogada que para rogar. Ora un estraño caso. No mucho tiempo después acaeció que una carta que escribía esta segunda mujer que hemos dicho a aquel su servidor, vino a las manos de una otra señora en extremo hermosa y virtuosa, y aun más estimada que las otras; la cual, siendo, como es costumbre dellas, codiciosa de saber secretos, en especial de otras mujeres, abrió esta carta y, leyéndola, entendió bien que era escrita con extremo amor. Las dulzuras y los regalos que ella al principio leyó luego la movieron a lástima de aquella señora que tan perdida mostraba estar que bien la conoció en la letra, y aun sabía a quién la carta iba. Después, revolviendo entre sí muchas veces aquellas palabras y blanduras, tanta impresión hicieron en ella, que, considerando cuán señalada persona debiera de ser aquel a quien una tan especial mujer amaba tan de verdad, en la misma hora ella también cayó a enamorarse dél como las otras; y así aquella carta hizo en ella más que hiciera quizá otra que él le enviara. Y como suele alguna vez acontecer que una ponzoña aparejada puesta para matar a uno mata a otro, que por desastre inorantemente viene primero a comer della, así esta señora, por inorancia y por codicia, vino a tomar con sus propias manos los bebedizos que la mataron. ¿Qué diréis de esto? La cosa fue harto pública, y anduvo de manera que muchas mujeres sin estas, parte por hacer despecho a las otras, parte por competencia, trabajaron estrañamente por gozar del amor deste caballero, y anduvieron casi como niñas a los cabellos por quién le llevaría.

BALTASAR DE CASTIGLIONE, *EL CORTESANO*

*Madame Salomé* había planeado llevar de regreso a su hija a Rusia, pero Salomé quería permanecer en Europa. Rée intervino, ofreciendo viajar con las Salomé a Alemania y presentarlas con su madre, quien, prometió, se encargaría de la muchacha y actuaría como dama de compañía. (Rée sabía que su madre sería una guardiana poco estricta, en el mejor de los casos). *Madame Salomé* estuvo de acuerdo con esta propuesta, pero fue más difícil sacudirse de Nietzsche: este decidió acompañarlos en su viaje al norte, al hogar de Rée en Prusia. En cierto momento del viaje, Nietzsche y Salomé dieron un paseo solos; y cuando regresaron, Rée tuvo la sensación de que entre ellos había sucedido algo físico. Le hirvió la sangre; Salomé se le escurría de las manos.

Finalmente el grupo se dividió: la madre retornó a Rusia, Nietzsche a su casa de verano en Tautenburg, y Rée y Salomé se quedaron en casa de él. Pero Salomé no permaneció ahí mucho tiempo: aceptó una invitación de Nietzsche para visitarlo, sin compañía, en Tautenburg. En su ausencia, las dudas y la ira consumieron a Rée. La quería más que nunca, y estaba dispuesto a redoblar sus esfuerzos. Cuando ella por fin regresó, Rée dio rienda suelta a su rencor: clamó contra Nietzsche, criticó su filosofía y cuestionó sus motivos con la muchacha. Pero Salomé se puso de parte de Nietzsche. Rée se desesperó; creyó que la había perdido para siempre. Pero días después ella volvió a sorprenderlo: había decidido que quería vivir con él, solo con él.

Al fin Rée tenía lo que había querido, o al menos eso creía. La pareja se instaló en Berlín, donde rentó un departamento. Pero entonces, para consternación de Rée, la antigua pauta se repitió. Vivían juntos, pero Salomé era cortejada en todas partes por los jóvenes. Niña mimada de los intelectuales de Berlín, que admiraban su espíritu independiente, su negativa a transigir, estaba constantemente rodeada por un harén de hombres, quienes la llamaban «Su Excelencia». Una vez más Rée se vio compitiendo por su atención. Fuera de sí, la abandonó años después, y más tarde se suicidó.

En 1911, Sigmund Freud conoció a Salomé (ya entonces conocida como Lou Andreas-Salomé) en un congreso en Alemania. Ella quería dedicarse al movimiento del psicoanálisis, dijo, y Freud la halló encantadora, aunque, como todos los demás, conocía la historia de su tristemente célebre aventura con Nietzsche (véase página 82, «El *dandy*»). Salomé no tenía experiencia en el psicoanálisis ni en terapias de ninguna otra especie, pero Freud la admitió en el círculo íntimo de sus seguidores que asistían a sus conferencias privadas. Poco después de que ella se integró al círculo, uno de los más prometedores y brillantes estudiantes de Freud, el doctor Victor Tausk, dieciséis años menor que Salomé, se enamoró de ella. La relación de Salomé con Freud había sido platónica, pero él le había tomado mucho cariño. Se deprimía cuando ella faltaba a una conferencia, y le enviaba notas y flores. Su enredo en una aventura con Tausk le causó grandes celos, y empezó a competir por su atención. Tausk había sido como un hijo para él, pero el hijo amenazaba con hurtar la amante platónica del padre. Sin embargo, Salomé dejó pronto a Tausk. Su amistad con Freud se hizo entonces más firme que nunca, y duró hasta su muerte, en 1937.

**Interpretación.** Los hombres no solo se enamoraban de Lou Andreas-Salomé: sentían que los abrumaba el deseo de poseerla, de arrebatársela a otros, de ser el orgulloso dueño de su cuerpo y espíritu. Rara vez la veían sola; de un modo u otro, ella siempre se rodeaba de hombres. Cuando vio que Rée se interesaba en ella, mencionó su deseo de conocer a Nietzsche. Esto enfureció a Rée, e hizo que quisiera casarse con ella y conservarla para sí, pero Lou insistió en conocer a su amigo. Las cartas de él a Nietzsche delataban su deseo por esa mujer, y esto encendió a su vez el deseo de Nietzsche por ella, aun antes de conocerla. Cada vez que uno de los dos estaba solo con ella, el otro se mantenía en segundo plano. Más tarde, la mayoría de los hombres que la conocieron sabían de su infausta aventura con Nietzsche, pero esto solo incrementaba su deseo de poseerla, de competir con el recuerdo del filósofo. El afecto de Freud por ella, de igual manera, se convirtió en potente deseo cuando él tuvo que rivalizar con Tausk por su atención. Salomé era de suyo inteligente y atractiva; pero su constante estrategia de imponer a sus pretendientes un triángulo de relaciones la volvía más deseable aún. Y mientras ellos peleaban por ella, Lou tenía el poder, siendo deseada por todos sin estar sometida a ninguno.

**Las más de las veces preferimos una cosa a otra porque aquella es la que ya prefieren nuestros amigos o porque ese objeto posee marcada importancia social. Los adultos, cuando tienen hambre, son como niños, en cuanto que buscan los alimentos que otros consumen. En sus asuntos amorosos, buscan al hombre o mujer que otros juzgan atractivo, y abandonan a aquellos a quienes no se les persigue. Cuando decimos que un hombre o mujer es deseable, lo que realmente queremos decir es que otros lo desean. Y no porque tenga una cualidad particular, sino porque se ajusta a un modelo en boga en ese momento.**

**SERGE MOSCOVICI, *LA ERA DE LAS MULTITUDES. UN TRATADO HISTÓRICO DE PSICOLOGÍA DE LAS MASAS***

Nuestro deseo de otra persona implica casi siempre consideraciones sociales: nos atraen quienes son atractiv@s para otr@s. Queremos poseerl@s y arrebatarl@s. Tú puedes creer todas las tonterías sentimentales que quieras sobre el deseo; pero en definitiva, gran parte de él tiene que ver con la vanidad y la codicia. No te quejes ni moralices sobre el egoísmo de la gente; úsalo simplemente en tu beneficio. La ilusión de que otr@s te desean te volverá más atractiv@ para tus víctimas que tu bonita cara o tu cuerpo perfecto. Y la manera más efectiva de crear esa ilusión es formar un triángulo: impón otra persona entre tu víctima y tú, y haz sutilmente que tu víctima sepa cuánto te quiere esa persona. El tercer punto en el triángulo no

necesariamente tiene que ser un solo individuo: rodéate de admirador@s, revela tus conquistas pasadas; en otras palabras, envuélvete en un aura de deseabilidad. Haz que tus objetivos compitan con tu pasado y tu presente. Ansiarán poseerte ellos solos, lo que te brindará enorme poder mientras eludas su control. Si desde el principio no te conviertes en un objeto de deseo, terminarás siendo el@ lamentable esclav@ de los caprichos de tus amantes: ell@s te abandonarán tan pronto como pierdan interés.

*[Una persona] deseará un objeto mientras esté convencida de que también lo desea otra, a la que admira.*

—René Girard

## CLAVES PARA LA SEDUCCIÓN

Somos animales sociales, y los gustos y deseos de otras personas ejercen inmensa influencia en nosotr@s. Imagina una reunión muy concurrida. Ves a un hombre solo, con quien nadie platica ni por error, y que vaga de un lado a otro sin compañía; ¿no hay en él una especie de aislamiento autoinfligido? ¿Por qué está solo, por qué se le evita? Tiene que haber una razón. Hasta que alguien se compadezca de ese hombre e inicie una conversación con él, parecerá indeseado e indeseable. Pero allá, en otro rincón, una mujer está rodeada de gran número de personas. Rien de sus comentarios, y al hacerlo, otr@s se suman al grupo, atraíd@s por su regocijo. Cuando ella cambia de lugar, la gente la sigue. Su rostro resplandece a causa de la atención que recibe. Tiene que haber una razón.

**Obrará enormemente a tu favor entretener a la dama que persigues con un recuento del número de mujeres que están enamoradas de ti, y de las decididas insinuaciones que te han hecho; porque esto no solo demostrará que eres uno de los grandes favoritos de las damas, y un hombre de auténtico honor, sino que también la convencerá de que ella podría tener el honor de ser incluida en la misma lista, y de ser elogiada de igual manera, en presencia de tus demás amigas. Esto le deleitará en alto grado, así**

**que no te sorprendas si ella testimonia su admiración por tu carácter echándote en el acto los brazos al cuello.**

***LOLA MONTEZ, ARTES Y SECRETOS DE LA BELLEZA, CON  
INDICACIONES A LOS CABALLEROS SOBRE EL ARTE DE  
FASCINAR***

En ambos casos, desde luego, en realidad no tiene que haber una razón en absoluto. Es posible que el hombre desdeñado posea cualidades encantadoras, suponiendo que alguna vez hablaras con él; pero lo más probable es que no lo hagas. La deseabilidad es una ilusión social. Su fuente es menos lo que dices o haces, o cualquier clase de jactancia o autopromoción, que la sensación de que otras personas te desean. Para convertir el interés de tus objetivos en algo más profundo, en deseo, debes hacer que te vean como una persona a la que otras aprecian y codician. El deseo es tanto imitativo (nos gusta lo que les gusta a otr@s) como competitivo (queremos quitarles a otr@s lo que tienen). De niñ@s deseamos monopolizar la atención de uno de nuestros padres, alejarlo de nuestr@s demás herman@s. Esta sensación de rivalidad domina el deseo humano, y se repite a todo lo largo de nuestra vida. Haz que la gente compita por tu atención, que te vea como alguien a quien tod@s persiguen. El aura de deseabilidad te envolverá.

Tus admirador@s pueden ser amig@s, y aun pretendientes. Llamémosle el efecto harén. Paulina Bonaparte, hermana de Napoleón, aumentaba su valor a ojos de los hombres teniendo siempre un grupo de adoradores a su alrededor en bailes y fiestas. Si daba un paseo, nunca lo hacía con un solo hombre, siempre con dos o tres. Quizá eran simplemente amigos, o incluso piezas decorativas y satélites; su vista bastaba para sugerir que ella era valorada y deseada, una mujer por la que valía la pena pelear. Andy Warhol también se rodeaba de la gente más glamurosa e interesante posible. Formar parte de su círculo íntimo significaba ser deseable también. Colocándose en el centro pero manteniéndose ajeno a todo, él hacía que todos compitieran por su atención. Conteniéndose, incitaba en los demás el deseo de poseerlo.

Prácticas como estas no solo estimulan deseos competitivos; apuntan a la principal debilidad de la gente: su vanidad y autoestima. Soportamos sentir que otra persona tiene más talento o dinero, pero la sensación de que un@ rival es más deseable que nosotr@s resulta insufrible. A principios del siglo XVIII, el duque de Richelieu, un gran libertino, logró seducir a una joven algo religiosa pero cuyo esposo, que era un idiota, se ausentaba con frecuencia. Luego procedió a seducir a su vecina del piso de arriba, una viuda joven. Cuando ambas descubrieron que él pasaba de una a otra en la misma noche, se lo reclamaron. Un hombre de menor valía habría huido, pero no el duque; él conocía la dinámica de la vanidad y el deseo. Ninguna de esas mujeres quería sentir que prefería a la otra. Así, concertó un



pequeño *ménage à trois*, sabiendo que entonces pelearían entre ellas por ser la favorita. Cuando la vanidad de la gente está en riesgo, puedes lograr que haga lo que tú quieras. Según Stendhal, si te interesa una mujer, corteja a su hermana. Eso provocará un deseo triangular.

**El deseo mimético de René Girard ocurre cuando un sujeto desea un objeto porque es deseado por otro sujeto, aquí designado como el rival: el deseo toma como modelo los anhelos o actos de otro. Philippe Lacoue-Labarthe dice que «la hipótesis básica en que se apoya el famoso análisis de Girard [es que] cada deseo es el deseo del otro (y no inmediatamente el deseo de un objeto), cada estructura de deseo es triangular (lo que incluye al otro —mediador o modelo— cuyo deseo el deseo imita) y cada deseo, por tanto, está tocado desde su concepción por el odio y la rivalidad; en suma, el origen del deseo es la mimesis —el mimetismo—, y nunca se forja un deseo que no desee al instante la muerte o desaparición del modelo o personaje ejemplar que lo hizo surgir».**

**JAMES MANDRELL, *DON JUAN Y LA CUESTIÓN DEL HONOR***

Tu fama —tu ilustre pasado como seductor@— es una manera eficaz de crear un aura de deseabilidad. Las mujeres se echaban a los pies de Errol Flynn no por su bonita cara, y menos aún por sus habilidades actorales, sino por su reputación. Sabían que otras lo habían encontrado irresistible. Una vez que estableció esa fama, Flynn no tuvo que continuar persiguiendo mujeres: ellas llegaban a él. Los hombres que creen que la fama de libertinos hará que las mujeres les teman o desconfíen de ellos, y que se le debe restar importancia, están muy equivocados. Al contrario: eso los vuelve más atractivos. La virtuosa duquesa de Montpensier, la Grande *Mademoiselle* de la Francia del siglo XVII, empezó disfrutando de la amistad del libertino Lauzun, pero pronto se le ocurrió una idea inquietante: si un hombre con el pasado de Lauzun no la veía como posible amante, algo tenía que estar mal en ella. Esta ansiedad la empujó finalmente a sus brazos. Formar parte del club de conquistas de un@ gran seductor@ puede ser cuestión de vanidad y orgullo. Nos agrada contarnos en esa compañía, hacer que nuestro nombre se difunda como amante de tal hombre o mujer. Aun si tu fama no es tan tentadora, debes hallar la manera de sugerir a tu víctima que otr@s, muchos otr@s, te juzgan deseable. Esto es tranquilizador. No hay nada como un restaurante lleno de mesas vacías para convencerte de no entrar.

**Es enfadoso que a nuestro nuevo conocido le agrade el**

**muchacho. Pero ¿no son las mejores cosas de la vida gratis para cualquiera? El sol sale para todos. La luna, acompañada de incontables estrellas, guía aun a las bestias a la pastura. ¿En qué puedes pensar que sea más adorable que el agua? Pero ella corre por el mundo entero. ¿Es solo el amor, entonces, algo furtivo, más que algo en lo cual gloriarse? Exacto, eso es: no deseo ninguna de las buenas cosas de la vida a menos que la gente la envidie.**

**PETRONIO, *SATIRICÓN***

Una variación de la estrategia del triángulo es el uso de contrastes: la cuidadosa explotación de personas insulsas o poco atractivas puede favorecer tu deseabilidad en comparación. En una ocasión social, por ejemplo, cerciérate de que tu blanco charle con la persona más aburrida entre las presentes. Llega a su rescate y le deleitará verte. En el *Diario de un seductor*, de Søren Kierkegaard, Johannes tiene designios sobre la inocente y joven Cordelia. Sabiendo que su amigo Edward es irremediablemente tímido y soso, lo alienta a cortejarla; unas semanas de atenciones de Edward harán que los ojos de Cordelia vaguen en busca de otra persona, cualquiera, y Johannes se asegurará de que se fijen en él. Johannes optó por la estrategia y la maniobra, pero casi cualquier medio social contendrá contrastes de los que puedes hacer uso en forma casi natural. Nell Gwyn, actriz inglesa del siglo XVII, fue la principal amante del rey Carlos II a causa de que su humor y sencillez la volvían mucho más deseable entre las estiradas y pretensiosas damas de la corte. Cuando la actriz de Shanghai Jiang Qing conoció a Mao Tse-Tung en 1937, no tuvo que hacer mucho para seducirlo; las demás mujeres en su campamento montañoso en Yenán se vestían como hombres, y eran decididamente poco femeninas. La sola vista de Jiang fue suficiente para seducir a Mao, quien pronto dejó a su esposa por ella. Para hacer uso de contrastes, desarrolla y despliega los atractivos atributos (humor, vivacidad, etcétera) que más escasean en tu grupo social, o elige un grupo en que tus cualidades naturales sean raras, y fulgurarán.

El uso de contrastes tiene vastas ramificaciones políticas, porque una figura política también debe seducir y parecer deseable. Aprende a acentuar las cualidades de las que tus rivales carecen. Pedro II, zar en la Rusia del siglo XVIII, era arrogante e irresponsable, así que su esposa, Catalina la Grande, hizo todo lo posible por parecer modesta y digna de confianza. Cuando Vladimir Ilich Lenin regresó a Rusia en 1917 tras la deposición del zar Nicolás II, hizo alarde de determinación y disciplina, justo lo que ningún líder tenía entonces. En la contienda presidencial estadounidense de 1980, la falta de resolución de Jimmy Carter hizo que la determinación de Ronald Reagan pareciera deseable. Los contrastes son eminentemente seductores porque no dependen de tus palabras ni de la autopromoción. La gente los percibe de modo inconsciente, y ve lo que quiere ver.

Por último, aparentar ser deseado por otros aumentará tu valor, pero a menudo también tu comportamiento influirá en ello. No permitas que tus blancos te vean muy seguido; mantén tu distancia, parece inasible, fuera de su alcance. Un objeto raro y difícil de obtener suele ser máspreciado.

**Símbolo: El trofeo.**

**Quieres ganarlo y lo crees valioso porque ves a los demás competidores. Algunos querrían, por bondad, premiar a todos por su esfuerzo, pero el trofeo perdería su valor. Debe representar no solo tu victoria, sino también la derrota de los demás.**

**REVERSO**

No hay reverso posible en este caso. Es esencial parecer deseable a ojos de otros.

## **5. Engendra una necesidad: Provoca ansiedad y descontento**

*Una persona completamente satisfecha no puede ser seducida. Tienes que infundir tensión y disonancia en la mente de tus objetivos. Suscita en ellos sensaciones de descontento, disgusto con sus circunstancias y ellos mismos: su vida carece de aventura, se han apartado de sus ideales de juventud, se han vuelto aburridos. Las sensaciones de insuficiencia que crees te brindarán la oportunidad de insinuarte, de hacer que te vean como la solución a sus problemas. Angustia y ansiedad son los precursores apropiados del placer. Aprende a inventar la necesidad que tú puedes saciar.*

## **ABRIR UNA HERIDA**

En la ciudad minera de Eastwood, en el centro de Inglaterra, David Herbert Lawrence era considerado un muchacho algo extraño. Pálido y delicado, no tenía tiempo para juegos ni pasatiempos juveniles, sino que se interesaba en la literatura; y prefería la compañía de las mujeres, quienes componían la mayor parte de su grupo de amigos. Lawrence visitaba con frecuencia a la familia Chambers, que había sido su vecina hasta que ella se mudó de Eastwood a una granja no muy lejos. Le gustaba estudiar con las hermanas Chambers, y en particular con Jessie; ella era tímida y seria, y lograr que se abriera y se confiara a él fue un reto agradable. Jessie le tomó mucho cariño a lo largo de los años, y se hicieron buenos amigos.

Un día de 1906, Lawrence, quien tenía entonces veintiún años, no apareció a la hora de costumbre para su sesión de estudio con Jessie. Llegó mucho después, con un humor que ella nunca le había visto: preocupado y silencioso. Esta vez fue el turno de ella de hacer que se abriera. Por fin él habló: sentía que ella estaba demasiado apegada a él. ¿Y el futuro de Jessie? ¿Con quién se casaría? Sin duda no con él, dijo Lawrence, porque solo eran amigos. Pero era injusto que él le impidiera tratar a otros. Desde luego que debían seguir siendo amigos y conversando, aunque quizá con menor frecuencia. Cuando él terminó y se fue, ella sintió un extraño vacío. Pero tenía que pensar mucho en el amor o el matrimonio. De pronto tenía dudas. ¿Cuál sería su futuro? ¿Por qué no pensaba en eso? Se sintió ansiosa y disgustada, sin saber por qué.

**Nadie se enamora si, aunque sea parcialmente, está satisfecho de lo que tiene o de lo que es. El enamoramiento surge de la sobrecarga depresiva y esto es una imposibilidad de encontrar algo que tenga valor en la existencia cotidiana. El «síntoma» de la predisposición al enamoramiento no es el deseo consciente de enamorarse, de enriquecer lo existente, sino el sentido profundo de no ser o de no tener nada que valga y la vergüenza de no tenerlo. [...] Por eso el enamoramiento es más frecuente en los jóvenes, porque son profundamente inseguros, no tienen la certidumbre de valer y a menudo se avergüenzan de sí mismos. Y lo mismo vale en otras edades de la vida cuando se pierde algo de nuestro ser; al**

**final de la juventud, o bien cuando se acerca la vejez.**

**FRANCESCO ALBERONI, *ENAMORAMIENTO Y AMOR***

Lawrence siguió visitándola, pero todo había cambiado. La criticaba por esto y aquello. Ella no era muy dada al contacto físico. ¿Qué clase de esposa sería entonces? Un hombre necesitaba de una mujer más que solo conversación. La comparó con una monja. Comenzaron a verse cada vez menos. Cuando, tiempo después, Lawrence aceptó un puesto docente en una escuela fuera de Londres, ella se sintió aliviada en parte de librarse un tiempo de él. Pero cuando Lawrence se despidió, y dio a entender que esa podía ser la última vez que se verían, ella se quebró y lloró. Luego, él empezó a mandarle cartas cada semana. Le escribía de las mujeres con las que salía; tal vez una de ellas sería su esposa. Más tarde, a instancias de él, ella lo visitó en Londres. Se entendieron bien, como en los viejos tiempos, pero él seguía fastidiándola con su futuro, removiendo la antigua herida. En navidad Jessie estaba de regreso en Eastwood, y cuando él la visitó parecía jubiloso. Había decidido casarse con ella, quien le había atraído desde siempre. Debían mantenerlo en secreto un tiempo; aunque la carrera literaria de Lawrence ya despegaba (su primera novela estaba a punto de publicarse), necesitaba reunir más dinero. Tomada por sorpresa con ese súbito anuncio, y rebosante de felicidad, Jessie accedió a todo, y se hicieron amantes.

Pronto, sin embargo, se repitió la ya conocida pauta: críticas, rompimientos, anuncios de que él se había comprometido con otra. Esto no hizo sino reforzar el control que Lawrence ejercía sobre ella. No fue hasta 1912 que Jessie decidió no volver a verlo jamás, afectada por el retrato que había hecho de ella en la novela autobiográfica *Hijos y amantes*. Pero Lawrence mantuvo una obsesión de por vida con ella.

En 1913, una joven inglesa llamada Ivy Low, que había leído las novelas de Lawrence, inició una relación epistolar con él, con cartas que desbordaban admiración. Para entonces Lawrence ya estaba casado, con una alemana, la baronesa Frieda von Richthofen. Para sorpresa de Ivy, Lawrence la invitó a que los visitara en Italia. Ella sabía que era probable que él fuese un tanto donjuán, pero ansiaba conocerlo, y aceptó la invitación. Lawrence no fue como ella esperaba: su voz era aguda, su mirada penetrante, y había algo vagamente femenino en él. Pronto daban paseos juntos, en los que Lawrence se confiaba a ella. Ivy sintió que se hacían amigos, y esto le encantó. Pero de repente, justo antes de que ella se marchara, él se embarcó en una serie de críticas en su contra: era poco espontánea, predecible, menos ser humano que robot. Devastada por ese inesperado ataque, Ivy tuvo que aceptarlo de cualquier forma: lo que él había dicho era cierto. ¿Qué podía haber visto él en ella en primer término? ¿Quién era ella, a todo esto? Ivy dejó Italia sintiéndose vacía, pero Lawrence siguió escribiéndole, como si nada hubiera pasado. Ella se dio cuenta pronto de que se había enamorado irremediablemente de

él, pese a todo lo que Lawrence le había dicho. ¿O no era pese a lo que había dicho, sino a causa de eso?

En 1914, el escritor John Middleton-Murry recibió una carta de su buen amigo Lawrence. En ella, a propósito de nada, este lo criticaba por ser poco apasionado y no suficientemente galante con su esposa, la novelista Katherine Mansfield. Middleton-Murry escribiría después: «Jamás había sentido por un hombre lo que la carta de Lawrence me hizo sentir por él. Era algo nuevo, único, en mi experiencia; y seguiría siendo único». Sintió que bajo las críticas de Lawrence había una rara especie de afecto. En lo sucesivo, cada vez que veía a Lawrence sentía una extraña atracción física que no podía explicar.

**«¿Pero qué!», la respondí, «¿es que Eros es mortal?». «De ninguna manera». «Pero, en fin, Diotima, dime qué es». «Es, como dije antes, una cosa intermedia entre lo mortal y lo inmortal». «¿Pero qué es por último?». «Un gran demonio, Sócrates; porque todo demonio ocupa un lugar intermedio entre los dioses y los hombres.» [...] «¿A qué padres debe su nacimiento?», pregunté a Diotima. «Voy a decírtelo», respondió ella, «aunque la historia es larga. Cuando el nacimiento de Afrodita, hubo entre los dioses un gran festín, en el que se encontraba, entre otros, Poros [Abundancia], hijo de Metis. Después de la comida, Penia [Pobreza] se puso a la puerta, para mendigar algunos desperdicios. En este momento, Poros, embriagado con el néctar (porque aún no se hacía uso del vino), salió de la sala, y entró en el jardín de Zeus, donde el sueño no tardó en cerrar sus cargados ojos. Entonces, Penia, estrechada por su estado de penuria, se propuso tener un hijo de Poros. Fue a acostarse con él, y se hizo madre de Eros. Por esta razón, Eros se hizo el compañero y servidor de Afrodita, porque fue concebido el mismo día en que ella nació; además de que el amor ama naturalmente la belleza, y Afrodita es bella. Y ahora, como hijo de Poros y de Penia, he aquí cuál fue su herencia. Por una parte es siempre pobre, y lejos de ser bello y delicado, como se cree generalmente, es flaco, desaseado, sin calzado y sin domicilio, sin más lecho que la tierra, sin tener con qué cubrirse, durmiendo a la luna, junto a las puertas o en las calles; en fin, lo mismo que su madre, está siempre peleando con la miseria. Pero, por otra parte, según el natural de su padre, siempre está a la pista de lo que es bello y bueno, es varonil, atrevido, perseverante, cazador hábil».**

**PLATÓN, *EL SIMPOSIO***

**Interpretación.** El número de mujeres, y de hombres, que cayeron bajo el hechizo de Lawrence es pasmoso, tomando en cuenta lo desagradable que podía ser. En casi cada caso la relación comenzaba en amistad, con conversaciones francas, intercambio de confidencias, un vínculo espiritual. Luego, invariablemente, él arremetía de pronto contra ellos, expresando crueles críticas personales. Para entonces los conocía bien, y las críticas solían ser acertadas, y tocar una fibra sensible. De modo inevitable, esto detonaba confusión en sus víctimas, y una sensación de ansiedad, de que algo en ellas estaba mal. Violentamente despojadas de su usual sensación de normalidad, se sentían divididas en su interior. Con una mitad de su mente se preguntaban por qué él hacía eso, y pensaban que era injusto; con la otra, creían que todo era cierto. Luego, en esos momentos de desconfianza de sí mismas, recibían una carta o visita de él, en la que Lawrence se mostraba tan encantador como antes.

Para ese momento, sus víctimas lo veían de otra forma. Para ese momento, ellas eran débiles y vulnerables, estaban en necesidad de algo; él, en cambio, parecía muy fuerte. Para ese momento, él las atraía, y los sentimientos de amistad se convertían en afecto y deseo. Una vez que ellas se sentían inseguras de sí mismas, eran susceptibles a enamorarse.

**El dios hizo la separación, y la hizo lo mismo que cuando se cortan huevos para salarlos, o como cuando con un cabello se los divide en dos partes iguales; y cada mitad hacía esfuerzos para encontrar la otra mitad de que había sido separada. [...] De aquí procede el amor que tenemos naturalmente los unos a los otros; él nos recuerda nuestra naturaleza primitiva y hace esfuerzos para reunir las dos mitades y para restablecernos en nuestra antigua perfección.**

**DISCURSO DE ARISTÓFANES EN *EL SIMPOSIO* DE PLATÓN**

La mayoría de nosotr@s nos protegemos de la rudeza de la vida sucumbiendo a rutinas y pautas, cerrándonos a los demás. Pero bajo esos hábitos hay una inmensa sensación de inseguridad y defensividad. Sentimos como si en realidad no estuviéramos viv@s. El@ seductor@ debe remover esa herida y llevar a la conciencia plena esas ideas semiconscientes. Esto era lo que Lawrence hacía: sus golpes repentinos, brutalmente inesperados, herían a la gente en su punto débil.

Aunque Lawrence tuvo mucho éxito con su método frontal, a menudo es mejor suscitar ideas de insuficiencia e incertidumbre en forma indirecta, sugiriendo comparaciones contigo o con los demás, e insinuando de alguna manera que la vida de tus víctimas es menos grandiosa de lo que ellas imaginan. Debes lograr que se



sientan en guerra consigo mismas, desgarradas en dos direcciones, y ansiosas por eso. La ansiedad, una sensación de carencia y necesidad, es el antecedente de todo deseo. Estas sacudidas en la mente de tu víctima dejan espacio para que tú insinúes tu veneno, el llamado de aventura o realización de las sirenas que la hará seguirte a tu telaraña. Sin ansiedad y sensación de carencia no puede haber seducción.

*Deseo y amor tienen por objeto cosas o cualidades que un hombre no posee de momento, sino de las que carece.*

—Sócrates

## CLAVES PARA LA SEDUCCIÓN

Tod@s usamos una máscara en sociedad; fingimos ser más segur@s de nosotr@s mism@s de lo que somos. No queremos que los demás se asomen a ese ser desconfiado en nosotr@s. En verdad, nuestro ego y personalidad son mucho más frágiles de lo que parecen; encubren sentimientos de confusión y vacío. Como seductor@, nunca confundas la apariencia de una persona con la realidad. La gente siempre es susceptible de ser seducida, porque de hecho tod@s carecemos de la sensación de plenitud, sentimos que en el fondo algo nos falta. Saca a la superficie las dudas y ansiedades de la gente y podrás conducirla e inducirla a seguirte.

Nadie podrá verte como alguien por seguir o de quien enamorarse a menos que antes reflexione en sí mism@, y en lo que le falta. Para que la seducción pueda darse, debes poner un espejo frente a los demás en el que vislumbren su vacío interior. Conscientes de una carencia, podrán entonces concentrarse en ti como la persona capaz de llenar ese vacío. Recuerda: la mayoría somos perezos@s. Aliviar nuestra sensación de aburrimiento o insuficiencia implica mucho esfuerzo; dejar que alguien lo haga es más fácil y emocionante. El deseo de que alguien llene nuestro vacío es la debilidad que tod@s l@s seductor@s aprovechan. Haz que la gente se sienta ansiosa por el futuro, que se deprima, que cuestione su identidad, que sienta el tedio que corroe su vida. El terreno está listo. Las semillas de la seducción pueden ser sembradas.

**Don Juan: ¿A qué debo, preciosa, tan grato encuentro? ¡Cómo!**

¿En estos lugares campestres, entre estos árboles y esas rocas, encuentra uno personas hechas como vos? • Carlota: Ya veis, señor. • Don Juan: ¿Sois de esta aldea? • Carlota: Sí, señor. • Don Juan: ¿Y os llamáis? • Carlota: Carlota, para serviros. • Don Juan: ¡Ah, qué bella personita y cuán penetrantes son sus ojos! • Carlota: Señor..., me ponéis colorada. [...] • Don Juan: Bueno; decidme, bella Carlota: ¿no estaréis casada, verdad? • Carlota: No, señor; mas lo estaré pronto con Perico, el hijo de mi vecina Simona. • Don Juan: ¡Cómo! ¿Una persona como vos va a ser la mujer de un simple aldeano? No, no; sería profanar tantas bellezas, y no habéis nacido para permanecer en una aldea. Merecéis, sin duda, mejor fortuna, y el Cielo, que lo sabe, me ha traído aquí exclusivamente para impedir ese casamiento y hacer justicia a vuestros encantos, ya que, en fin, bella Carlota, os amo con todo mi corazón, y solo de vos dependerá que os saque de este miserable lugar y os coloque en la situación en que merecéis estar. Este amor es muy rápido, sin duda; pero ¡qué!, esto es efecto, Carlota, de vuestra gran belleza; a vos se os ama en un cuarto de hora más de lo que se amaría a otra en seis meses.

**MOLIÈRE, *DON JUAN O EL CONVIDADO DE PIEDRA***

En el *Simposio* de Platón —el más antiguo tratado occidental sobre el amor, y un texto que ha tenido una influencia determinante en nuestras ideas acerca del deseo—, la cortesana Diotima explica a Sócrates el origen de Eros, el dios del amor. El padre de Eros fue Ingenio, o Astucia, y su madre Pobreza, o Necesidad. Eros salió a ellos: está en constante necesidad, y se las ingenia incesantemente para satisfacerla. Como dios del amor, sabe que este no puede inducirse en otra persona a menos que ella también se sienta necesitada. Y eso es lo que hacen las flechas: al traspasar el cuerpo de un individuo, le hacen experimentar una carencia, un dolor, un ansia. Esta es la esencia de tu tarea como seductor@. Al igual que Eros, debes producir una herida en tu víctima, orientándote a su punto débil, la grieta en su autoestima. Si ella está estancada, haz que lo sienta más hondo, aludiendo «inocentemente» al asunto y hablando de él. Lo que necesitas es una herida, una inseguridad que puedas extender un poco, una ansiedad cuyo alivio ideal sea relacionarse con otra persona, o sea tú. Tu víctima debe sentir esa herida para poder enamorarse. Ve cómo Lawrence generaba ansiedad, atacando siempre el punto débil de sus víctimas: en Jessie Chambers, su frialdad física; en Ivy Low, su falta de espontaneidad; en Middleton-Murry, su ausencia de galantería.

Cleopatra logró que Julio César se acostara con ella la noche misma en que se conocieron, pero la verdadera seducción, la que lo convirtió en su esclavo, comenzó después. En sus conversaciones posteriores, ella hablaba una y otra vez de

Alejandro Magno, el héroe del que supuestamente descendía. Nadie podía compararse con él. Por implicación, ella hacía sentir inferior a César. Comprendiendo que, bajo su bravuconería, César era inseguro, Cleopatra despertó en él una ansiedad, un ansia de demostrar su grandeza. Una vez que él se sintió así, fue fácil avanzar en su seducción. Las dudas sobre su masculinidad eran su punto débil.

**Porque esta noche miro al oeste, a la que alguna vez fue la última frontera. Desde el territorio que se tiende cinco mil kilómetros tras de mí, los pioneros buscadores de oro renunciaron a su seguridad, a su confort y a veces incluso a su vida para construir un nuevo mundo en el Oeste. No cayeron cautivos de sus dudas, no fueron reos de su precio. Su lema no fue «Cada cual para sí», sino «Todos por la causa común». Decidieron que ese nuevo mundo sería fuerte y libre, que vencerían sus peligros y penalidades, que conquistarían a los enemigos que amenazaban dentro y fuera. [...] • Hoy algunos dirían que esas luchas ya han concluido; que todos los horizontes han sido explorados, que se han ganado todas las batallas, que ya no existe una frontera estadounidense. • Pero confío en que nadie en esta vasta asamblea esté de acuerdo con esa opinión. [...] • [...] Les aseguro que la Nueva Frontera está aquí, la busquemos o no. [...] Sería más fácil retroceder de esa frontera, mirar hacia la segura mediocridad del pasado, dejarse arrullar por las buenas intenciones y la retórica elevada; y los que prefieran ese curso, no deberían votar por mí, más allá del partido. • Pero creo que estos tiempos exigen invención, innovación, imaginación, decisión. Pido a cada uno de ustedes que sea un nuevo pionero de esa Nueva Frontera. Mi llamado se dirige a los jóvenes de corazón, sea cual sea su edad.**

**JOHN F. KENNEDY, DISCURSO DE ACEPTACIÓN COMO  
CANDIDATO PRESIDENCIAL DEL PARTIDO DEMÓCRATA,  
CITADO EN JOHN HELLMANN, *LA OBSESIÓN POR  
KENNEDY: EL MITO ESTADUNIDENSE DE JFK***

Asesinado César, Cleopatra volvió la mirada a Marco Antonio, uno de los sucesores de aquel en la conducción de Roma. Marco Antonio adoraba el placer y el espectáculo, y sus gustos eran burdos. Ella apareció ante él primeramente en su barcaza real, y luego le dio de beber y comer, y motivos de celebración. Todo esto perseguía hacerle ver a Marco Antonio la superioridad del modo de vida egipcio

sobre el romano, al menos en lo relativo al placer. Los romanos eran aburridos y poco sofisticados en comparación. Y una vez que a Marco Antonio se le hizo sentir cuánto se perdía al pasar tiempo con sus soldados insulsos y su matronal esposa romana, fue posible que viera a Cleopatra como la encarnación de todo lo excitante. Se volvió su esclavo.

Este es el atractivo de lo exótico. En tu papel de seductor@, intenta ubicarte como procedente de fuera, un@ extrañ@, por así decirlo. Representas el cambio, la diferencia, un quiebre de rutinas. Haz sentir a tus víctimas que, en comparación, su vida es aburrida, y sus amig@s menos interesantes de lo que creían. Lawrence hacía que sus blancos se sintieran personalmente insuficientes; si te es difícil ser tan brutal, concéntrate en sus amig@s, sus circunstancias, lo externo de su vida. Hay muchas leyendas sobre Don Juan, pero a menudo lo describen seduciendo a una muchacha de pueblo con el truco de hacerle sentir que su vida es horriblemente provinciana. Él, entre tanto, viste prendas destellantes y tiene un porte aristocrático. Extraño y exótico, siempre es de otra parte. Ella siente primero el aburrimiento de su vida, y luego lo ve a él como su salvación. Recuerda: la gente prefiere sentir que si su vida carece de interés, no es por ella, sino por sus circunstancias, las insípidas personas que conoce, la ciudad donde nació. Una vez que le hagas sentir el atractivo de lo exótico, la seducción será fácil.

Otra área endiabladamente seductora por atacar es el pasado de la víctima. Crecer es renunciar a, o comprometer los ideales juveniles, volverse menos espontáne@, menos viv@ de alguna manera. Esta certeza yace dormida en tod@s nosotr@s. Como seductor@, debes sacarla a la superficie, dejar claro cuánto se ha apartado la gente de sus metas e ideales pasados. Muéstrate a tu vez como representante de ese ideal, quien brinda la oportunidad de recuperar la juventud perdida mediante la aventura, la seducción. En su madurez, la reina Isabel I de Inglaterra cobró fama como gobernante un tanto severa y exigente. Se propuso no permitir que sus cortesanos vieran nada blando o débil en ella. Pero entonces Robert Devereux, el segundo conde de Essex, llegó a la corte. Mucho más joven que la reina, el gallardo Essex censuraba a menudo el malhumor de Isabel. La reina lo perdonaba; él desbordaba vida, era espontáneo, no podía controlarse. Pero sus comentarios calaron hondo; en presencia de Essex, ella daba en recordar sus ideales de juventud —brío, encanto femenino—, que desde entonces se habían desvanecido en su vida. También sentía retornar un poco de ese espíritu juvenil cuando estaba con él. Devereux se volvió pronto su favorito, y en poco tiempo ella se enamoró de él. A la vejez siempre le seduce la juventud; pero, primero, la gente joven debe tener claro qué les falta a l@s mayores, cómo han perdido sus ideales. Solo entonces est@s últim@s sentirán que la presencia de l@s jóvenes habrá de permitirles recuperar esa chispa, el espíritu rebelde que la edad y la sociedad han conspirado por reprimir.

**El ritmo normal de la vida oscila en general entre una**

**moderada satisfacción con uno mismo y una leve incomodidad, originada en el conocimiento de las deficiencias personales. Quisiéramos ser tan apuestos, jóvenes, fuertes o listos como nuestros conocidos. Quisiéramos poder lograr tanto como ellos, anhelar similares ventajas, posiciones, el mismo éxito o mayor. La satisfacción con uno mismo es la excepción, y con bastante frecuencia una cortina de humo que producimos para nosotros, y desde luego para los demás. Pero en ella hay una persistente sensación de incomodidad con nosotros, y un leve desagrado de nosotros mismos. Afirmando que un incremento de este ánimo de descontento vuelve a una persona especialmente susceptible a «enamorarse». [...] En la mayoría de los casos, esta actitud de inquietud es inconsciente, pero en algunos llega al umbral de la conciencia en forma de un malestar leve, una insatisfacción estancada o una comprensión de que se está a disgusto sin saber por qué.**

**THEODOR REIK, *DE AMOR Y DESEO***

Este concepto tiene infinitas aplicaciones. Las empresas y l@s polític@s saben que no pueden seducir a la gente para que compre o haga lo que ell@s quieren a menos que antes despierten una sensación de necesidad o descontento. Vuelve inseguras de su identidad a las masas y podrás contribuir a definirla por ellas. Esto es tan cierto de grupos o naciones como de individuos: no es posible seducirlos sin hacerles sentir una carencia. Parte de la estrategia electoral de John F. Kennedy en 1960 consistió en provocar insatisfacción en los estadounidenses por la década de 1950, y por el grado en que el país se había alejado de sus ideales. Al hablar de los años cincuenta, Kennedy no mencionaba la estabilidad económica de la nación ni su surgimiento como superpotencia. En cambio, daba a entender que ese periodo estaba marcado por la conformidad, la falta de riesgo y aventura, la pérdida de los valores pioneros. Votar por Kennedy era embarcarse en una aventura colectiva, regresar a los ideales abandonados. Pero para que alguien se uniera a su cruzada, era preciso volverl@ consciente de cuánto había perdido, de lo que le faltaba. Un grupo, como un individuo, puede estancarse en la rutina, y perder de vista sus metas originales. Demasiada prosperidad le resta fuerza. Tú puedes seducir a una nación entera apuntando a su inseguridad colectiva, esa sensación latente de que nada es lo que parece. Causar insatisfacción con el presente y recordar a un pueblo su glorioso pasado puede alterar su sentido de identidad. Podrás ser entonces quien la redefina: grandiosa seducción.

**Símbolo: La flecha de Cupido.**

**Lo que despierta deseo en el@ seducid@  
no es un toque suave o una sensación grata: es una  
herida. La flecha produce pena, dolor, necesidad de alivio. Para  
que haya deseo debe haber pena. Dirige la flecha al punto débil  
de la víctima, y causa una herida que puedas abrir y reabrir.**

## **REVERSO**

Si llegas demasiado lejos en la reducción de la autoestima de tus objetivos, podrían sentirse demasiado inseguros para acceder a tu seducción. No seas torpe; como Lawrence, sigue siempre el ataque hiriente con un gesto tranquilizador. De lo contrario, simplemente los alejarás de ti.

El encanto suele ser una ruta de seducción más sutil y efectiva. El primer ministro victoriano Benjamin Disraeli siempre hacía sentir bien a la gente. Le tenía deferencia, la convertía en el centro de atención, hacía que se sintiera ingeniosa y radiante. Esto halagaba la vanidad de la gente, que se volvía adicta a él. La seducción de este tipo es difusa: carece de tensión y de las profundas emociones que la variedad sexual produce, y esquivo el ansia de la gente, su necesidad de algún género de realización. Pero si eres sutil y astut@, también puede ser un modo de lograr que los demás bajen sus defensas, mediante el recurso de formar una amistad inofensiva. Una vez que ellos estén bajo tu hechizo de esta manera, podrás abrir la herida. Después de que Disraeli encantó a la reina Victoria y forjó una amistad con ella, la hacía sentir vagamente insuficiente en el establecimiento del imperio y la satisfacción de sus propios ideales. Todo depende del objetivo. La gente repleta de inseguridades puede requerir la variedad moderada. En cuanto se sienta a gusto contigo, apunta tus flechas.

## 6. Domina el arte de la insinuación

*Hacer que tus objetivos se sientan insatisfechos y en necesidad de tu atención es esencial; pero si eres demasiado obvio, entreverán tu intención y se pondrán a la defensiva. Sin embargo, aún no se conoce defensa contra la insinuación, el arte de sembrar ideas en la mente de los demás soltando alusiones escurridizas que echen raíces días después, hasta hacerles parecer a ellos que son ideas propias. La insinuación es el medio supremo para influir en la gente. Crea un sublenguaje — afirmaciones atrevidas seguidas por retractaciones y disculpas, comentarios ambiguos, charla banal combinada con miradas tentadoras— que entre en el inconsciente de tu blanco para transmitirle tu verdadera intención. Vuelve todo sugerente.*

## INSINUACIÓN DEL DESEO

Una noche de la década de 1770, un joven fue a la Ópera de París para reunirse con su amante, la condesa de \_\_\_\_\_. Habían peleado, así que él ansiaba volver a verla. La condesa no había llegado aún a su palco, pero desde uno contiguo una amiga de ella, *Madame de T\_\_\_\_\_*, llamó al joven para que se acercara, comentando que era un excelente golpe de suerte que se hubieran encontrado esa noche: él debía acompañarla en un viaje que tenía que hacer. Al joven le urgía ver a la condesa, pero *Madame* era encantadora e insistente, y él accedió a ir con ella. Antes de que pudiera preguntar por qué o dónde, *Madame* lo condujo hasta su carruaje afuera, que partió a toda prisa.

El joven encareció entonces a su anfitriona que le dijera adónde lo llevaba. Al principio ella se limitó a reírse, pero por fin se lo dijo: al château de su esposo. La pareja se había distanciado, pero había decidido reconciliarse; su esposo era un pelmazo, sin embargo, y ella sentía que un joven encantador como él animaría la situación. El joven estaba intrigado: *Madame* era una mujer de edad mayor, con fama de ser más bien formal, aunque él también sabía que tenía un amante, un marqués. ¿Por qué ella lo había elegido para esa excursión? La historia de *Madame* no era muy creíble. Mientras viajaban, ella le sugirió que se asomara a la ventana para ver el paisaje, como ella lo hacía. Él tenía que inclinarse sobre ella para lograrlo; y justo cuando lo hizo, el carruaje dio una sacudida. *Madame* lo prendió de la mano y cayó en sus brazos. Permaneció ahí un momento, y luego se soltó, en forma algo abrupta. Tras un incómodo silencio, ella preguntó: «¿Pretende convencerme de mi imprudencia respecto a usted?». Él afirmó que el episodio había sido un accidente, y le aseguró que se comportaría. La verdad, no obstante, era que tenerla entre sus brazos le había hecho pensar otra cosa.

**Cuando estábamos a punto de entrar a la cámara, ella me detuvo. «Recuerda», dijo con gravedad, «que se supone que nunca has visto, ni sospechado, el santuario al que estás por entrar. [...]».**  
**• [...] Todo era como un rito de iniciación. Me llevó de la mano por un corredor estrecho y oscuro. Mi corazón latía fuertemente, como si yo fuera un joven prosélito puesto a prueba antes de la celebración de los grandes misterios. [...] • «Pero tu condesa...»,**



**dijo, e hizo alto. Yo estaba por contestar cuando las puertas se abrieron; mi respuesta fue interrumpida por la admiración. Quedé sorprendido, deleitado, no sé qué fue de mí, y empecé a creer, de buena fe, en la magia. [...] Me vi en verdad en una vasta jaula de espejos en los que había imágenes tan artísticamente pintadas que producían la ilusión de todos los objetos que representaban.**

**VIVANT DENON, «MAÑANA NO», EN MICHEL FEHER, ED.,  
EL LECTOR LIBERTINO**

Llegaron al château. El esposo salió a recibirlos, y el joven expresó su admiración por el edificio. «Lo que usted ve no es nada», interrumpió *Madame*; «debo llevarlo al departamento de *Monsieur*». Antes de que él pudiera preguntar qué quería decir, se cambió rápidamente de tema. El esposo era en efecto un pelmazo, pero se excusó después de cenar. Entonces *Madame* y el joven se quedaron solos. Ella lo invitó a pasear en los jardines; era una noche espléndida, y mientras caminaban, *Madame* deslizó su brazo en el de él. No temía que abusara de ella, le dijo, porque sabía del cariño que profesaba a su buena amiga la condesa. Hablaron de otras cosas, pero *Madame* volvió después al tema de su amante, la condesa: «¿Lo hace feliz? Ay, mucho me temo lo contrario, y eso me aflige... ¿No es usted víctima a menudo de sus extraños caprichos?». Para sorpresa del joven, *Madame* se puso a hablar de la condesa en una forma que daba a entender que ella le había sido infiel (algo que él sospechaba). *Madame* suspiró; lamentaba decir esas cosas sobre su amiga, y le pidió que la perdonase; luego, como si se le hubiera ocurrido una nueva idea, mencionó un pabellón cercano, un lugar delicioso, lleno de gratos recuerdos. Pero lo malo era que estaba cerrado, y ella no tenía la llave. Aun así llegaron hasta pabellón, y he ahí que la puerta estaba abierta. Adentro estaba oscuro, pero el joven intuyó que era un lugar de encuentro. Entraron y se hundieron en un sofá; y antes de darse cuenta de nada, él la tomó en sus brazos. *Madame* pareció rechazarlo, pero luego cedió. Finalmente, ella volvió en sí: debían regresar a la casa. ¿Él había llegado demasiado lejos? Debía intentar controlarse.

Mientras volvían a la residencia, *Madame* comentó: «¡Qué deliciosa noche hemos pasado!». ¿Se refería a lo que había sucedido en el pabellón? «Hay un cuarto aún más encantador en el château», continuó, «pero ya no puedo enseñar nada a usted», añadió, dando a entender que él había sido demasiado atrevido. *Madame* ya había mencionado ese cuarto («el departamento de *Monsieur*») varias veces; él no imaginaba qué podía tener de interesante, pero para ese momento moría por verlo e insistió en que ella se lo mostrara. «Si promete ser bueno», replicó *Madame*, abriendo mucho los ojos. Ella lo condujo por las tinieblas de la casa hasta aquella habitación, que, para deleite de él, era una especie de templo del placer: había espejos en las paredes, cuadros de *trompe l'oeil* que evocaban una escena en el bosque, e incluso una gruta oscura y una engalanada estatua de Eros. Invasado por la

atmósfera del lugar, el joven reanudó al instante lo que había iniciado en el pabellón, y habría perdido toda noción del tiempo si una criada no hubiese irrumpido para avisarles que amanecía ya: pronto *Monsieur* estaría de pie.

Se separaron de inmediato. Más tarde, mientras el joven se preparaba para marcharse, su anfitriona le dijo: «Adiós, *Monsieur*. ¡Le debo tantos placeres! Pero le he pagado con dulces sueños. Ahora su amor lo reclama de vuelta... No dé a la condesa causa de reñir conmigo». Al reflexionar de regreso en su experiencia, él no podía entender qué significaba. Tenía la vaga sensación de que se le había utilizado, pero los placeres que recordaba eran mayores que sus dudas.

**En nuestra ciudad, más llena de engaños que de amor y fe, vivía hace unos años una dama hermosa y de buenos modales, muy astuta e inteligente a la vez. [...] • Aquella mujer estaba casada con un artífice lanero que la desdeñaba mucho; como no entendía más que de telas, decidió ella evitar sus abrazos y buscar a alguien que le procurara mayor satisfacción. Se enamoró de un hombre de gran linaje y edad mediana. Su amor creció tanto que si no le veía de día, por la noche no podía descansar. • Él no se enteraba de nada, pero ella, muy cauta, había decidido no usar mujer ni carta para comunicarse. Advirtió que el hombre se relacionaba con un religioso, al cual decidió convertir en mediador. Dirigiéndose a la iglesia, le mandó llamar para confesarse. • El fraile, viéndola dama distinguida, la escuchó de buen grado. Dijo ella: • «Padre, acudo a vos en busca de ayuda y consejo. Conocéis a mi familia y marido, quien me quiere y me proporciona cuanto quiero. Por lo cual le amo y le estoy agradecida, y si pensara algo contrario a su placer, no habría culpable digna de fuego como yo». [...] • «Mas hay una persona, de quien ignoro su nombre, pero conocido vuestro, que parece querer seducirme, hasta el punto que no puedo salir a la ventana o a la puerta sin hallarle. El asunto es doloroso, porque puede difamarme». • «[...] Os ruego, como amigo suyo, que le llaméis la atención y le quitéis lo que tiene en la cabeza. Quizá encuentre otras mujeres dispuestas a esas cosas, pero a mí me causa gran enojo.» • Dicho esto, como si fuese a llorar, bajó la cabeza. • El fraile creyóselo todo a pie juntillas, alabando la virtud de la mujer. Después, como sabía que era rica, recordóle las obras de caridad y las necesidades que él tenía. «Os suplico», agregó ella, «que si ese hombre no os hiciera caso, le digáis que soy yo quien os ha hablado, y que me desagrada lo que hace.» [...] • El referido hombre fue a ver al fraile, quien le llamó la atención sobre su conducta con la mujer. • Este, naturalmente, se asombró, pero el**

fraile, sin dejarle hablar, añadió: «No disimules ni pierdas el tiempo negándolo, que no me lo han contado los vecinos, sino ella. Eso no está bien y la mujer es esquivia a tales cosas. Te ruego que la dejes en paz». • El hombre, más astuto que el fraile, comprendió la malicia femenina, y simulando vergüenza ante el fraile, prometió no volver a mirarla. Se fue a casa de la dama, que estaba observando desde la ventana. Al verle puso ella una cara tan risueña que él comprendió haber adivinado su malicia. Desde entonces siguió pasando por la calle repetidas veces, como si fuera a otro asunto, hasta convertirse en visitante regular del vecindario.

GIOVANNI BOCCACCIO, *EL DECAMERÓN*

**Interpretación.** *Madame de T\_\_\_* es un personaje del cuento libertino del siglo XVIII «Mañana no», de Vivant Denon. El joven es el narrador de la historia. Aunque ficticias, las técnicas de *Madame* se basaban claramente en las de varias conocidas libertinas de la época, maestras del juego de la seducción. Y la más peligrosa de sus armas era la insinuación: el medio por el cual *Madame* hechiza al joven, lo hace parecer el agresor, obtiene la noche de placer que deseaba y salvaguarda su inocente fama, todo ello de un solo golpe. Después de todo, él fue quien inició el contacto físico, o al menos eso parecía. Porque la verdad es que ella era la que estaba al mando, sembrando en la mente del joven justo las ideas que ella quería. Ese primer encuentro físico en el carruaje, por ejemplo, que ella dispuso al invitarlo a acercarse: más tarde lo reprendió por su atrevimiento, pero lo que persistió en la mente del muchacho fue la excitación del instante. La plática de ella sobre la condesa lo confundió e hizo sentir culpable; pero después *Madame* le dio a entender que su amante le era infiel, sembrando así en su mente una semilla distinta: enojo, y deseo de venganza. Más tarde ella le pidió olvidar lo dicho y perdonarla por haberlo hecho, táctica clave de insinuación: «Te pido que olvides lo que dije, pero sé que no puedes hacerlo; la idea permanecerá en tu mente». Provocado de esta manera, fue inevitable que él la estrechara en el pabellón. *Madame* mencionó varias veces el cuarto del château; él insistió, por supuesto, en ir ahí. Ella envolvió la noche en un aire de ambigüedad. Aun sus palabras «Si promete ser bueno» podrían interpretarse de varias maneras. La cabeza y el corazón del joven se avivaron con todos los sentimientos —descontento, confusión, deseo— que indirectamente ella había infundido en él.

En particular en las primeras fases de la seducción, aprende a convertir todo lo que dices y haces en una especie de insinuación. Infunde dudas con un comentario aquí y otro allá sobre otras personas en la vida de tu víctima, haciéndola sentir vulnerable. El contacto físico leve insinúa deseo, como lo hace también una mirada fugaz pero inolvidable, o un tono de voz inusualmente cordial, ambas cosas por

momentos muy breves. Un comentario casual sugiere que hay algo en tu víctima que te interesa; pero procede sutilmente, para que tus palabras revelen una posibilidad, creen una duda. Siembras así semillas que echarán raíces en las semanas por venir. Cuando no estés presente, tus objetivos fantasearán con las ideas que has estimulado, y rumiarán sus dudas. Los llevarás pausadamente hasta tu telaraña, sin que sepan que estás al mando. ¿Cómo podrían resistirse o ponerse a la defensiva si ni siquiera se dan cuenta de lo que sucede?

*Lo que distingue a una sugestión de otros tipos de influencia psíquica, como una orden o la transmisión de una noticia o instrucción, es que en el caso de la sugestión se estimula en la mente de otra persona una idea cuyo origen no se examina, sino que se acepta como si hubiera brotado en forma espontánea en esa mente.*

—Sigmund Freud

## CLAVES PARA LA SEDUCCIÓN

Es imposible que pases por la vida sin tratar de convencer a la gente de algo, en una forma u otra. Sigue la ruta directa, diciendo exactamente lo que quieres, y tu honestidad quizá te hará sentir bien, pero es probable que no llegues a ninguna parte. La gente tiene sus propias ideas, solidificadas por la costumbre; tus palabras, al entrar en su mente, compiten con miles de nociones preconcebidas ya ahí, y no van a ningún lado. Aparte, la gente resentirá tu intento de convencerla, como si fuera incapaz de decidir por sí misma, y tú el@ únic@ list@. Considera en cambio el poder de la insinuación y la sugerencia. Esto requiere un poco de arte y paciencia, pero los resultados bien valen la pena.

La forma en que opera la insinuación es simple: disfrazada en medio de un comentario o encuentro banal, se suelta una indirecta. Esta debe referirse a un tema emocional: un posible placer no obtenido aún, falta de animación en la vida de una persona. La indirecta es registrada en el fondo de la mente del objetivo, puñalada sutil a sus inseguridades; la fuente de la alusión se olvida pronto. Es demasiado sutil para ser memorable en el momento; y después, cuando ha echado raíces y crecido, parece haber surgido en forma natural en la mente del objetivo, como si hubiera estado ahí desde siempre. La insinuación permite evitar la resistencia natural de la

gente, porque esta parece escuchar solo lo que se origina en ella. Es un lenguaje en sí misma, que se comunica de modo directo con el inconsciente. Ningún@ seductor@, ningún@ inducidor@, puede esperar tener éxito sin dominar el lenguaje y arte de la insinuación.

Una vez llegó un extraño a la corte de Luis XV. Nadie sabía nada de él, y su acento y edad eran imprecisables. Dijo llamarse el conde de Saint-Germain. Obviamente era rico; toda suerte de gemas y diamantes relucían en su saco, sus mangas, sus zapatos, sus dedos. Tocaba el violín a la perfección, pintaba magníficamente. Pero lo más embriagador en él era su conversación.

Lo cierto es que el conde fue el mayor charlatán del siglo XVIII, un hombre que dominaba el arte de la insinuación. Mientras hablaba, deslizaba una palabra aquí y otra allá: una vaga alusión a la piedra filosofal, que convertía todos los metales en oro, o al elixir de la eterna juventud. No decía que poseyera esas cosas, pero conseguía que se le asociara con sus poderes. Si hubiera afirmado tenerlas, nadie le habría creído, y la gente se habría alejado de él. El conde podía hablar de un hombre muerto cuarenta años antes como si lo hubiera conocido en persona; pero de ser así, habría tenido más de ochenta años, y parecía estar en los cuarenta y tantos. Mencionaba el elixir de la eterna juventud... parece tan joven...

La clave de las palabras del conde era la vaguedad. Siempre soltaba sus indirectas en medio de una conversación vivaz, graciosas notas en una melodía incesante. Solo más tarde los demás reflexionaban en lo que había dicho. Pasado un tiempo, la gente empezó a buscarlo, inquiriendo sobre la piedra filosofal y el elixir de la eterna juventud, sin reparar en que era él quien había sembrado esas ideas en su mente. Recuerda: para sembrar una idea seductora debes cautivar la imaginación de las personas, sus fantasías, sus más profundos anhelos. Lo que pone el mecanismo en marcha es sugerir cosas que la gente quiere oír: la posibilidad de placer, riqueza, salud, aventura. Al final, esas buenas cosas resultan ser justo lo que tú pareces ofrecerle. Ella te buscará como por iniciativa propia, sin saber que tú inculcaste la idea en su cabeza.

En 1807, Napoleón Bonaparte decidió que era crucial para él conquistar para su causa al zar ruso Alejandro I. Quería dos cosas de él: un tratado de paz en que acordaran dividirse Europa y Medio Oriente, y una alianza matrimonial conforme a la cual él se divorciaría de Josefina y se casaría con una integrante de la familia del zar. En vez de proponer estas cosas directamente, Napoleón decidió seducir a Alejandro. Usando civilizados encuentros sociales y conversaciones amistosas como campos de batalla, se puso a trabajar. Un aparente *lapsus linguae* reveló que Josefina no podía tener hijos; Napoleón cambió rápidamente de tema. Un comentario aquí y otro allá parecieron sugerir la asociación de los destinos de Francia y Rusia. Justo antes de despedirse una noche, Napoleón habló de su deseo de tener hijos, suspiró tristemente y se excusó para retirarse a dormir, dejando al zar consultar el asunto con la almohada. Luego llevó a Alejandro a una obra de teatro cuyos temas eran la gloria, el honor y el imperio; entonces, en conversaciones posteriores, pudo

disfrazar sus insinuaciones bajo la pantalla de comentar esa obra. Semanas después, el zar hablaba a sus ministros de una alianza matrimonial y un tratado con Francia como si fueran ideas suyas.

*Lapsus linguae*, comentarios aparentemente inadvertidos para «consultar con la almohada», referencias tentadoras, afirmaciones de las que te disculpas al instante: todo esto posee inmenso poder de insinuación. Cala tan hondo en la gente como un veneno, y cobra vida por sí solo. La clave para triunfar con tus insinuaciones es hacerlas cuando tus objetivos están más relajados o distraídos, para que no sepan qué ocurre. Las bromas corteses son a menudo una fachada perfecta para esto; l@s demás piensan en lo que dirán después, o están absort@s en sus ideas. Tus insinuaciones apenas si serán registradas, que es justo lo que quieres.

**Las miradas son la artillería pesada del coqueteo: todo puede transmitirse en una mirada, pero esa mirada siempre puede negarse, porque es imposible citarla palabra por palabra.**

**STENDHAL, CITADO EN RICHARD DAVENPORT-HINES, ED.,  
VICIO: UNA ANTOLOGÍA**

En una de sus primeras campañas, John F. Kennedy habló ante un grupo de veteranos. Sus valientes hazañas durante la segunda guerra mundial —el incidente del PT-109 había hecho de él un héroe de guerra— eran conocidas por todos; pero en su discurso, Kennedy se refirió a los demás hombres en ese barco, sin aludir jamás a sí mismo. Sabía, sin embargo, que lo que había hecho estaba en la mente de todos, porque en realidad él lo puso ahí. Su silencio sobre el tema hizo no solo que los presentes pensarán en él por sí mismos, sino también que él pareciera humilde y modesto, cualidades que van bien con el heroísmo. En la seducción, como aconsejaba la cortesana francesa Ninon de l'Enclos, es mejor no verbalizar el amor por la otra persona. Que tu blanco lo perciba en tu actitud. Tu silencio tendrá más poder de insinuación que tu voz.

No solo las palabras insinúan; presta atención a miradas y gestos. La técnica favorita de *Madame Récamier* era la de incesantes palabras banales y una mirada tentadora. El flujo de la conversación impedía a los hombres pensar mucho en esas miradas ocasionales, pero se obsesionaban con ellas. Lord Byron tenía su famosa «mirada de soslayo»: mientras se hablaba de un tema anodino, inclinaba la cabeza, pero de pronto una joven (su objetivo) lo sorprendía mirándola, inclinada aún la cabeza. Era una mirada que parecía peligrosa, desafiante, pero también ambigua; muchas mujeres cayeron atrapadas por ella. El rostro habla un idioma propio. Acostumbramos tratar de interpretar el rostro de las personas, el cual suele ser un mejor indicador de sus sentimientos que lo que ellas dicen, algo que es fácil de

controlar. Como la gente siempre interpreta tus miradas, úsalas para transmitir las señales insinuantes de tu elección.

Por último, la causa de que la insinuación dé tan buenos resultados no es solo que evita la resistencia natural de la gente. También, que es el lenguaje del placer. Hay muy poco misterio en el mundo; demasiadas personas dicen exactamente lo que sienten o quieren. Ansiamos algo enigmático, algo que alimente nuestras fantasías. Dada la falta de sugerencia y ambigüedad en la vida diaria, quien las usa repentinamente parece poseer algo tentador y lleno de presagios. Este es una especie de juego incitante: ¿qué trama esa persona? ¿Qué se propone? Indirectas, sugerencias e insinuaciones crean una atmósfera seductora, que indica que la víctima no participa ya de las rutinas de la vida diaria, sino que ha entrado a otra esfera.

### **Símbolo:**

**La semilla. La tierra se prepara con  
ahínco. Las semillas se siembran con meses de anticipación.  
Una vez en el suelo, nadie sabe qué mano las arrojó ahí.  
Forman parte del terreno. Oculta tus manipulaciones sembrando  
semillas que echen raíces por  
sí solas.**

## **REVERSO**

El peligro de la insinuación es que, cuando optas por la ambigüedad, tu objetivo puede incurrir en interpretaciones erróneas. Hay momentos, en particular en etapas avanzadas de la seducción, en que es mejor comunicar directamente una idea, sobre todo una vez que sabes que tu blanco la aceptará. Casanova solía proceder así. Cuando percibía que una mujer lo deseaba, y que necesitaba poca preparación, se servía de un comentario franco, sincero y efusivo que llegara directo a su cabeza, como una droga, y la hiciera caer bajo su hechizo. Cuando el libertino y escritor Gabriele D'Annunzio conocía a una mujer a la que deseaba, era raro que perdiera tiempo. Halagos salían de su boca y su pluma. Encantaba con su «sinceridad» (la cual puede fingirse, entre tantas otras estrategias). Esto solo funciona cuando sientes que el objetivo será tuyo con facilidad. De lo contrario, las defensas y sospechas provocadas por el ataque directo volverán imposible tu seducción. En caso de duda, el método indirecto es la mejor vía.

## **7. Penetra su espíritu**

*Casi todas las personas se encierran en su mundo, lo que las hace obstinadas y difíciles de convencer. El modo de sacarlas de su concha e iniciar tu seducción es penetrar su espíritu. Juega según sus reglas, gusta de lo que gustan, adáptate a su estado de ánimo. Halagarás así su arraigado narcisismo, y reducirás sus defensas. Hipnotizadas por la imagen especular que les presentas, se abrirán, y serán vulnerables a tu sutil influencia. Pronto podrás cambiar la dinámica: una vez que hayas penetrado su espíritu, puedes hacer que ellas penetren el tuyo, cuando sea demasiado tarde para dar marcha atrás. Cede a cada antojo y capricho de tus blancos, para no darles motivo de reaccionar o resistirse.*



## LA ESTRATEGIA INDULGENTE

En octubre de 1961, la periodista estadounidense Cindy Adams consiguió una entrevista exclusiva con Ahmed Sukarno, el presidente de Indonesia. Fue un golpe notable, porque Adams era entonces una periodista poco conocida, mientras que Sukarno era una figura mundial en medio de una crisis. Habiendo sido uno de los líderes de la lucha de independencia de Indonesia, era presidente de ese país desde 1949, cuando los holandeses renunciaron por fin a su colonia. Para principios de la década de 1960, su audaz política exterior lo había vuelto odioso para Estados Unidos, al grado de llamársele el Hitler de Asia.

Adams decidió que, en bien de una entrevista interesante, no debía dejarse intimidar ni acobardar por Sukarno, e inició entre bromas su conversación con él. Para su sorpresa, su táctica para romper el hielo pareció funcionar: se ganó la simpatía de Sukarno. Él permitió que la entrevista durara mucho más de una hora, y al terminar la colmó de regalos. El éxito de Adams fue extraordinario, pero lo fueron más todavía las amistosas cartas que empezó a recibir de Sukarno luego de volver a Nueva York en compañía de su esposo. Años después, Sukarno le propuso que colaborara con él en su autobiografía.

**Si tienes verdadero empeño en conservar tus relaciones, \  
persuádela que estás hechizado por su hermosura. \ ¿Se cubre con  
el manto de Tiro?; alabas la púrpura de Tiro. \ ¿Viste los finos  
tejidos de Cos?; \ afirma que las telas de Cos le sientan a  
maravilla. [...] Admira \ sus brazos en la danza, y su voz \ cuando  
cante, y así que termine, \ duélete de que haya acabado tan pronto.  
\ Admitido en su tálamo, podrás venerar lo que \ constituye tu dicha  
y expresar a voces las sensaciones \ que te embargan, y aunque sea  
más fiera \ que la espantosa Medusa, se convertirá \ en dulce y  
tierna para su amante. Ten exquisita \ cautela en que tus palabras  
no le parezcan fingidas \ y el semblante contradiga tus razones; \  
aprovecha ocultar el artificio, que una vez descubierto \ llena de  
rubor, y con justicia destruye por siempre la confianza.**

**OVIDIO, *EL ARTE DE AMAR***

Acostumbrada a hacer artículos elogiosos de celebridades de tercera categoría, Adams se sintió confundida. Sabía que Sukarno tenía fama de diabólico donjuán; le grand séducteur, lo llamaban los franceses. Había tenido cuatro esposas y cientos de conquistas. Era apuesto, y obviamente ella le atraía, pero ¿por qué la había elegido para esa prestigiosa tarea? Quizá su libido era demasiado fuerte para que él se preocupara por esas cosas. No obstante, era un ofrecimiento que ella no podía rechazar.

En enero de 1964, Adams regresó a Indonesia. Su estrategia, había decidido, seguiría siendo la misma: ser la dama franca y desenvuelta que al parecer había encantado a Sukarno tres años atrás. En su primera entrevista con él para el libro, Adams se quejó con cierta energía de las habitaciones que se le habían dado para alojarse. Como si él fuera su secretario, ella le dictó una carta, que él firmaría, en la que se detallaba el trato especial que Adams debía recibir de parte de todos. Para su sorpresa, él tomó diligentemente el dictado, y firmó la carta.

Lo siguiente en el programa de Adams era un recorrido por Indonesia para entrevistar a personas que habían conocido a Sukarno en su juventud. Así que ella se quejó con él del avión en que tendría que volar, el cual, afirmó, era inseguro. «Te voy a decir una cosa, cariño», le dijo ella: «Creo que deberías darme un avión para mí». «Está bien», respondió él, al parecer algo avergonzado. Pero no bastaría con uno, continuó ella; necesitaba varios aviones, y un helicóptero, y un piloto personal, uno bueno. Sukarno estuvo de acuerdo en todo. El líder de Indonesia parecía estar no solo intimidado por Adams, sino totalmente bajo su hechizo. Elogiaba su inteligencia e ingenio. En cierto momento le confió: «¿Sabes por qué estoy haciendo mi autobiografía?... Solo por ti, ese es el porqué». Se fijaba en su ropa, elogiaba sus combinaciones, notaba cualquier cambio en ellas. Era más un pretendiente adulator que el «Hitler de Asia».

Inevitablemente, por supuesto, Sukarno le hizo proposiciones. Adams era una mujer atractiva. Primero fue poner la mano encima de la de ella, luego un beso robado. Ella lo rechazaba siempre, dejando en claro que estaba felizmente casada, pero aquello le preocupó: si todo lo que él quería era una aventura, el asunto del libro podía venirse abajo. Una vez más, su estrategia directa pareció ser la más indicada. Sorprendentemente, él cedió, sin enojo ni rencor. Prometió que su afecto por ella seguiría siendo platónico. Ella tuvo que admitir que él no era en absoluto como había esperado, o como se lo habían descrito. Quizá le gustaba que lo dominara una mujer.

**El niño (o niña) busca fascinar a sus padres. En la literatura oriental, la imitación se considera uno de los medios de la atracción. Los textos sánscritos, por ejemplo, conceden un importante lugar al truco de que la mujer copie la ropa, expresiones y habla de su amado. Este tipo de drama mimético**

**propone a la mujer que, «viéndose imposibilitada de unirse con su amado, lo imite para distraer los pensamientos de él». • También el niño, sirviéndose de los recursos de la imitación de actitudes, ropa, etcétera, busca fascinar, con una intención mágica, a su padre o madre, y por tanto «distraer sus pensamientos». La identificación significa abandono de uno mismo, mas no de los deseos amorosos. Es un señuelo del que se vale el niño para atrapar a sus padres y que, debe admitirse, se enamoren de él. Lo mismo puede decirse de las masas, las que imitan a su líder, ostentan su nombre y repiten sus gestos. Lo reverencian, pero al mismo tiempo tienden inconscientemente una trampa para capturarlo. Las grandes ceremonias y manifestaciones son ocasiones en que las multitudes encantan al líder tanto como viceversa.**

**SERGE MOSCOVICI, *LA ERA DE LAS MULTITUDES***

Las entrevistas continuaron varios meses, y Adams notó ligeros cambios en él. Ella lo seguía tratando con familiaridad, salpicando la conversación con comentarios atrevidos, pero ahora él se los devolvía, deleitándose en esa suerte de bromas picantes. Él asumió el mismo ánimo vivaz que ella se había impuesto por estrategia. Al principio Sukarno se ponía uniforme militar, o trajes italianos. Ahora vestía informalmente, e incluso se presentaba descalzo, conforme al estilo relajado de la relación entre ambos. Una noche él le comentó que le agradaba su color de pelo. Era Clairol, negro azulado, explicó ella. Él lo quería igual; ella debía conseguirle un frasco. Adams hizo lo que él le pidió, imaginando que bromeaba, pero días después él solicitó su presencia en el palacio para que le tiñera el pelo. Ella lo hizo, y entonces ambos tuvieron exactamente el mismo color de cabello.

El libro, *Sukarno: An Autobiography as Told to Cindy Adams*, se publicó en 1965. Para asombro de los lectores estadounidenses, Sukarno daba la impresión de ser adorable y encantador, justo como Adams lo describía ante todos. Si alguien protestaba, Adams decía que no lo conocían tan bien como ella. Sukarno quedó sumamente complacido, e hizo distribuir el libro en todas partes. Esto le ayudó a ganarse simpatías en Indonesia, donde en ese entonces lo amenazaba un golpe militar. Para él, nada de eso fue una sorpresa: desde siempre supo que Adams haría un trabajo mucho mejor con sus memorias que cualquier periodista «serio».

**Mi hermano, el sexto, emir de los creyentes, que es el que tiene los labios partidos, se llama Schekalik. • En su juventud era sumamente pobre. Andaba un día de los días buscando algo con qué reanimar su decaído soplo de vida cuando, en un camino, al pasar,**

hubo de ver una casa hermosa, con su zaguán. • Entróse por él y echó a andar hasta que fue a salir delante de un edificio que era el compendio de un cuento, puede pensarse, en punto a magnificencia y amenidad, con un jardín en el centro, tal que no se le viera nunca, enlosado de mármol el pavimento y las paredes cubiertas de tapices que daban en el suelo. Quedóse mi hermano estupefacto sin saber adónde encaminar sus pasos. Adelantóse, empero, hasta el fondo del edificio y pudo ver entonces allí a un ser humano, hermoso de rostro y de barbas, y aquel hombre, visto que hubo a mi hermano, levantóse y fuese a él y le ofreció la casa y le preguntó por su condición y estado. • Contóle entonces mi hermano sus apuros y el hombre, al oír sus palabras, dio muestras de un gran dolor y alargó sus manos hacia sus vestiduras y las rasgó. Y exclamó: «¿Es posible que yo nade en delicias y tú padezcas hambre? Cosa es que no puedo sufrirlo». Y luego de esto prometióle toda suerte de bienes y le dijo: «No tienes más remedio que partir la sal conmigo». • Dio entonces el hombre una voz, diciendo: «¡Eh, mozos: traed en seguida el aguamanil!». Y volviéndose a mi hermano, le dijo: «Mi huésped, anda y lávate la mano». • Y seguidamente hizo ademán de lavarse la suya. Luego gritóles a sus criados, ordenándoles que sirviesen la mesa, y ellos así lo hicieron, solo que era aquello una mesa de pega. • Púsose luego el anfitrión a hacer visajes y a mover los labios, como si comiera, y le decía a mi hermano: «Come y no andes con remilgos, que estás hambreado, y yo sé bien hasta qué extremo te aprieta la necesidad que tienes de alimento». • Púsose, pues, mi hermano, a mover las quijadas y a mascar como si comiera, y el otro no hacía más que ofrecerle platos y más platos, sin que ninguno apareciese, e instábale a mi hermano para que comiese. • Luego gritóle al criado: «¡Eh, mozo: tráeme el capón relleno de pistacho!», e insistióle a mi hermano diciéndole: «Come, que en tu vida habrás catado cosa igual, que realmente este plato no tiene rival en punto a delicioso y exquisito». • Y alargó su mano, haciendo como que le metía a mi hermano en su boca un trozo, e insistió en ponderar sus excelencias.

Mientras, mi hermano seguía hambriento, con lo que se le aumentaba aún más el apetito y lampaba por un pan de centeno. • Díjole luego el anfitrión: «¿Has probado en tu vida algo más rico que estos platos?». • «Cierto que no», contestóle mi hermano. • «Pues come y no andes con remilgos», animóle él. • Pero mi hermano díjole: «Estoy ahító». • [...] Dio luego orden el anfitrión a sus criados de que sirviesen las bebidas, y aquellos movieron sus

manos en el aire, haciendo como que se las servían y el anfitrión hizo cual si las paladease. • Pensó entonces mi hermano que aquel hombre se estaba burlando de él. • Cogió luego una segunda copa e hizo como que la apuraba y fingió estar borracho. Y cogiendo de improviso a su huésped, alzó la mano hasta dejar al descubierto la blancura del sobaco y propinó al anfitrión puñada tan recia en el cogote que retumbó toda la sala. Segundóle después con otra. • Cuando el hermano del barbero aporreó a su anfitrión de aquel modo, este exclamó: «¡Ye, el más ruin de todos los seres!». • A lo que mi hermano replicó: «Este esclavo tuyo, al que agasajaste y entraste en tu casa y diste de comer y escanciaste el vino, el añejo, se emborrachó y se ha portado mal contigo; pero tu posición está tan por encima de él, que no debes de tomarle a mal su imprudencia ni enojarte por su ligereza». • Al oír el anfitrión tales palabras de mi hermano, prorrumpió en estruendosa carcajada. Y luego dijo: «Mucho tiempo llevo ya embromando a la gente y burlándome de todos los amigos de burlas e insolencias y nunca hallé de ellos quien se prestase a seguirme la broma y darme la réplica, sino a ti, por lo que te perdono de buen grado, y desde hoy serás mi comensal de veras y no te separarás nunca de mi lado». • Luego de dicho esto, mandó a sus criados que les sirvieran variedad de platos, como los antes mencionados, pero no de mentirijillas, sino de verdad. Y comieron él y mi hermano hasta que los dos se hartaron, y así siguieron ambos por espacio de veinte años, hasta que al cabo murió aquel hombre.

**«HISTORIA DE SCHEKALIK, EL HERMANO DEL BARBERO,  
EL SEXTO», *LAS MIL Y UNA NOCHES***

**Interpretación.** ¿Quién seducía a quién? El seductor fue Sukarno, y su seducción de Adams cumplió una secuencia clásica. Primero, eligió a la víctima correcta. Una periodista experimentada se habría resistido al señuelo de una relación personal con el sujeto, y un hombre habría sido menos susceptible a su encanto. Así, Sukarno seleccionó a una mujer, y a una cuya experiencia periodística residía en otra área. En su primera reunión con Adams, él emitió señales contradictorias: fue amigable, pero sugirió otro tipo de interés también. Luego, habiendo infundido una duda en la mente de ella («¿Acaso él solo quiere una aventura?»), procedió a ser su reflejo. Cedió a cada uno de sus caprichos, plegándose cada vez que ella se quejaba. Ceder ante una persona es una forma de penetrar su espíritu, permitiéndole dominar por el momento.

Quizá las proposiciones que Sukarno le hizo a Adams mostraban su incontrolable libido en acción, pero tal vez eran más ingeniosas. Él tenía fama de donjuán; no

hacerle una proposición habría herido los sentimientos de ella. (A las mujeres suele ofenderles menos de lo que se cree el hecho de que se les considere atractivas, y Sukarno era lo bastante listo para haber dado a cada una de sus cuatro esposas la impresión de que era la favorita). Habiendo cumplido con las proposiciones, él avanzó en el espíritu de Adams, asumiendo el aire informal de ella, e incluso feminizándose levemente al adoptar su color de cabello. El resultado fue que Adams decidió que él no era como ella había esperado o temido. No era amenazador en absoluto, y, después de todo, ella era la que estaba al mando. Lo que Adams no advirtió fue que, una vez bajadas sus defensas, él comprometió enormemente sus emociones. No había sido ella quien lo encantó a él, sino al contrario. Sukarno logró lo que se había propuesto desde el principio: que sus memorias personales fueran escritas por una extranjera receptiva, quien dio al mundo un retrato más bien atractivo de un hombre del que muchos desconfiaban.

De todas las tácticas de seducción, penetrar el espíritu de alguien es quizá la más diabólica. Da a tus víctimas la impresión de que te seducen. El hecho de que cedas ante ellas, las imites, penetres su espíritu, sugiere que estás bajo su hechizo. No eres un@ seductor@ peligros@ del@ cual precaverse, sino alguien obediente e inofensiv@. La atención que les prestas es embriagadora: como eres su reflejo, todo lo que ven y oyen en ti reproduce su ego y sus gustos. ¡Qué halago para su vanidad! Todo esto prepara la seducción, la serie de maniobras que alterarán radicalmente la dinámica. Una vez depuestas sus defensas, ellas estarán abiertas a tu influencia sutil. Pronto empezarás a adueñarte del baile; y sin notar siquiera el cambio, ellas se descubrirán penetrando tu espíritu. Entonces se cerrará el círculo.

*Las mujeres solo se sienten a gusto con quienes corren el riesgo de penetrar su espíritu.*

—Ninon de l'Enclos

## CLAVES PARA LA SEDUCCIÓN

Una de nuestras mayores fuentes de frustración es la obstinación de l@s demás. ¡Qué difícil entenderse con ell@s, hacerles ver las cosas a nuestra manera! A menudo tenemos la impresión de que cuando parecen escucharnos, y armonizar con nosotr@s, todo es superficial: en cuanto nos vamos, ell@s retornan a sus ideas. Nos pasamos la vida dándonos de topes con la gente, como si fuera un muro de piedra.

Pero en lugar de quejarte de que no te comprenden o incluso te ignoran, por qué no cambias de técnica: en vez de juzgar a l@s demás como rencoros@s o indiferentes, en lugar de tratar de entender por qué actúan así, vel@s con los ojos del@ seductor@. La manera de hacer que la gente abandone su natural terquedad y obsesión consigo misma es penetrar su espíritu.

Tod@s somos narcisistas. De niñ@s, nuestro narcisismo era físico: nos interesaba nuestra imagen, nuestro cuerpo, como si fuera un ser distinto. Cuando crecemos, nuestro narcisismo se hace más psicológico: nos abstraemos en nuestros gustos, opiniones, experiencias. Una concha dura se forma a nuestro alrededor. Paradójicamente, el modo de sacar a la gente de su concha es parecérselo, ser de hecho una suerte de imagen especular de ella. No tienes que pasar días estudiando su mente; solo ajústate a su ánimo, adáptate a sus gustos, acepta todo lo que te dé. Al hacerlo, reducirás su defensividad natural. Su autoestima no se sentirá amenazada por tu diferencia ni tus hábitos distintos. La gente se ama mucho a sí misma, pero lo que más le agrada es ver sus gustos e ideas reflejados en otra persona. Esto le confiere validez. Su usual inseguridad desaparece. Hipnotizada por su imagen especular, se relaja. Derrumbado su muro interior, tú podrás hacerla salir poco a poco, e invertir al final la dinámica. Una vez que se haya abierto contigo, resultará fácil contagiarla de tu ánimo y pasión. Penetrar el espíritu de otra persona es una especie de hipnosis; es la forma de persuasión más insidiosa y efectiva conocida por los seres humanos.

En *Sueño en el pabellón rojo*, novela china del siglo XVIII, todas las jóvenes de la próspera casa Chia están enamoradas del libertino Pao Yu. Él es guapo, sin duda, pero lo que lo vuelve irresistible es su misteriosa capacidad para penetrar el espíritu de una joven. Pao Yu ha pasado su juventud entre muchachas, cuya compañía siempre ha preferido. En consecuencia, jamás se muestra amenazador ni agresivo. Se le permite entrar a las habitaciones de las jóvenes, ellas lo ven por todas partes, y entre más lo ven más caen bajo su hechizo. No es que él sea femenino; sigue siendo hombre, pero puede ser más o menos mas culino según lo requiera la situación. Su familiaridad con las jóvenes le concede la flexibilidad necesaria para penetrar su espíritu.

Esta es una gran ventaja. La diferencia entre los sexos es lo que hace posible el amor y la seducción, pero también implica un elemento de temor y desconfianza. Una mujer puede temer la agresión y violencia masculinas; un hombre suele ser incapaz de penetrar el espíritu de una mujer, y por tanto no cesa de ser extraño y amenazador. Los mayores seductores de la historia, de Casanova a John F. Kennedy, crecieron rodeados de mujeres y poseían un dejo de feminidad. El filósofo Søren Kierkegaard, en su obra *Diario de un seductor*, recomienda pasar más tiempo con el sexo opuesto, a fin de conocer al «enemigo» y sus debilidades, para que puedas usar ese conocimiento en tu favor.

Ninon de l'Enclos, una de las mayores seductoras de la historia, tenía innegables cualidades masculinas. Podía impresionar a un hombre con su gran agudeza

filosófica, y encantarlos al compartir con él su interés en la política y la guerra. Muchos hombres forjaron primeramente una firme amistad con ella, solo para después enamorarse locamente. Lo masculino en una mujer es para un hombre tan tranquilizador como lo femenino en un hombre para ellas. En un hombre, la diferencia de una mujer puede producir frustración, y aun hostilidad. Podría sentirse atraído a un encuentro sexual, pero un hechizo duradero no puede existir sin una seducción mental complementaria. La clave es penetrar su espíritu. Los hombres suelen sentirse seducidos por el elemento masculino en la conducta o carácter de una mujer.

En la obra *Clarissa* (1748), de Samuel Richardson, la joven y devota Clarissa Harlowe es cortejada por el conocido libertino Lovelace. Clarissa está al tanto de la fama de Lovelace, pero él no ha procedido casi nunca como ella habría esperado: es cortés, parece un poco triste y confundido. Ella descubre de pronto que él ha hecho la más noble y caritativa de las obras en bien de una familia en apuros, dando dinero al padre, ayudando a la hija a casarse, impartiendo buenos consejos. Lovelace le confiesa al fin lo que ella ha sospechado: que quiere arrepentirse, cambiar de hábitos. Sus cartas son emotivas, casi religiosas en su pasión. ¿Será ella quizá quien lo conduzca a la rectitud? Pero Lovelace le ha tendido una trampa, por supuesto: usa la táctica del seductor de ser un reflejo de los gustos de ella, en este caso de su espiritualidad. Una vez que Clarissa baja la guardia, una vez que cree poder reformarlo, está perdida: él podrá insinuar entonces, lentamente, su propio espíritu en sus cartas y encuentros con ella. Recuerda: la palabra clave es «espíritu», y es justo ahí donde debe apuntarse en general. Al dar la impresión de que reflejas los valores espirituales de alguien, podrás establecer una honda armonía con él@, que luego podrás transferir al plano físico.

Cuando Josephine Baker se trasladó a París en 1925, como parte de un espectáculo en el que solo intervenían artistas negr@s, su exotismo la volvió una sensación de la noche a la mañana. Pero l@s frances@s son notoriamente veleidos@s, y la Baker sintió que su interés en ella se desplazaría pronto a otra. A fin de seducirl@s para siempre, penetró su espíritu. Aprendió francés, y empezó a cantar en ese idioma. Comenzó a vestirse y actuar a la manera de una elegante dama francesa, como para decir que prefería el modo de vida francés al estadounidense. Los países son como las personas: tienen grandes inseguridades, y se sienten amenazados por otras costumbres. Para una persona suele ser muy seductor ver a un@ extrañ@ adoptar sus hábitos. Benjamin Disraeli nació y vivió siempre en Inglaterra, pero era judío de nacimiento, y tenía rasgos exóticos; el inglés provinciano lo consideraba un extraño. Pero en sus gustos y modales él era más inglés que la mayoría, y esto formaba parte de su encanto, que demostró al convertirse en líder del partido conservador. Si eres un@ extrañ@ (como lo somos la mayoría en última instancia), usa eso en tu beneficio: explota tu rara naturaleza de tal forma que puedas mostrar al grupo cuánto prefieres sus gustos y costumbres a los tuyos.



En 1752, el afamado libertino Saltikov determinó ser el primer hombre en la corte rusa en seducir a la gran duquesa, de veintitrés años, la futura emperatriz Catalina la Grande. Sabía que ella estaba sola: su esposo, Pedro, la ignoraba, igual que muchos cortesanos. Pero los obstáculos eran inmensos: a Catalina se le espiaba de día y de noche. Aun así, Saltikov logró hacerse amigo de la joven, y entrar a su muy reducido círculo. Al fin consiguió estar a solas con ella, y le hizo saber que comprendía su soledad, cuánto despreciaba a su marido y que compartía su interés en las nuevas ideas que se extendían en Europa. Pronto pudo concertar nuevos encuentros, en los que él daba la impresión de que, cuando estaba con ella, nada más en el mundo importaba. Catalina se enamoró profundamente de él, y él fue de hecho su primer amante. Saltikov había penetrado su espíritu.

Cuando eres un reflejo de las personas, les dedicas intensa atención. Ellas sentirán tu esfuerzo, y este les parecerá halagador. Obviamente las has elegido, separándolas del resto. Parecería no haber nada más en la vida que ellas: su ánimo, sus gustos, su espíritu. Cuanto más te concentras en ellas, mayor es el hechizo que produces, y el efecto embriagador que tendrás en su vanidad.

Much@s tenemos dificultades para conciliar lo que somos con lo que queremos ser. Nos decepciona haber comprometido nuestros ideales de juventud, y nos seguimos imaginando como esa joven promesa, a la que las circunstancias le impidieron realizarse. Cuando seas reflejo de alguien, no te detengas en aquello en que esa persona se ha convertido; penetra el espíritu de la persona ideal que ella quiso ser. Así fue como el escritor francés Chateaubriand logró convertirse en un gran seductor, pese a su fealdad física. De joven, a fines del siglo XVIII, se iniciaba la moda del romanticismo, y a muchas mujeres les oprimía enormemente la falta de romance en su vida. Chateaubriand hacía renacer en ellas su fantasía juvenil de enamorarse perdidamente, de satisfacer ideales románticos. Este modo de penetrar el espíritu de otr@s es quizá el más efectivo en su tipo, porque hace sentir bien a la gente. En tu presencia, ella vive la vida de quien habría querido ser: un@ gran amante, un personaje romántico, lo que sea. Descubre esos ideales abandonados y refléjalos, volviendo a darles vida al proyectarlos en tu objetivo. Poc@s pueden resistirse a este señuelo.

### **Símbolo:**

**El espejo del cazador. La alondra es un ave succulenta, pero difícil de atrapar. En el campo, el cazador pone un espejo en un área. La alondra descende frente a él, avanza y retrocede, extasiada por su imagen en movimiento, y por la imitativa danza nupcial que ve ejecutarse ante sus ojos. Hipnotizada, pierde todo contacto con su entorno, hasta que la red del cazador la atrapa contra el**

espejo.

## REVERSO

En 1897 en Berlín, el poeta Rainer Maria Rilke, cuya fama daría después la vuelta al mundo, conoció a Lou Andreas-Salomé, la escritora y belleza de origen ruso famosa por haber roto el corazón de Nietzsche. Ella era la niña mimada de los intelectuales de Berlín; y aunque Rilke tenía veintidós años y Lou treinta y seis, él se enamoró rendidamente de ella. La colmó de cartas de amor, que confirmaban que él había leído todos sus libros y que conocía íntimamente sus gustos. Se hicieron amigos. Pronto Lou corregía su poesía, y él pendía de cada palabra de ella.

A Salomé le halagó que Rilke fuera un reflejo de su espíritu, y le encantó la intensa atención que le ponía y la comunión espiritual que desarrollaban. Se hizo su amante. Pero le preocupaba el futuro de él; era difícil ganarse la vida como poeta, y ella lo alentó a aprender ruso, su lengua materna, para que fuera traductor. Él siguió tan ávidamente su consejo que meses después ya hablaba ruso. Visitaron Rusia juntos, y a Rilke le maravilló lo que vio: los campesinos, las costumbres populares, el arte, la arquitectura. De vuelta en Berlín, convirtió sus habitaciones en una especie de santuario consagrado a Rusia, y dio en ponerse blusas campesinas rusas y en salpicar su conversación con frases en esa lengua. Entonces, el encanto de su reflejo se agotó pronto. A Salomé le había halagado en un principio que él compartiera tan intensamente sus intereses, pero para aquel momento esto le pareció otra cosa: que él no tenía identidad real. Su autoestima había terminado por depender de ella. Todo era servil. En 1899, para gran horror de Rilke, Lou puso fin a la relación.

**Este deseo de un doble del otro sexo que se parezca por completo a nosotros sin dejar de ser otro, de una criatura mágica que sea nuestro propio ser aunque con la ventaja, sobre todas nuestras imaginaciones, de una existencia autónoma. [...] Hallamos huellas de esto aun en las más banales circunstancias del amor: en la atracción asociada con cualquier cambio, cualquier disfraz, lo mismo que en la importancia de lo unívoco y la repetición de uno en el otro. [...] Todas las grandes, implacables pasiones amorosas se relacionan con el hecho de que un ser imagina ver su más secreto yo espiándolo tras la cortina de los ojos del otro.**

**ROBERT MUSIL, CITADO EN DENIS DE ROUGEMONT,  
*AMOR DECLARADO***

La lección es simple: tu entrada al espíritu de un individuo debe ser una táctica, una forma de someterlo a tu hechizo. No puedes ser simplemente una esponja, absorber el ánimo de la otra persona. Sé su reflejo durante mucho tiempo y ella percibirá tus intenciones y te repelerá. Bajo la semejanza con ella que le haces ver, debes poseer una firme noción de tu identidad. Llegado el momento, tendrás que introducirla en tu espíritu; no puedes vivir a sus expensas. Así pues, jamás lleves demasiado lejos el reflejo. Solo es útil en la primera fase de la seducción; en cierto momento, la dinámica deberá invertirse.

## 8. Crea tentación

*Haz caer al objetivo en tu seducción creando la tentación adecuada: un destello de los placeres por venir. Así como la serpiente tentó a Eva con la promesa del conocimiento prohibido, tú debes despertaren tus objetivos un deseo que no puedan controlar. Busca su debilidad, esa fantasía aún por conseguir, y da a entender que puedes alcanzarla. Podría ser riqueza, podría ser aventura, podrían ser placeres prohibidos y vergonzosos; la clave es que todo sea vago. Pon el premio ante sus ojos, aplazando la satisfacción, y que su mente haga el resto. El futuro parecerá pletórico de posibilidades. Estimula una curiosidad más intensa que las dudas y ansiedades que la acompañan, y ell@s te seguirán.*

## EL OBJETO TENTADOR

Un día de la década de 1880, el caballero don Juan de Todellas paseaba por un parque de Madrid cuando vio a una mujer de poco más de veinte años bajar de un coche, seguida de un niño de dos y un aya. La joven iba elegantemente vestida, pero lo que robó el aliento a don Juan fue su parecido con una mujer que él había conocido tres años antes. Era imposible que fuese la misma persona. Aquella otra mujer, Cristeta Moreruela, era corista en un teatro de segunda. Era huérfana y muy pobre; sus circunstancias no habrían podido cambiar tanto. Don Juan se acercó: el mismo hermoso rostro. Y luego oyó su voz. Se asustó tanto que tuvo que sentarse: era en efecto la misma mujer.

Don Juan era un seductor incorregible, con innumerables conquistas de toda laya. Pero recordaba con toda claridad su aventura con Cristeta, a causa de la extrema juventud de ella; era la muchacha más encantadora que él hubiera conocido nunca. La había visto en el teatro, cortejado asiduamente y logrado convencer de viajar con él a una ciudad costera. Aunque tenían habitaciones separadas, nada pudo detener a don Juan: inventó una historia de problemas de negocios, se ganó su simpatía, y en un momento de ternura abusó de la debilidad de ella. Días después la dejó, con el pretexto de ocuparse de un negocio. No creyó volver a verla jamás. Sintiéndose un poco culpable —algo raro en él—, le envió cinco mil pesetas, haciéndole creer que tiempo después se reuniría con ella. En cambio, se fue a París. Apenas en fecha reciente había vuelto a Madrid.

Mientras recordaba todo esto, ahí sentado, lo acometió una idea: el niño. ¿El niño podía ser suyo? De lo contrario, ella debía haberse casado casi inmediatamente después de su aventura. ¿Cómo había podido hacer tal cosa? Ahora era rica, obviamente. ¿Quién podía ser su esposo? ¿Conocería él su pasado? Su confusión se mezclaba con un intenso deseo. Cristeta era muy joven y hermosa. ¿Por qué había renunciado a ella tan fácilmente? Tenía que recuperarla a como diera lugar, aun si estaba casada.

**Por estos dos delitos fue castigado Tántalo con la ruina de su reino y, después de su muerte por la mano de Zeus, con el tormento eterno en compañía de Ixión, Sísifo, Ticio, las Danaides y otros. Ahora cuelga, consumido perennemente por la sed y el hambre, de**

la rama de un árbol frutal que se inclina sobre un lago pantanoso. Sus olas le llegan a la cintura, y a veces a la barbilla, pero cuando se inclina para beber retroceden y no dejan más que el negro cieno a sus pies; o, si alguna vez logra recoger un puñado de agua, esta se desliza entre sus dedos y lo único que consigue es humedecer sus labios agrietados, quedándose más sediento que antes. El árbol está cargado de peras, manzanas brillantes, higos dulces, olivas y granadas maduras, pero cada vez que tiende la mano para tomar un fruto succulento, una ráfaga de viento lo pone fuera de su alcance.

ROBERT GRAVES, *LOS MITOS GRIEGOS*, VOLUMEN II

Don Juan empezó a frecuentar el parque todos los días. La vio un par de veces más; sus miradas se cruzaron, pero ella fingió no verlo. Tras seguir al aya en una de sus diligencias, entabló conversación con ella, y le preguntó por el esposo de su ama. El aya le dijo que era el señor Martínez, y que hacía en esos días un largo viaje de negocios; también le dijo dónde vivía Cristeta para entonces. Don Juan le dio una nota para que se la entregara a su ama. Luego pasó por la casa de Cristeta, un hermoso palacio. Sus peores sospechas se confirmaron: ella se había casado por dinero.

Cristeta se negó a recibirlo. Él persistió, enviando más notas. Por fin, para evitar una escena, ella aceptó entrevistarse con él, solo una vez, en el parque. Él se preparó cuidadosamente para la reunión: seducirla de nuevo sería una operación delicada. Pero cuando la vio acercarse a él, enfundada en sus bellas prendas, sus emociones, y su lujuria, lo sobrepasaron. Ella solo podía pertenecerle a él, y a ningún otro hombre, le dijo. Cristeta lo tomó a ofensa; era evidente que sus nuevas circunstancias impedían siquiera una reunión más. Aun así, bajo su frialdad él pudo sentir emociones intensas. Le rogó que volvieran a verse, pero ella se marchó sin prometer nada. Don Juan le envió más cartas, mientras se devanaba los sesos tratando de reconstruirlo todo: ¿quién era ese señor Martínez? ¿Por qué se había casado con una corista? ¿Cómo podía Cristeta deshacerse de él?

Cristeta aceptó al cabo entrevistarse una vez más con don Juan, en el teatro, donde él no se atrevería a correr el riesgo de un escándalo. Tomaron un palco, donde pudieran hablar. Ella le aseguró que él no era el padre del niño. Afirmó que solo la quería porque ya pertenecía a otro, por no poder hacerla suya. No, dijo él, había cambiado; haría cualquier cosa por recuperarla. De manera desconcertante, a momentos los ojos de ella parecían insinuársele. Pero luego ella pareció estar a punto de llorar, y apoyó la cabeza en su hombro, solo para ponerse de pie al instante, como dándose cuenta de que aquello era un error. Esa era su última reunión, dijo ella, y huyó a toda prisa. Don Juan estaba fuera de sí. Cristeta jugaba con él; era una coqueta. Él dijo que había cambiado solo por hablar, pero quizá era cierto: nunca

una mujer lo había tratado así. Jamás lo habría permitido.

Las noches siguientes, don Juan apenas si durmió. Solo podía pensar en Cristeta. Tenía pesadillas en las que mataba a su esposo, envejecía y se quedaba solo. Era demasiado. Tenía que dejar la ciudad. Envío una nota de despedida y, para su sorpresa, ella contestó: quería verlo, tenía algo que decirle. Para entonces él era demasiado débil para resistirse. Como ella había solicitado, la vio en un puente, una noche. Esta vez Cristeta no hizo ningún esfuerzo por controlarse: sí, aún lo amaba, y estaba dispuesta a huir con él. Pero él debía presentarse en su casa al día siguiente, a plena luz, y llevársela. No podía haber secreto alguno.

**DON JUAN:** Aminta, escucha y sabrás, \ si quieres que te lo diga, \ la verdad, que las mujeres \ sois de verdades amigas. \ Yo soy noble caballero, \ cabeza de la familia \ de los Tenorios, antiguos \ ganadores de Sevilla. \ Mi padre, después del rey, \ se reverencia y estima, \ y en la corte, de sus labios \ pende la muerte o la vida. \ Corriendo el camino acaso, \ llegué a verte, que amor guía \ tal vez las cosas de suerte \ que él mismo dellas se olvida. [...]

**• AMINTA:** No sé qué diga, \ que se encubren tus verdades \ con retóricas mentiras. \ Porque si estoy desposada, \ como es cosa conocida, \ con Batricio, el matrimonio \ no se absuelve aunque él desista.

**• DON JUAN:** En no siendo consumado, \ por engaño o por malicia \ puede anularse. [...]

**• AMINTA:** Jura a Dios que te maldiga \ si no cumples. [...]

**• DON JUAN:** ¡Ay, Aminta de mis ojos! \ Mañana sobre virillas \ de tersa plata estrellada \ con clavos de oro de Tíbar, \ pondrás los hermosos pies, \ y en prisión de gargantillas \ la alabastrina garganta, \ y los dedos en sortijas, \ en cuyo engaste parezcan \ transparentes perlas finas.

**• AMINTA:** A tu voluntad, esposo, \ la mía desde hoy se inclina: \ tuya soy.

**TIRSO DE MOLINA, *EL BURLADOR DE SEVILLA***

Fuera de sí de alegría, don Juan accedió a sus ruegos. Al día siguiente se presentó en su palacio a la hora fijada, y preguntó por la señora Martínez. No había nadie ahí con ese nombre, contestó la mujer en la puerta. Don Juan insistió: se llamaba Cristeta. «Ah, Cristeta», dijo la mujer. «Vive atrás, con los demás inquilinos». Confundido, don Juan fue a la parte trasera del palacio. Ahí creyó ver al hijo de ella, jugando en la calle en andrajos. Pero no, se dijo, debía ser otro niño. Llegó hasta la puerta de Cristeta y, en vez de su criada, ella misma abrió. Don Juan entró. Era el cuarto de una persona pobre. Colgadas de un perchero improvisado estaban las ropas elegantes de Cristeta. Como en un sueño, él se sentó, atónito, y

escuchó mientras ella revelaba la verdad.

No estaba casada, no tenía ningún hijo. Meses después de que él la abandonó, ella se dio cuenta de que había sido víctima de un seductor consumado. Aún lo amaba, pero estaba decidida a desquitarse. Al saber a través de una amiga mutua que él había vuelto a Madrid, usó las quinientas pesetas que le había mandado en comprar ropa cara. Tomó en préstamo al hijo de una vecina, pidió a la prima de esta que se hiciera pasar por aya y rentó un coche, todo para crear la elaborada fantasía que solo existía en la mente de don Juan. Cristeta ni siquiera debió mentir: jamás dijo que estuviera casada o tuviese un hijo. Sabía que la imposibilidad de hacerla suya provocaría que él la quisiera más que nunca. Era la única forma de seducir a un hombre como él. Abrumado por lo lejos que ella había llegado, y por las emociones que tan hábilmente había inducido en él, don Juan perdonó a Cristeta y le ofreció casarse con ella. Para su sorpresa, y tal vez para su alivio, ella declinó cortésmente. En cuanto se casaran, dijo, los ojos de él mirarían a otra parte. Solo si permanecían como estaban, ella mantendría la ventaja. Don Juan no tuvo otra opción que aceptar.

**Empero la serpiente era astuta, más que todos los animales del campo que Jehová Dios había hecho; la cual dijo a la mujer: «¿Conque Dios os ha dicho: “No comáis de todo árbol del huerto”?». Y la mujer respondió a la serpiente: «Del fruto de los árboles del huerto comemos; mas del fruto del árbol que está en medio del huerto dijo Dios: “No comeréis de él, ni le tocaréis, porque no muráis”». Entonces la serpiente dijo a la mujer: «No moriréis; mas sabe Dios que el día que comiereis de él, serán abiertos vuestros ojos, y seréis como dioses sabiendo el bien y el mal». Y vio la mujer que el árbol era bueno para comer, y que era agradable a los ojos, y árbol codiciable para alcanzar la sabiduría; y tomó de su fruto, y comió; y dio también a su marido, el cual comió así como ella.**

### **GÉNESIS 3, 1-6, ANTIGUO TESTAMENTO**

**Interpretación.** Cristeta y don Juan son personajes de la novela *Dulce y sabrosa* (1891), del escritor español Jacinto Octavio Picón. La mayor parte de la obra de Picón trata de seductores y sus víctimas, tema que estudió y conoció muy bien. Abandonada por don Juan, y reflexionando en la naturaleza de él, Cristeta decidió matar dos pájaros de un tiro: se vengaría y lo recuperaría. Pero ¿cómo podía atraer a un hombre así? Él repelía la fruta una vez probada. Lo que obtenía o caía en sus brazos fácilmente no le brindaba tentación alguna. Lo que tentaría a don Juan a volver a desear a Cristeta, a perseguirla, sería saber que era de otro, fruto prohibido.



Esta era su debilidad: por eso perseguía a vírgenes y casadas, mujeres que se suponía que no debía hacer suyas. Un hombre, razonó ella, nunca está contento con su suerte. Cristeta se convertiría en ese objeto distante y tentador fuera de su alcance, incitándolo, produciendo emociones que él no pudiera controlar. Don Juan sabía lo encantadora y deseable que había sido una vez para él. La idea de volver a poseerla, y el placer que imaginaba recibir, fueron demasiado para él: tragó el anzuelo.

### **Tú, la gran seductora, Oportunidad.**

**JOHN DRYDEN**

La tentación es un proceso doble. Primero eres coquet@, galante; estimulas deseo prometiendo placer y distracción de la vida diaria. Al mismo tiempo, dejas en claro a tus objetivos que no pueden hacerte suy@, al menos no en ese momento. Estableces una barrera, una especie de tensión.

Antes era fácil crear esas barreras, aprovechando obstáculos sociales preexistentes: de clase, raza, matrimonio, religión. Hoy las barreras deben ser más psicológicas: tu corazón pertenece a otr@; el objetivo en realidad no te interesa; un secreto te detiene; no es el momento; no eres dign@ de la otra persona; la otra persona no es digna de ti, etcétera. A la inversa, podrías elegir a alguien con una barrera implícita: pertenece a otr@, no debe quererte. Estas barreras son más sutiles que las de la variedad social o religiosa, pero barreras al fin, y la psicología sigue siendo la misma. A la gente le excita perversamente lo que no puede o no debe tener. Crea este conflicto interior —hay excitación e interés, pero eres inaccesible— y la tendrás en pos de ti, como Tántalo del agua. Y al igual que don Juan y Cristeta, cuanto más logres que tus objetivos te persigan, más imaginarán ser ellos los agresores. Tu seducción tendrá el disfraz perfecto.

***La única manera de librarse de la tentación es rendirse a ella.***

**—Oscar Wilde**

**CLAVES PARA LA SEDUCCIÓN**

En la mayoría de los casos, la gente se esfuerza por mantener su seguridad y una sensación de equilibrio en su vida. Si siempre saliera en pos de cada nueva persona o fantasía que pasa a su lado, no podría sobrevivir a la brega diaria. Usualmente ve coronados sus esfuerzos, pero lograrlo no es fácil. El mundo está lleno de tentaciones. La gente lee de personas que tienen más que ella, de aventuras de otr@s, de individuos que han hallado la riqueza y la felicidad. La seguridad por la que pugna, y que parece tener, es en realidad una ilusión. Encubre una tensión constante.

Como seductor@, nunca confundas la apariencia con la realidad. Sabes que la lucha de las personas por mantener un orden en su vida es agotadora, y que las corroe la duda y el rencor. Es difícil ser buen@ y virtuos@, siempre teniendo que reprimir los más fuertes deseos. Con eso en mente, la seducción es más fácil. Lo que l@s demás quieren no es tentación; la tentación es cosa de todos los días. Lo que desean es ceder a la tentación, darse por vencid@s. Esa es la única manera en que pueden librarse de la tensión que existe en su vida. Cuesta mucho más trabajo resistirse a la tentación que rendirse a ella.

**Masetto, al oír esto, quiso el trabajo con esas monjas, para cumplir allí sus deseos. Pero por precaución, le dijo a su amigo: • «Has hecho bien en venir. ¿Qué hace un hombre entre mujeres? Mejor sería vivir con diablos, porque ellas seis veces de cada siete no saben lo que quieren». • Después de tales razonamientos, Masetto preparó la manera de presentarse en el convento.**

**Sabía el oficio de su amigo Nuto, pero temía que no le recibieran al verle joven y apuesto. Y así pensó: «El lugar está lejos, y nadie me conoce. Fingiré ser mudo, y me recibirán». Se presentó como un pobre hombre al convento, encontró al administrador y como pudo, por señas, le pidió limosna, ofreciéndose para cortar leña. • Este le dio comida y luego le enseñó unos troncos, que Nuto no había podido cortar, haciéndolo él en un momento. Después le llevó al bosque para que le cortara más leña; seguidamente se la hizo poner sobre un asno y le mandó con el animal al convento. Lo tuvo unos días más con él, para que le ayudara a terminar algunas faenas. [...] El administrador estaba contento de la manera con que trabajaba Masetto, y le preguntó por señas si quería quedarse allí. Le respondió este afirmativamente, y le fue asignada la tarea de cuidar el huerto, junto con otras obligaciones. [...] • Un día en que había trabajado mucho, y estaba descansando, dos monjas, creyendo que estaba dormido, decían: • «Si no dijeras nada, te confiaría un pensamiento que he tenido algunas veces; tú también te podrías aprovechar». • La otra declaró: «Dímelo, que no hablaré». • «No sé si has pensado**

lo sobriamente que vivimos», dijo la atrevida, «ya que aquí no puede entrar ningún hombre, excepto el mayordomo, por viejo, y este, por mudo. Yo he oído decir a mujeres que el placer mayor de todos es el de hombre y mujer. Yo he pensado que, ya que no puedo con otros, podría ensayarme con el mudo, y además sería lo más prudente, porque no diría nada. ¿Qué opinas?» • «¡Qué dices!», dijo la otra. «¡Hemos prometido a Dios nuestra virginidad!» • «¡Y cuántas cosas que no se cumplen se le prometen día a día!», repuso la primera. «¿Y si quedáramos embarazadas?», inquirió la más prudente. Y su amiga contestó: «Piensas en el mal antes de que llegue. Cuando ocurra, pensaremos algo. Encontraremos mil soluciones, si nadie se entera». La otra, al oír esto, sintió más deseos que la primera de probar qué clase de animal era el hombre. • «¿Cómo lo haremos?», dijo. «Ahora es la hora nona, y todas las monjas deben de estar durmiendo. Asegurémonos de que no hay nadie en el huerto y entonces, ¿qué hemos de hacer, sino echar mano a ese, y llevarlo a la cabaña junto al manantial? Mientras una esté con él, que la otra vigile. Como se trata de un necio, hará lo que queramos.» • Masetto se enteraba de todo, y estaba presto a obedecer. Cuando ellas hubieron comprobado y examinado todo, la más atrevida se dirigió a Masetto y le despertó con obras lisonjeras, le tomó la mano y él se reía neciamente. Lo llevó a la cabaña, donde Masetto, sin hacerse rogar, cumplió lo que ella quería. La monja, como buena compañera, llamó luego a la otra, a quien Masetto también cumplimentó. Antes de marcharse, volvieron a probar al mudo, y las dos coincidieron en que era lo más dulce que existía. A partir de entonces, planeaban horas adecuadas para ir a retozar con el hortelano. • Un día, una monja las vio desde su ventanita de la celda, y se lo enseñó a dos compañeras. Decidieron ir a acusarlas a la abadesa, pero pronto cambiaron de opinión y fueron a participar de Masetto, a quien por otros incidentes las demás habían ido también a dar en él. • Por último, la abadesa, ignorante de lo que ocurría, se paseaba por el jardín un día de mucho calor, cuando encontró a Masetto, quien, dada la mucha fatiga de cabalgar por la noche, estaba tendido bajo la sombra de un árbol. El viento había levantado sus ropas y estaba todo descubierto; tentación que sufrió la abadesa, como sus monjitas. Le condujo a su cámara y ahí le tuvo varios días, con gran desconsuelo de sus monjas, al ver que él no salía a labrarles el huerto. La abadesa, en cambio, probaba la dulzura que reprobaba ante las demás.

Tu tarea, entonces, es crear una tentación que sea más intensa que la variedad cotidiana. Debe centrarse en l@s demás, apuntar a ell@s como individuos, a su debilidad. Entiende: tod@s tenemos una debilidad dominante, de la que se deriva el resto. Halla esa inseguridad infantil, esa carencia en la vida de la gente, y tendrás la clave para tentarla. Su debilidad puede ser la codicia, la vanidad, el aburrimiento, un deseo reprimido a conciencia, el ansia de un fruto prohibido. Las personas dejan ver eso en pequeños detalles que escapan a su control consciente: su manera de vestir, un comentario casual. Su pasado, y en especial sus romances, estarán llenos de pistas. Tiéntalas con ardor, en forma ajustada a su debilidad, y harás que la esperanza de placer que despiertes en ellas figure más prominentemente que las dudas y ansiedades que la acompañan.

En 1621, el rey Felipe III de España ansiaba establecer una alianza con Inglaterra casando a su hija con el vástago del rey inglés, Jacobo I. Este pareció aceptar la idea, pero la frenó para ganar tiempo. El embajador de España en la corte inglesa, un tal Gondomar, recibió la tarea de promover el plan de Felipe. Gondomar puso los ojos en el favorito del rey, el duque (antes conde) de Buckingham.

Gondomar conocía la principal debilidad del duque: la vanidad. Buckingham ansiaba gloria y aventura para aumentar su fama; le aburrían sus limitadas tareas, y se enfurruñaba y quejaba por eso. El embajador lo halagó primero profusamente: el duque era el hombre más apto del país, y era una vergüenza que se le asignara tan poco que hacer. Luego empezó a susurrarle una gran aventura. El duque, como Gondomar sabía, estaba a favor de la boda con la princesa española, pero esas malditas negociaciones matrimoniales con el rey Jacobo demoraban mucho, y no llegaban a ningún lado. ¿Y si el duque acompañaba al hijo del rey, su buen amigo el príncipe Carlos, a España? Claro que esto tendría que hacerse en secreto, sin guardias ni escoltas, para que el gobierno inglés y sus ministros no sancionaran el viaje. Pero eso mismo volvía todo más peligroso y romántico. Una vez en Madrid, el príncipe podría arrojarse a los pies de la princesa María, declararle su amor imperecedero y llevarla en triunfo a Inglaterra. Sería una proeza caballeresca, y todo por amor. El duque se llevaría el crédito, y esto daría fama a su nombre por siglos.

El duque se prendó de la idea, y convenció a Carlos de secundarla; tras mucho discutir, también persuadieron al renuente rey Jacobo. El viaje estuvo cerca de ser un desastre (Carlos habría tenido que convertirse al catolicismo para conquistar a María) y el matrimonio jamás se llevó a cabo, pero Gondomar había cumplido su cometido. No sobornó al duque con ofrecimientos de dinero ni poder; apuntó a su parte infantil, que nunca había crecido. Un@ niñ@ tiene poca fuerza para resistirse. Lo quiere todo ya, y es raro que piense en las consecuencias. En tod@s nosotr@s acecha un@ niñ@: un placer que se nos negó, un deseo reprimido. Toca esa fibra en otr@s, tiéntal@s con el juguete adecuado (aventura, dinero, diversión), y abandonarán su normal sensatez adulta. Identifica su debilidad a partir de cualquier conducta infantil que revelen en la vida diaria: esa es la punta del iceberg.

Napoleón Bonaparte fue nombrado general supremo del ejército francés en 1796.

Su encomienda era derrotar a las fuerzas austriacas que habían tomado el norte de Italia. El obstáculo era inmenso: Napoleón tenía entonces apenas veintiséis años; los generales bajo sus órdenes envidiaban su posición y dudaban de sus aptitudes. Sus soldados estaban exhaustos, hambrientos, mal pagados y disgustados. ¿Cómo podía motivar a ese grupo a combatir al muy experimentado ejército austriaco? Mientras se preparaba para cruzar los Alpes en dirección a Italia, dirigió a sus tropas un discurso que quizá haya representado el momento decisivo de su carrera, y de su vida: «¡Soldados! Sé que están casi muertos de hambre y semidesnudos. El gobierno les debe mucho, pero no puede hacer nada por ustedes. Su paciencia, su valor, los honran, pero no les dan gloria. [...] Yo los guiaré a las llanuras más fértiles de la Tierra. Ahí encontrarán ciudades florecientes, abundantes provincias. Ahí cosecharán honor, gloria y riqueza». Este discurso tuvo un efecto muy poderoso. Días después, estos mismos soldados, tras el arduo ascenso de las montañas, contemplaban el valle de Piamonte. Las palabras de Napoleón resonaron en sus oídos, y una banda harapienta y gruñona se convirtió en un inspirado ejército que arrasaría con el norte de Italia en pos de los austriacos.

El uso de la tentación por Napoleón tuvo dos elementos: «Detrás de ti está un pasado sombrío; frente a ti, un futuro de gloria y riqueza, si me sigues». Una clara demostración de que el objetivo no tiene nada que perder y todo que ganar es esencial en la estrategia de la tentación. El presente ofrece escasa esperanza, el futuro podría estar lleno de placer y emoción. Recuerda describir vagamente los beneficios futuros y ponerlos relativamente fuera del alcance. Sé demasiado específico y decepcionarás; pon la promesa demasiado a la mano, y no podrás aplazar su satisfacción lo suficiente para obtener lo que deseas.

Las barreras y tensiones de la tentación están ahí para impedir que la gente ceda demasiado fácil o superficialmente. Debes hacer que luche, resista, se muestre ansiosa. La reina Victoria se enamoró sin duda de su primer ministro, Benjamin Disraeli, pero entre ellos había barreras de religión (él era judío, de piel morena), clase (ella era, desde luego, una reina) y gusto social (ella era un dechado de virtudes, él un conocido *dandy*). La relación nunca se consumó, pero esas barreras llenaron de delicia sus encuentros diarios, rebosantes de continuo flirteo.

Hoy han desaparecido muchas de esas barreras sociales, así que hay que inventarlas: solo así es posible dar sabor a la seducción. Los tabúes de toda clase son fuente de tensión, y ahora son psicológicos, no religiosos. Busca una represión, un deseo secreto que haga a tu víctima retorcerse incómoda si das con él, pero que la tentará más todavía. Indaga en su pasado; lo que parezca temer o rehuir tal vez sea la clave. Podría tratarse de un anhelo de figura materna o paterna, o un deseo homosexual latente. Quizá tú puedes satisfacer ese deseo presentándote como una mujer masculina o un hombre femenino. Con otros haz de Lolita, o de Papi, alguien que se supone que no pueden hacer suyo, el lado oscuro de su personalidad. La asociación debe ser vaga; tienes que lograr que los demás persigan algo elusivo, algo salido de su propia mente.

En 1769, Casanova conoció en Londres a una joven apellidada Charpillon. Era mucho menor que él, la mujer más hermosa que hubiera visto jamás, y con fama de destruir a los hombres. En uno de sus primeros encuentros, Charpillon le dijo sin más que se enamoraría de ella y ella misma sería su ruina. Para incredulidad de todos, Casanova la persiguió. En cada encuentro ella insinuaba que podría ceder; quizá en la siguiente ocasión, si él era bueno con ella. Charpillon excitó su curiosidad: qué placeres le brindaría; él sería el primero, la domaría. «El veneno del deseo penetró tan cabalmente todo mi ser», escribió después Casanova, «que, si ella lo hubiera querido, me habría despojado de todo lo que poseía. Yo habría aceptado la miseria a cambio de un solo beso». Esta «aventura» fue en efecto su ruina; ella lo humilló. Charpillon había juzgado correctamente que la debilidad primaria de Casanova era su necesidad de conquistar, de vencer retos, de probar lo que ningún otro hombre había probado nunca. Debajo había una especie de masoquismo, un placer en el dolor que una mujer podía infligirle. Jugando a la mujer imposible, incitándolo y luego frustrándolo, ella ofrecía la tentación suprema. A menudo da resultado hacer sentir al objetivo que eres un reto, un premio por ganar. Al poseerte, obtendrá lo que nadie más ha tenido. Incluso podría obtener dolor; pero el dolor está cerca del placer, y ofrece sus propias tentaciones.

En el Antiguo Testamento se lee que «levantándose David de su cama [...], paseábase por el terrado de la casa real cuando vio desde el terrado una mujer que se estaba lavando, la cual era muy hermosa». Era Betsabé. David la llamó, (supuestamente) la sedujo y procedió a librarse de su esposo, Urías, en batalla. Sin embargo, en realidad fue Betsabé quien sedujo a David. Se bañó en su azotea a una hora en que sabía que él estaría en su balcón. Tras tentar a un hombre cuya debilidad por las mujeres ella conocía, se hizo la coqueta, para forzarlo a perseguirla. Esta es la estrategia de la oportunidad: ofrece a un individuo débil la posibilidad de tener lo que codicia poniéndote meramente a su alcance, como por accidente. La tentación suele ser cuestión de oportunidad, de cruzarse en el camino del débil en el momento justo para darle la posibilidad de rendirse.

Betsabé usó todo su cuerpo como señuelo, pero suele ser más eficaz usar solo una parte, creando así un efecto de fetiche. *Madame Récamier* dejaba vislumbrar su cuerpo bajo los finos vestidos que se ponía, pero solo un instante, cuando se quitaba el mantón para bailar. Los hombres partían esa noche soñando con lo poco que habían visto. La emperatriz Josefina se esmeraba en desnudar en público sus hermosos brazos. Brinda a tu objetivo solo una parte de ti, para que fantasee; crearás de este modo una constante tentación en su mente.

**Símbolo: La manzana  
del Jardín del Edén. El  
fruto es incitante, y se supone que  
no debes comerlo: está prohibido.**

**Pero justo por eso piensas día y noche  
en él. Lo ves, pero no puedes hacerlo  
tuyo. La única forma de librarte  
de la tentación es rendirte  
y probarlo.**

## **REVERSO**

Lo contrario de la tentación es la seguridad o satisfacción, y ambas son fatales para la seducción. Si no puedes tentar a alguien a salir de su confort habitual, no puedes seducirla. Si satisfaces el deseo que has despertado, la seducción acaba. La tentación no tiene reverso. Aunque algunas de sus etapas pueden pasarse por alto, la seducción no procederá jamás sin alguna forma de tentación, así que siempre es mejor que la planees con cuidado, ajustándola a la debilidad y puerilidad de tu blanco específico.

## FASE DOS

### Descarriar: Provocación del placer y de la confusión

*Tus víctimas ya están suficientemente intrigadas y te desean cada vez más, pero su apego es débil y en cualquier momento podrían decidir retroceder. La meta en esta fase es descarriar de tal modo a tus víctimas — manteniéndolas emocionadas y confundidas, dándoles placer pero haciéndolas desear más— que la retirada sea imposible. Al darles una agradable sorpresa, lograrás que te juzguen maravillosamente impredecible, pero también las descontrolarás (9: Manténlas en suspenso: ¿Qué sigue?). El ingenioso uso de palabras dulces y agradables las embriagará, y estimulará fantasías en ellas (10: Usa el diabólico poder de las palabras para sembrar confusión). Toques estéticos, y pequeños y placenteros rituales despertarán sus sentidos y distraerán su mente (11: Presta atención a los detalles).*

*Tu mayor riesgo en esta fase es el mero indicio de rutina o familiaridad. Debes mantener algo de misterio, conservar cierta distancia para que, en tu ausencia, tus víctimas se obsesionen contigo (12: Poetiza tu presencia). Podrían darse cuenta de que se están enamorando de ti, pero jamás han de sospechar cuánto debe eso a tus manipulaciones. Una oportuna muestra de tu debilidad, de lo emotivo que te has vuelto bajo su influencia, te ayudará a no dejar rastros (13: Desarma con debilidad y vulnerabilidad estratégicas). Para excitar y emocionar en alto grado a tus víctimas, hazles sentir que en realidad cumplen alguna de las fantasías que has incitado en su imaginación (14: Mezcla deseo y realidad: La ilusión perfecta). Al concederles solo una parte de esa fantasía, harás que no cesen de volver por más. Centrar en ellas tu atención para que desaparezca el resto del mundo, e incluso llevarlas de viaje, las descarriará (15: Aísla a la víctima). Ya no hay marcha atrás.*



## **9. Manténl@s en suspenso: ¿Qué sigue?**

*En cuanto la gente cree saber qué puede esperar de ti, tu hechizo ha terminado. Más todavía: le has cedido poder. La única manera de adelantarse al@ seducid@ y mantener esa ventaja es generar suspenso, una sorpresa calculada. La gente adora el misterio, y esta es la clave para atraerla aún más a tu telaraña. Actúa de tal forma que no deje de preguntarse: «¿Qué tramas?». Hacer algo que los demás no esperan de ti les procurará una deliciosa sensación de espontaneidad: no podrán saber qué sigue. Tú estás siempre un paso adelante y al mando. Estremece a la víctima con un cambio súbito de dirección.*

## LA SORPRESA CALCULADA

En 1753, Giovanni Giacomo Casanova, entonces de veintiocho años de edad, conoció a una joven llamada Caterina, de la que se enamoró. El padre de ella sabía qué clase de hombre era Casanova, y para impedir cualquier percance que le permitiera casarse con Caterina, mandó a esta a un convento a la isla veneciana de Murano, donde permanecería cuatro años.

Casanova, sin embargo, no era fácil de amedrentar. Hizo llegar a escondidas cartas a Caterina. Empezó a asistir a misa en ese convento varias veces a la semana, para verla, así fuera apenas de reajo. Las monjas comenzaron a hablar entre ellas: ¿quién era ese apuesto mancebo que aparecía tan a menudo? Una mañana, cuando Casanova, al salir de misa, estaba a punto de abordar una góndola, una criada del convento pasó a su lado y dejó caer una carta a sus pies. Pensando que podía ser de Caterina, él la recogió. Estaba dirigida a él, en efecto, pero no era de Caterina; su autora era una monja del convento, que se había fijado en él, en sus numerosas visitas, y quería conocerlo. ¿Estaba él interesado? De ser así, debía presentarse en el recibidor del convento a cierta hora, cuando la monja recibiría a una visitante del mundo exterior, una amiga suya que era condesa. Él podría mantenerse a distancia, observarla y decidir si era de su gusto.

**Cuento con tomar [al pueblo francés] por sorpresa. Un acto arrojado trastorna la ecuanimidad de la gente, y esta se aturde ante una gran novedad.**

**NAPOLÉON BONAPARTE, CITADO EN EMIL LUDWIG,  
NAPOLÉON**

Casanova quedó sumamente intrigado por la carta: su estilo era circunspecto, pero también había algo pícaro en ella, en particular viniendo de una monja. Debía indagar más. En el día y la hora fijados, se paró junto al recibidor del convento y vio que una mujer elegantemente vestida hablaba con una monja sentada detrás de una rejilla. Oyó mencionar el nombre de la monja, y se asombró: era Mathilde M., famosa veneciana de poco más de veinte años de edad, cuya decisión de entrar a un

convento había sorprendido a la ciudad entera. Pero lo que más le asombró fue que, bajo su hábito de monja, él distinguió a una hermosa joven, sobre todo por sus ojos, de brillante azul. Quizá necesitaba que se le hiciera un favor, y quería que él sirviera como su instrumento.

**El primer cuidado de un *dandy* es no hacer jamás lo que se espera de él, llegar siempre más lejos. [...] Lo inesperado puede ser nada más un gesto, pero un gesto totalmente infrecuente. Alcibíades cortó la cola a su perro para sorprender a la gente. Cuando vio la mirada de sus amigos al contemplar al animal mutilado, dijo: «¡Ah, eso era precisamente lo que quería que pasara! Mientras los atenienses hablen de ello, no dirán algo peor sobre mí». • Llamar la atención no es la única meta de un *dandy*; quiere mantenerla con medios inesperados, incluso ridículos. Después de Alcibíades, ¡cuántos aprendices de *dandy* no cortaron la cola a su perro! El barón de Saint-Cricq, por ejemplo, con sus botas de nieve: un día muy caluroso, ordenó en Tortonis dos nieves, y que la de vainilla se le sirviera en la bota derecha y la de fresa en la izquierda. [...] El conde Saint-Germain gustaba de llevar a sus amigos al teatro, en su voluptuoso carruaje con vestiduras de satén rosa y tirado por dos caballos negros de larga cola; preguntaba a sus amigos, con su inimitable tono de voz: «¿Qué espectáculo quieren ver? ¿Vodevil, teatro de variedades, el Palais-Royal? Me tomé la libertad de comprar un palco en los tres». Una vez decidido el asunto, tomaba los boletos sobrantes y, con una mirada de infinito desdén, los enrollaba para encender su puro.**

**MAUD DE BELLEROCHE, *DEL DANDY AL PLAY-BOY***

La curiosidad lo venció. Días después regresó al convento y pidió verla. Mientras la aguardaba, su corazón latía a toda prisa; no sabía qué esperar. Ella apareció al fin y se sentó ante la rejilla. Estaban solos en el recinto, y ella dijo que podía encargarse de que cenaran juntos en una pequeña villa cercana. Casanova se mostró encantado, pero se preguntó con qué clase de monja trataba. «¿No tiene usted más amante que yo?», inquirió. «Tengo un amigo, que es también mi dueño absoluto», respondió ella. «Es a él a quien debo mi riqueza». Ella le preguntó si tenía una amante. Sí, contestó Casanova. Ella dijo entonces, con tono misterioso: «Le advierto que si alguna vez me permite ocupar el lugar de ella en su corazón, ningún poder sobre la Tierra será capaz de arrancarme de él». Le dio entonces la llave de la villa y le dijo que la buscara ahí en dos noches. Él la besó por la rejilla y se marchó

aturdido. «Pasé los dos días siguientes en un estado de febril impaciencia», escribiría, «sin poder dormir ni comer. Además de su cuna, belleza e ingenio, mi nueva conquista poseía un encanto adicional: era un fruto prohibido. Yo estaba a punto de convertirme en rival de la Iglesia». La imaginaba en su hábito, y con la cabeza rapada.

Llegó a la villa a la hora convenida. Mathilde ya lo esperaba. Para su sorpresa, ella llevaba puesto un elegante vestido, y por alguna razón había evitado que la raparan, porque llevaba el cabello recogido en un magnífico chongo. Casanova empezó a besarla. Ella se resistió, aunque solo un poco, y luego retrocedió, diciendo que la comida estaba lista. Durante la cena lo puso al tanto de algunas cosas más: su dinero le permitía sobornar a ciertas personas, para poder escapar del convento de vez en cuando. Le había hablado a Casanova de su amigo y dueño, y él había aprobado su relación. ¿Era viejo?, preguntó Casanova. No, contestó ella, con un brillo en la mirada: tenía cuarenta y tantos años, y era muy guapo. Terminada la cena, sonó una campana; era la señal de que Mathilde debía volver a toda prisa al convento, o la descubrirían. Se puso nuevamente su hábito y se fue.

Un bello panorama pareció tenderse entonces ante Casanova, de varios meses pasados en la villa con esa criatura deliciosa, por cortesía del misterioso dueño que lo pagaba todo. Pronto regresó al convento para concertar la siguiente reunión. Se encontrarían en una plaza de Venecia, y luego se retirarían a la villa. A la hora y lugar previstos, Casanova vio que un hombre se aproximaba a él. Temiendo que fuera el misterioso amigo de ella, u otro hombre enviado para matarlo, dio marcha atrás. El hombre lo siguió, dando vueltas, y se acercó luego: era Mathilde, que llevaba puesta una máscara y ropa de hombre. Ella rio del susto que le había dado. ¡Vaya una monja diabólica! Él tuvo que admitir que vestida de hombre lo excitaba más aún.

Casanova empezó a sospechar que nada era lo que parecía. Para comenzar, halló una colección de novelas y panfletos lúbricos en la casa de Mathilde. Luego, ella hacía comentarios blasfemos, por ejemplo sobre el regocijo que tendrían juntos durante la Cuaresma, «mortificando su carne». Para entonces Mathilde ya se refería a su misterioso amigo como su amante. Un plan evolucionaba en la mente de Casanova, para arrancarla a ese hombre y al convento, fugándose con ella y poseyéndola.

Días después recibió una carta de ella, en la que hacía una confesión: durante una de sus más apasionadas citas en la villa, su amante se había ocultado en un armario, viéndolo todo. El amante, le dijo, era el embajador francés en Venecia, y Casanova lo había impresionado. Pero este no se dejó embaucar con eso, y al día siguiente estaba de nuevo en el convento, concertando sumisamente otra cita. Esta vez ella se presentó a la hora dispuesta, y él la abrazó, solo para descubrir que estrechaba a Caterina, vestida con la ropa de Mathilde. Esta última se había hecho amiga de Caterina, y conocido su historia. Apiadándose aparentemente de ella, se había encargado de que saliera de noche del convento para encontrarse con Casanova.